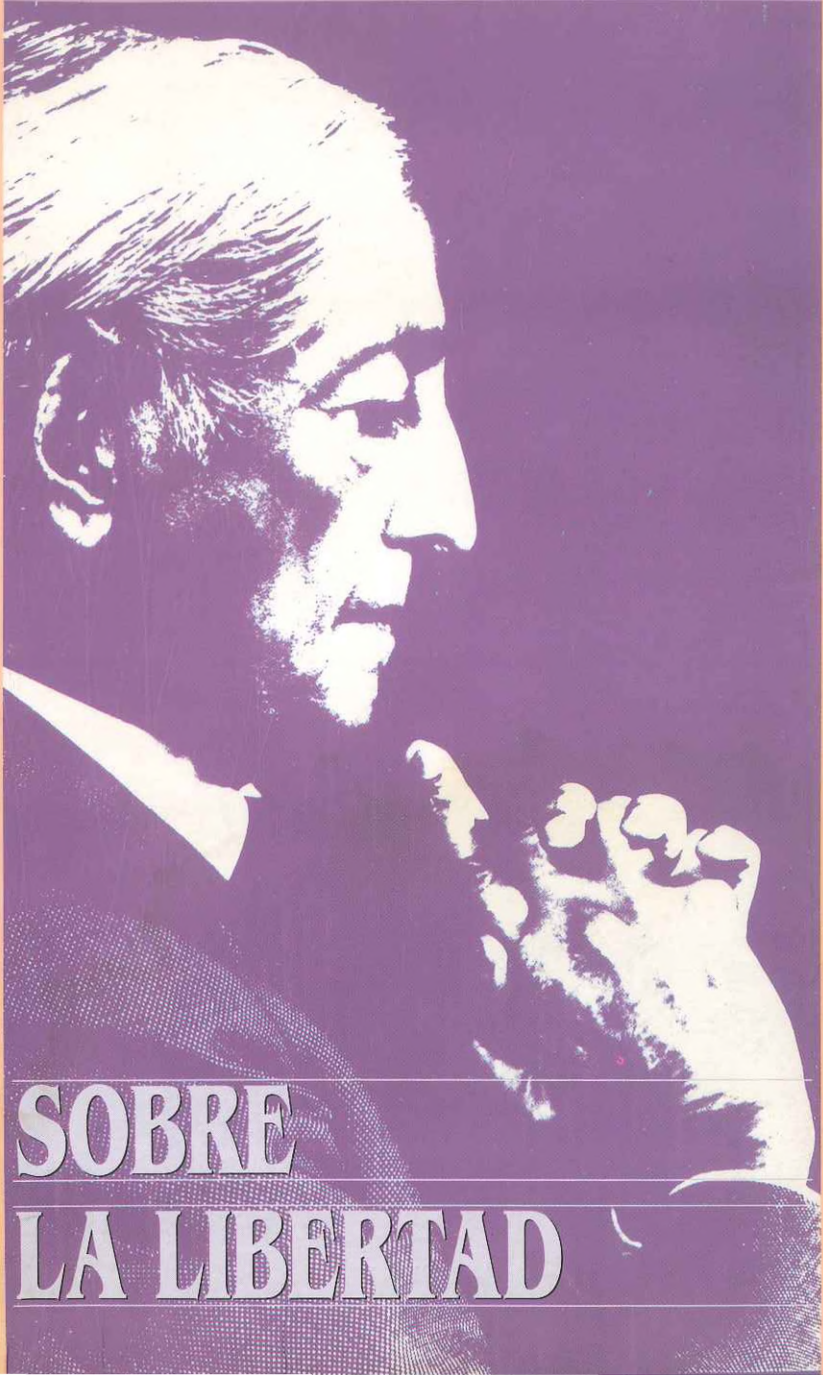


KRISHNAMURTI

A black and white photograph of Jiddu Krishnamurti. He is shown from the chest up, in a three-quarter profile view, looking downwards and to the right. His right hand is raised, with fingers slightly curled, resting near his chin. He has short, dark hair and is wearing a dark, textured jacket over a light-colored collared shirt. The background is a solid, dark color. The lighting is dramatic, highlighting the contours of his face and hand.

SOBRE LA LIBERTAD

KRISHNAMURTI

SOBRE LA LIBERTAD

OBRAS DE KRISHNAMURTI

En lo económico, ustedes podrán, tal vez, ordenar el mundo de modo que el hombre tenga más confort, más alimento, ropa y albergue, y podrán creer que eso es la libertad. Tales cosas son necesarias y esenciales, pero no constituyen la libertad total. La libertad es un estado y una cualidad de la mente.

Poona, 21 de septiembre de 1958

Índice

Págs.

PRÓLOGO	11
Bombay, 7 de marzo de 1948	13
Bangalore, 18 de julio de 1948	19
Poona, 31 de enero de 1953	21
Bombay, 8 de marzo de 1953	25
Con los niños de la Escuela de Rajghat, Varanasi, 20 de enero de 1954	29
Poona, 21 de septiembre de 1958	31
Bombay, 3 de diciembre de 1958	35
Bombay, 14 de diciembre de 1958	41
Madrás, 22 de noviembre de 1959	49
Bombay, 23 de diciembre de 1959	57
Varanasi, 24 de enero de 1960	59
Ojai, 21 de mayo de 1960	63
Varanasi, 1º de enero de 1962	71
Nueva Delhi, 14 de febrero de 1962	79
Saanen, 31 de julio de 1962	81
Saanen, 11 de julio de 1963	85
Madrás, 15 de enero de 1964	91
Bombay, 16 de febrero de 1964	95
Bombay, 1º de marzo de 1964	103
Saanen, 14 de julio de 1964	113
Varanasi, 26 de noviembre de 1964	117

Madrás, 16 de diciembre de 1964.....	119
Saanen, 18 de julio de 1965.....	123
Saanen, 27 de julio de 1965.....	133
Roma, 10 de abril de 1966.....	137
Nueva Delhi, 19 de noviembre de 1967	139
Nueva Delhi, 23 de noviembre de 1967	145
De la Libertad y el Orden, de <i>Krishnamurti y la Educa-</i> <i>ción</i> , capítulo 4	149
La Libertad y el Campo del Conocimiento; <i>de Tradición</i> <i>y Revolución</i> , Diálogo 19, Madrás, 16 de enero de 1971	155
Brockwood Park, 9 de septiembre de 1972.....	159
Saanen, 1º de agosto de 1976	165
Saanen, 13 de julio de 1978.....	171
Brokwood Park, 12 de septiembre de 1978.....	177
La inteligencia, las computadoras y la mente mecánica. De <i>El Camino de la Inteligencia</i> . Valle de Rishi, 4 de diciembre de 1980	179
El futuro del hombre. De <i>El Camino de la Inteligencia</i> , capítulo 3. Nueva Delhi, 5 de noviembre de 1981	185
Saanen, 10 de julio de 1984.....	187
Brockwood Park, 31 de agosto de 1985	193
Fuentes bibliográficas y reconocimientos.....	199

Prólogo

JIDDU KRISHNAMURTI nació en la India en 1895 y, a la edad de trece años, lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el «instructor del mundo», cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus pláticas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de forma tajante la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era «una tierra sin senderos» a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Por el resto de su vida rechazó insistentemente la condición de guru que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influencias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas. Krishnamurti señalaba

siempre la urgente necesidad de una apertura para ese «vasto espacio en el cerebro que contiene en sí una energía inimaginable». Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus pláticas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra sobre una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

Bombay, 7 de marzo de 1948

¿CÓMO HEMOS DE transformarnos, de producir este cambio radical del devenir al ser? Una persona que está deviniendo y, por lo tanto, esforzándose, luchando, combatiendo consigo misma, ¿cómo puede dar con ese estado del ser que es virtud, libertad? Espero estar expresándome claramente. O sea, he estado luchando durante años para llegar a ser algo: para no ser envidioso, para llegar a ser no envidioso. ¿Cómo he de abandonar, de suprimir la lucha y simplemente *ser*? Porque en tanto luche por llegar a ser lo que llamo respetable, estoy desarrollando, obviamente, un proceso de encierro en mí mismo; y en el encierro no hay libertad. Todo cuanto puedo hacer, entonces, es darme cuenta, estar pasivamente atento a mi proceso de devenir. Si soy superficial, puedo darme cuenta pasivamente de que soy superficial, sin luchar para convertirme en otra cosa. Si soy iracundo, si soy celoso, cruel, envidioso, puedo darme cuenta simplemente de que lo soy y no disputar con ello. En el momento en que disputamos con una cualidad, damos énfasis a la lucha y, por consiguiente, reforzamos el muro de resistencia. Este muro de resistencia se juzga que es respetabilidad, pero la verdad no puede existir jamás para el hombre respetable. La verdad puede llegar sólo al hombre libre, y, para que haya libertad, no puede haber cultivo de la memoria, el cual es respetabilidad.

Uno debe darse cuenta, pues, de esta lucha, de esta constante batalla. Sólo darse cuenta, sin argumentar, sin condenar;

si está verdaderamente atento, consciente de una manera pasiva pero vigilante, encontrará que la envidia, los celos, la codicia, la violencia y todas estas cosas se desprenden de uno y adviene el orden; quieta y rápidamente adviene un orden que no es respetabilidad, que no es encierro. Porque la virtud es libertad, no un proceso de encierro en uno mismo. Es sólo en libertad que la verdad puede existir. Por lo tanto, es esencial ser virtuoso, no respetable, porque es la virtud la que trae orden. Sólo el hombre respetable está confundido, se halla en conflicto; sólo el hombre respetable desarrolla su voluntad como un medio de resistencia, y un hombre así jamás podrá encontrar la verdad, porque ese hombre nunca es libre. *Ser*, que implica reconocer lo que es, aceptando y viviendo con lo que es —sin tratar de transformarlo ni condenarlo—, da origen a la virtud, y en esa virtud hay libertad. Sólo cuando la mente no está cultivando la memoria, cuando no busca la respetabilidad como un medio de resistencia, hay libertad, y en esa libertad se manifiesta la realidad, cuya bendición debe ser experimentada.

* * *

Pregunta: Usted no parece pensar que en la India hemos conquistado nuestra independencia. De acuerdo con usted, ¿cuál sería el estado de real libertad?

Krishnamurti: Señor, la libertad se convierte en aislamiento cuando es nacionalista, y el aislamiento conduce inevitablemente al conflicto, porque nada puede existir aislado. Ser es estar relacionado, y el aislarse meramente dentro de una frontera nacional invita a la confusión, al dolor, al hambre, al conflicto, a la guerra, lo cual se ha comprobado una y otra vez. De modo que la independencia como un Estado aparte lleva inevitablemente al conflicto y a la guerra, porque para la mayoría de nosotros la independencia implica aislamiento. Y cuando ustedes se han aislado a sí mismos como una entidad nacional, ¿acaso han ganado la libertad? ¿Están libres de la explotación, de la lucha de clases, del hambre, de la religiosidad conflictiva,

libres del sacerdote, de la competencia comunal, del liderazgo? Obviamente, no lo están. Sólo han expulsado al explotador blanco, y el moreno ha tomado su lugar, probablemente con un poco menos de crueldad. Tenemos la misma cosa de antes, la misma explotación, los mismos sacerdotes, la misma religión organizada, las mismas supersticiones, las mismas guerras. ¿Nos ha traído libertad eso? Señor, nosotros no queremos ser libres. No nos engañemos. Porque la libertad implica inteligencia, amor, implica no explotación, no sumisión a la autoridad; la libertad implica virtud extraordinaria. Como dije, la respetabilidad es siempre un proceso aislador, porque el aislamiento y la respetabilidad van juntos, mientras que la virtud y la libertad coexisten. Una nación soberana está siempre aislada; por lo tanto, jamás puede ser libre, es causa de constante rivalidad, sospechas, antagonismo y guerra.

Ciertamente, la libertad tiene que comenzar con el individuo, el cual es un proceso total, no antagónico respecto de la masa. El individuo es el proceso total del mundo, y si se aísla meramente en el nacionalismo o en la respetabilidad, entonces es la causa del desastre y la desdicha. Pero si el individuo —que es un proceso total no opuesto a la masa, sino que es el resultado de la masa de la totalidad humana—, si el individuo se transforma, si transforma su vida, entonces para él existe la libertad. Y a causa de que es el resultado de un proceso total, cuando se libera del nacionalismo, de la codicia, de la explotación, ejerce una acción directa sobre la totalidad humana. La regeneración del individuo no se encuentra en el futuro sino en el hoy, y si posponemos nuestra regeneración al mañana, estamos invitando a la confusión, porque quedamos atrapados en la ola de la oscuridad. La regeneración es ahora, no mañana, porque la comprensión se encuentra tan sólo en el presente. Usted no comprende ahora porque no dedica la mente y el corazón, la atención total, a eso que desea comprender. Si lo hiciera, tendría comprensión. Señor, si dedicara su mente y su corazón a descubrir la causa de la violencia, si se diera plena cuenta de ella, sería no violento ahora. Pero, desafortunadamente, ha condicionado su mente a causa de la postergación

religiosa y la ética social, que es incapaz de mirar la violencia directamente, y ésta es nuestra dificultad.

De modo que la comprensión está siempre en el presente, jamás en el futuro. La comprensión es ahora, no en los días que vendrán. Y la libertad, que no es aislamiento, podrá existir sólo cuando cada uno de nosotros comprenda su responsabilidad hacia lo total. El individuo es el producto de lo total, no es un proceso separado, es el resultado de la totalidad. Después de todo, usted es el resultado de toda la India, de toda la humanidad. Puede llamarse con el nombre que le guste, pero es el producto de un proceso total; ese proceso es el hombre. Y si usted, el «usted» psicológico, no es libre, ¿cómo puede tener libertad externamente? ¿Cuál es la significación de la libertad externa? Ustedes pueden tener diferentes gobiernos, pero ¡buen Dios!, ¿es libertad eso? Pueden tener multiplicación de jurisdicciones, porque cada persona desea un empleo, ¿pero es libertad eso? Señor, estamos hartos de palabras sin mayor contenido; embrollamos los concejos municipales con palabras carentes de sentido; estamos hartos de propaganda, la cual es una mentira. No hemos reflexionado por nosotros mismos acerca de estos problemas, porque reflexionar es muy penoso, muy desilusionante. O bien reflexionamos y nos desilusionamos volviéndonos cínicos, o reflexionamos y vamos más allá. Cuando usted va mucho más allá de todo el proceso del pensamiento, entonces hay libertad. Y en eso hay júbilo, hay una existencia creativa, que un hombre respetable, un hombre aislado, jamás podrá comprender.

* * *

NUESTRO PROBLEMA, pues, es que nuestros pensamientos vagan por todas partes y, naturalmente, queremos producir orden. ¿Pero cómo hemos de producirlo? Ahora bien, para entender una máquina que gira rápidamente, debemos aminorar su velocidad, ¿no es así? Si queremos comprender cómo funciona una dínamo, tenemos que reducir su marcha y estudiarla, pero si la detenemos es una cosa muerta, y una cosa muerta no

puede ser comprendida jamás. Sólo podemos comprender algo que está vivo. Así, una mente que ha matado pensamientos excluyéndolos, aislándolos, no puede tener comprensión, pero la mente puede comprender al pensamiento si el proceso del pensamiento aminora su ritmo. Viendo las imágenes en cámara lenta, ustedes podrán comprender el maravilloso movimiento de los músculos de un caballo cuando salta. Hay belleza en ese movimiento lento de los músculos, pero cuando el caballo salta precipitadamente, como el movimiento se termina muy pronto, la belleza se pierde. De igual modo, cuando la mente se mueve despacio porque quiere comprender cada pensamiento a medida que surge, entonces hay libertad con respecto al pensar, con respecto al pensamiento controlado, disciplinado. El pensar es la respuesta de la memoria; por lo tanto, el pensar nunca puede ser creativo. Sólo abordando lo nuevo como nuevo, lo fresco como fresco, hay una existencia creativa. La mente es la registradora, la colectora de los recuerdos, y en tanto la memoria sea revivificada por el reto, el proceso del pensamiento debe, por fuerza, continuar. Pero si cada pensamiento es observado, percibido, examinado plenamente y comprendido por completo, entonces encontrarán que la memoria comienza a marchitarse. Estamos hablando de la memoria psicológica, no de la memoria factual.

Bangalore, 18 de julio de 1948

LO QUE ESTAMOS tratando de discutir y descubrir es si la vida tiene un propósito y si ese propósito puede ser medido. Puede medirse solamente en términos de lo conocido, en términos del pasado, y cuando mido el propósito de la vida en términos de lo conocido, lo mediré conforme a mis agrados y desagradados. En consecuencia, el propósito será cuestionado por mis deseos y, debido a eso, deja de ser el propósito. Seguramente esto es claro, ¿no es así? Puedo comprender cuál es el propósito de la vida sólo a través de la pantalla de mis propios anhelos, prejuicios y deseos; de lo contrario, no puedo juzgar, ¿verdad? De modo que la medida, el metro, el patrón que utilizo es un condicionamiento de mi mente, y, según los dictados de mi condicionamiento, decidiré cuál es el propósito. ¿Pero es ése el propósito de la vida? Ha sido creado por mi anhelo y, en consecuencia, no es ciertamente el propósito de la vida. Para descubrir este propósito, la mente tiene que estar libre de la medida; sólo entonces puede descubrir. De lo contrario, uno está proyectando solamente su propio anhelo. Esto no es mera intelectualización, y si ustedes lo investigan profundamente verán su importancia. Después de todo, es conforme a mi prejuicio, a mi anhelo, a mi deseo, a mi predilección, que decido cuál debe ser el propósito de la vida. De esa manera, mi deseo crea el propósito. Indudablemente, ése no es el propósito de la vida. ¿Qué es más importante, descubrir el propósito de la vida o liberar a la mente misma de su propio condicionamiento? Y cuando

la mente está libre de su propio condicionamiento, esa libertad misma es el propósito. Porque, después de todo, sólo estando internamente libres podemos descubrir cualquier verdad.

El primer requisito, pues, es la libertad, no buscar el propósito de la vida. Sin libertad, obviamente, no podemos encontrarlo. Sin estar liberados de nuestros pequeños anhelos, de nuestras búsquedas, ambiciones, envidias, de nuestra mala voluntad, sin estar libres de estas cosas, ¿cómo podemos investigar o descubrir cuál es el propósito de la vida? ¿No es importante, entonces, para quien está investigando acerca del propósito de la vida, descubrir primero si el instrumento de investigación es capaz de penetrar en los procesos de la vida, en las complejidades psicológicas de nuestro propio ser? Porque eso es todo cuanto tenemos, ¿no es así?, un instrumento psicológico adaptado para satisfacer nuestras propias necesidades. Y como el instrumento está moldeado por nuestros propios deseos mezquinos, como es el resultado de nuestras propias experiencias, preocupaciones, ansiedades y mala voluntad, ¿cómo puede un instrumento así encontrar la realidad? Por lo tanto, ¿no es importante, si es que va a investigar el propósito de la vida, descubrir primeramente si el investigador es capaz de comprender o descubrir cuál es ese propósito? No le estoy pasando el fardo a usted, pero eso es lo que implica investigar acerca del propósito de la vida. Cuando formulamos esa pregunta, primero tenemos que descubrir si el que pregunta, el investigador, es capaz de comprender.

Poona, 31 de enero de 1953

Pregunta: Aun después de terminado el dominio británico, no hay un cambio radical en nuestro sistema de educación. Tanto el énfasis como la demanda están puestos en la especialización, en el adiestramiento técnico y profesional. ¿Cómo puede la educación mejorar los medios para la comprensión de la verdadera libertad?

Krishnamurti: Señor, ¿qué es lo que entendemos por verdadera libertad? ¿La libertad política? ¿La libertad para pensar lo que uno quiera? ¿Puede usted pensar lo que quiere? ¿Y genera libertad el pensar? ¿Acaso todo pensar no es un pensar condicionado? Entonces, ¿qué entendemos por verdadera libertad?

Hasta donde sabemos, la educación es el pensar condicionado?, ¿verdad? Todo lo que nos interesa es conseguir un empleo o usar ese conocimiento para nuestra presunción, para nuestro engrandecimiento propio, para progresar en el mundo. ¿No es esencial ver qué entendemos por verdadera libertad? Si comprendiéramos eso, entonces el adiestramiento en alguna técnica para la especialización profesional podría tener su valor. Pero cultivar meramente la capacidad técnica sin comprender qué es la verdadera libertad, conduce a la destrucción, a guerras más grandes, y eso es lo que de hecho está sucediendo hoy en el mundo. Averigüemos, pues, qué entendemos por verdadera libertad.

Obviamente, lo primero que necesita la libertad es que no haya temor, no sólo el temor impuesto por la sociedad, sino también el temor psicológico a la inseguridad. Ustedes podrán tener un muy buen empleo, podrán estar trepando por la escalera del éxito, pero si hay ambición, si están luchando por ser alguien, ¿no acarrea temor eso? ¿Y no implica que aquel que es muy exitoso no es verdaderamente libre? Así, el temor impuesto por la tradición, por la así llamada responsabilidad de los mandatos sociales, por nuestro propio miedo a la muerte, a la inseguridad, a las enfermedades, todo esto impide la verdadera libertad del ser, ¿no es así?

De modo que la libertad no es posible si hay cualquier forma de compulsión externa o interna. La compulsión surge cuando existe el impulso de amoldarse al patrón de la sociedad, o al patrón que uno ha creado para sí mismo siendo bueno o no siendo bueno. El patrón es creado por el pensamiento, el cual es un producto del pasado, de nuestra tradición, de nuestra educación, de toda nuestra experiencia basada en el pasado. Por consiguiente, mientras haya cualquier forma de compulsión —gubernamental, religiosa, o del patrón que uno ha creado para sí mismo debido al deseo de realizarse, de llegar a ser alguien grande—, no habrá verdadera libertad. No es algo fácil de hacer, ni es fácil comprender qué entendemos por verdadera libertad. Pero podemos ver que mientras haya temor en cualquier forma, es imposible saber qué es la verdadera libertad.

Individual o colectivamente, si hay temor, compulsión, no puede haber libertad. Podremos especular con respecto a la verdadera libertad, pero ésta es diferente de las ideas especulativas acerca de la libertad.

Por lo tanto, mientras la mente esté buscando cualquier forma de seguridad —y eso es lo que desea la mayoría de nosotros—, mientras la mente esté buscando permanencia en cualquiera de sus formas, no puede haber libertad. Mientras individual o colectivamente busquemos la seguridad, tendrá que haber guerras, lo cual es un hecho obvio, es lo que hoy está sucediendo en el mundo. Por consiguiente, la verdadera libertad puede existir sólo cuando la mente comprende todo este proceso

del deseo de seguridad, de permanencia. Después de todo, eso es lo que ustedes desean de sus dioses, de sus gurus. De sus relaciones sociales, de sus gobiernos, lo que ustedes desean es seguridad; así, invisten a su dios con la seguridad suprema, la cual está por encima de ustedes. Revisten esa imagen con la idea de que ustedes, como entidades, son seres muy transitorios, y de que finalmente tendrán permanencia. Así, empiezan con el deseo de ser permanentes desde el punto de vista religioso, y todas sus actividades políticas, religiosas y sociales, cualesquiera que sean, se basan en ese deseo de permanencia, en el deseo de estar seguros, de perpetuarse a través de la familia, de la nación, de una idea o por medio de los hijos. ¿Cómo puede una mente semejante que está buscando constantemente, de manera consciente o inconsciente, la seguridad, la permanencia, cómo puede una mente así tener libertad jamás?

Nosotros no buscamos realmente la verdadera libertad. Buscamos algo distinto: buscamos condiciones mejores, un estado mejor. No queremos libertad; queremos condiciones mejores, superiores, mas nobles, y a eso lo llamamos educación. ¿Puede esta educación producir paz en el mundo? Ciertamente no. Por el contrario, va a producir guerras mayores y mayor desdicha. Mientras uno sea hindú, musulmán o Dios sabe qué otra cosa, va a crear conflicto para sí mismo, para su vecino, para la nación. ¿Nos damos cuenta de esto? ¡Miren lo que está sucediendo! No tengo que decírselo porque ya lo saben.

En vez de ser seres humanos integrados, están pensando separadamente; sus actividades están fraccionadas, fragmentadas, desintegradas, están todos peleando unos con otros. Ése es el resultado de la así llamada libertad y la así llamada educación. Ustedes dicen que religiosamente están unidos, pero en realidad están peleando, destruyéndose mutuamente, porque no ven el proceso total de vivir, porque sólo se interesan en el mañana o en tener mejores empleos. Después de escuchar esto irán y harán exactamente lo mismo de antes. Serán sectarios y olvidarán al resto del mundo. Mientras estén pensando en esos términos, van a tener guerras, desdichas, destrucción. Nunca estarán seguros, ni ustedes ni sus hijos; sin embargo, quieren

estar seguros y, en consecuencia, piensan de este modo estrecho y regional. En tanto se comporten de esta manera, es inevitable que tengan guerras.

Su presente estilo de vida indica que no desean realmente la libertad; lo que desean es meramente una manera de vivir mejor, más segura, desean más satisfacción, que se les asegure un buen empleo, una buena posición tanto religiosa como políticamente. Personas así no pueden crear un mundo nuevo; no son personas religiosas, no son inteligentes. Piensan en términos de resultados inmediatos, como todos los políticos. Y ustedes saben que mientras dejen el mundo a los políticos, van a tener destrucción, guerras, desdicha. Señores, por favor, no sonrían. Es responsabilidad de ustedes, no de sus líderes; es la propia responsabilidad individual de cada uno de ustedes.

La libertad es algo por completo diferente. La libertad se revela a sí misma, no puede ser buscada. Aparece cuando no hay temor, cuando hay amor en nuestro corazón. Ustedes no pueden amar y pensar desde el punto de vista de un hindú, un cristiano, un musulmán, un parsi. La libertad nace sólo cuando la mente ya no busca seguridad para sí misma, ni en la tradición ni en el conocimiento. Una mente mutilada por el conocimiento o cargada de conocimientos, no es una mente libre. La mente es libre sólo cuando es capaz de afrontar la vida a cada instante, afrontar la realidad que revela cada suceso, cada pensamiento, cada experiencia. Y esa revelación no es posible cuando la mente se halla mutilada por el pasado.

Es responsabilidad del educador crear un ser humano nuevo, dar origen a un ser humano diferente que no conozca el miedo, que confíe en sí mismo; él creará una nueva sociedad, una sociedad totalmente distinta de la nuestra, porque la nuestra está basada en la envidia, en la ambición, en la corrupción. La verdadera libertad sólo puede llegar cuando surge la inteligencia, o sea, la comprensión de lo total, del proceso total de la existencia.

Bombay, 8 de marzo de 1953

Pregunta: Usted ha estado hablando de la libertad. La libertad, ¿no exige deberes? ¿Cuál es mi deber hacia la sociedad, hacia mí mismo?

Krishnamurti: ¿Son comparables la libertad y el deber? ¿Puede ser libre el hijo que meramente obedece? ¿Puedo obedecer a la sociedad y, aun así, ser libre? ¿Puedo ser obediente y, no obstante, ser revolucionario (en el verdadero sentido, no en el sentido económico)? ¿Puedo ser libre jamás, si sigo un sistema político o religioso? ¿O si meramente imito, copio? ¿Acaso no es imitación todo este sistema? Ser un hijo obediente, hacer lo que mi padre quiere que haga, hacer lo correcto conforme a la sociedad... estas cosas mismas, ¿no denotan un sentido de imitación? Si mi padre quiere que yo sea abogado, ¿es mi deber convertirme en abogado? Mi padre dice que debo ingresar en determinada organización religiosa; ¿es mi deber hacerlo?

¿Van juntos el deber y el amor? Es sólo cuando no hay amor, cuando no hay libertad, que la palabra «deber» se vuelve extraordinariamente importante. Y el deber toma entonces el lugar de la tradición. En ese estado vivimos, ése es nuestro estado: «Debo obedecer.» ¿No es así?

¿Cuál es mi deber hacia la sociedad? ¿Cuál es mi deber hacia mí mismo? Señores, la sociedad exige de ustedes muchas cosas: deben obedecer, deben seguir, deben practicar ciertas

ceremonias, ciertos rituales, deben creer. Eso los condiciona a ciertas formas de pensamiento, a ciertas creencias. Si están tratando de encontrar lo real —no tratando de cumplir con los requerimientos de la sociedad, no tratando de amoldarse a un patrón particular—, si tratan de descubrir qué es lo verdadero, ¿no tienen que ser libres?

Ser libre no significa que uno debe dejar de lado alguna cosa, que debe oponerse a todo; eso no es libertad. La libertad implica un constante darse cuenta del pensamiento, de lo que revelan las implicaciones del deber. A causa de ello —pero no por desechar meramente una libertad en particular— llega la verdadera libertad. Ustedes no pueden comprender todas las tradiciones, no pueden captar el significado pleno de ellas si las condenan o las justifican, o si se identifican con un pensamiento o con una idea determinada. Cuando comienzo a investigar cuál es mi deber hacia mí mismo, hacia la sociedad, ¿cómo lo descubriré? ¿Cuál es el criterio? ¿Cuál es el patrón? ¿O debemos averiguar por qué dependemos de estas palabras? ¡Con cuánta rapidez la mente que explora, que busca, que investiga, se aferra a la palabra «deber»! El padre anciano le dice a su hijo: «Tu deber es mantenerme», y el hijo siente que su deber es mantenerlo. Y aunque pueda desear hacer alguna otra cosa, como pintar, que no le reeditaré los medios de subsistencia suficientes para mantener a su padre y mantenerse a sí mismo, dice que su deber es ganar dinero y dejar de lado lo que realmente quiere hacer, y así queda atrapado y amargado por el resto de su vida. Por el resto de su vida lleva amargura en el corazón y entrega dinero a su padre y a su madre. Ésa es nuestra vida, vivimos en la amargura y morimos con amargura.

A causa de que carecemos de amor y carecemos de libertad, utilizamos palabras para controlar nuestros pensamientos, para moldear nuestros corazones y nuestros sentimientos, y eso nos satisface. Ciertamente, puede que el amor sea el único camino para la revolución, y *es* el único camino. Pero la mayoría de nosotros desapruueba las revoluciones, no sólo las revoluciones superficiales, las económicas, sino la más esencial, la más significativa y profunda revolución del pensamiento, la revolución

creadora. Debido a que desaprobamos eso, estamos siempre reformando por encima, remendando aquí y allá con palabras, con amenazas, con ambiciones.

Al final de esto, usted dirá que no he contestado su pregunta: «¿Cuál es mi deber hacia la sociedad, hacia mi padre y hacia mí mismo?» Yo digo que es una pregunta equivocada. La formula una mente que no es libre, una mente que no se halla en estado de rebelión, que es dócil, sumisa, una mente que carece de amor. ¿Puede una mente así, dócil, sumisa, sin amor, una mente oscurecida por la amargura, puede en modo alguno cumplir con la sociedad y consigo misma? ¿Puede una mente así crear un mundo nuevo, una nueva estructura?

No sacudan las cabezas. ¿Acaso saben ustedes lo que quieren? No quieren rebelarse, no quieren una revolución de la mente; quieren educar a sus hijos de la misma manera en que los han educado a ustedes. Quieren condicionarlos del mismo modo, para que piensen sobre los mismos carriles, asistan a los rituales religiosos, crean en lo que ustedes creen. Por lo tanto, jamás los alientan a descubrir. Tal como ustedes se están destruyendo a sí mismos con su condicionamiento, así quieren destruir a otros. De modo que el problema no es: «¿Cuál es mi deber hacia la sociedad?», sino: «¿Cómo he de encontrar o despertar este amor y esta libertad?» Una vez que exista ese amor, puede que no haya deber en absoluto.

El amor es el hecho más revolucionario, pero la mente no puede concebir ese amor. Usted no puede cultivarlo, tiene que estar ahí. No es algo que pueda crecer en su patio interior; surge a la existencia con la perseverante investigación, con el descontento y la rebelión constantes, cuando uno no sigue nunca a la autoridad, cuando no tiene miedo, o sea, cuando puede cometer errores y desde esos errores descubrir la respuesta. Una mente sin miedo nunca es trivial y es capaz de alcanzar verdadera profundidad; entonces, una mente así podrá descubrir qué es el amor, qué es la libertad.

Con los niños de la escuela de Rajghat, Varanasi, 20 de enero de 1954

Pregunta: ¿Qué es la libertad?

Krishnamurti: Me pregunto si ella realmente quiere saber qué es la libertad. ¿Sabe alguno de nosotros qué es la libertad? Todo lo que sabemos es que estamos constituidos para hacer cosas, que estamos obligados a hacerlas a causa de las circunstancias o de nuestros propios temores, y queremos escapar de esto. A ese escapar de las restricciones, de la compulsión, del miedo o de alguna otra cosa lo llamamos libertad. Por favor, escuchen.

Escapar de la restricción, escapar de un obstáculo o de algún tipo de coacción, no es libertad. La libertad es algo *en sí misma*, no consiste en escapar de algo. Comprendan esto, por favor. El prisionero que ha sido puesto en prisión por alguna causa quiere escapar y ser libre. Sólo piensa en términos de escapar. Si soy iracundo, siento que si sólo pudiera escapar de la ira, estaría libre. Si soy envidioso, la superación de la envidia no es libertad; escapar, superar, reprimir son meramente distintas formas de expresar lo mismo; eso no es libertad. La libertad es en sí misma, no con respecto a alguna cosa. Amar algo por sí mismo es libertad. Hay libertad cuando ustedes pintan porque aman la pintura, no porque ella les dé fama o una posición. En la escuela, cuando aman pintar, ese amor mismo es libertad, y eso implica una asombrosa comprensión de todos los comportamientos de la mente. Además, es muy sencillo hacer algo por

sí mismo y no porque ello nos dé una recompensa o nos evite un castigo. El simple amar la cosa por sí misma es el principio de la libertad.

¿Dedican ustedes diez minutos de su clase a hablar sobre todo esto? ¿O se sumergen inmediatamente en la geografía, en las matemáticas, en el inglés y demás? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no hacen esto por diez minutos diarios, en vez de malgastar su tiempo en alguna tontería que no les interesa realmente pero que están obligados a hacer? ¿Por qué no dedican un rato de la clase a hablar con el maestro acerca de estas cuestiones? Esto les ayudará en la vida, aunque pueda no contribuir a que sean grandes, exitosos o famosos. Si todos los días, durante diez minutos, hablan sobre estas cuestiones, inteligentemente, sin temor, eso les ayudará a lo largo de toda la vida, porque les hará pensar y no repetir meramente las cosas como loros. Así que, por favor, pidan a sus maestros que hablen con ustedes acerca de estas cuestiones. Entonces, encontrarán que tanto el educador como ustedes mismos se vuelven más inteligentes.

Poona, 21 de septiembre de 1958

EXISTEN, CIERTAMENTE, varias clases de libertad. Está la libertad política, la libertad que nos da el conocimiento —cuando sabemos cómo hacer cosas, la pericia práctica—, la libertad de un hombre rico que puede recorrer el mundo, la libertad del talento, del que es capaz de escribir, de expresarse, de pensar claramente. Luego está la libertad con respecto a algo: estar libre de la opresión, libre de la envidia, libre de la tradición, libre de la ambición, y así sucesivamente. Después está la libertad que uno alcanza —así lo espera— «al cabo de»: al cabo de una disciplina, al cabo de la adquisición de virtud, al cabo del esfuerzo; la libertad final que esperamos obtener mediante la realización de ciertas cosas. Por lo tanto, la libertad que brinda el talento, la libertad con respecto a algo y la libertad que esperamos alcanzar al cabo de una vida virtuosa son los tipos de libertad que todos conocemos. Ahora bien, estos diversos tipos de libertad, ¿no son meramente reacciones? Cuando ustedes dicen: «Quiero librarme de la ira», ésa es meramente una reacción; no es estar libre de la ira. Y la libertad que suponen van a obtener al cabo de una vida virtuosa, luchando, disciplinándose, es también una reacción a lo que ha sido. Por favor, sigan esto cuidadosamente, porque voy a decir algo un poco difícil, difícil en el sentido de que no están habituados a ello: Existe un sentido de libertad que no es *con respecto a* cosa alguna, que no tiene causa, pero que es un estado verdadero de libertad. Veán, la libertad que conocemos se origina siempre

en la voluntad, ¿no es así? Seré libre; aprenderé una técnica, me convertiré en un especialista, estudiaré; eso me dará libertad. De modo que utilizamos la voluntad como un medio para alcanzar la libertad, ¿no es cierto? No quiero ser pobre; por lo tanto, ejercitaré mi capacidad, mi talento, todo para volverme rico. O soy vanidoso y ejercitaré la voluntad para no ser vanidoso. Pensamos, pues, que mediante el ejercicio de la voluntad alcanzaremos la libertad. Pero eso no traerá libertad, al contrario.

* * *

COMO HE estado señalando, la libertad con respecto a algo no es libertad. Uno trata de librarse de la ira; no digo que no deban librarse de la ira, digo que eso no es libertad. Puedo estar libre de la codicia, de la mezquindad, de la envidia o de docenas de otras cosas y, con todo, no ser libre. La libertad es una cualidad de la mente. Esa cualidad no se genera mediante muy cuidadosas, respetables búsquedas e indagaciones, mediante muy minuciosos análisis o juntando ideas. Por eso es importante ver la verdad de que la libertad que exigimos constantemente es siempre con respecto a algo, tal como la libertad con respecto al dolor. No es que no haya libertad con respecto al dolor, pero la experiencia de librarse de él es meramente una reacción y, por lo tanto, no nos libera del dolor. ¿Me expreso con claridad? Sufro por distintas razones y digo que debo estar libre del sufrimiento. El impulso de liberarme del dolor nace del propio dolor. Sufro a causa de mi esposo, de mi hijo o de alguna otra cosa; no me gusta ese estado en que me encuentro y quiero salirme de él. Ese deseo de libertad es una reacción, no es libertad. Es sólo otro estado deseable que quiero, en oposición a lo que es. El hombre que puede viajar alrededor del mundo porque tiene abundancia de dinero, no es necesariamente libre, ni lo es el hombre ingenioso o eficiente, porque su deseo de libertad es otra vez meramente una reacción. ¿Puedo ver, entonces, que la libertad, la liberación, no puede aprenderse o adquirirse o buscarse mediante ninguna reacción? En consecuencia, tengo que comprender la reacción y también tengo que comprender que

la libertad no llega mediante ningún esfuerzo de la voluntad. La voluntad y la libertad se contradicen, igual que el pensamiento y la libertad. El pensamiento no puede producir libertad porque está condicionado. Económicamente, ustedes podrán quizás ordenar el mundo de modo que el hombre tenga más comodidades, más alimento, ropa y albergue, y tal vez piensen que eso es libertad. Son cosas necesarias y esenciales, pero no constituyen la libertad total. La libertad es un estado y una cualidad de la mente. Y esa cualidad es la que estamos investigando. Sin ella, hagan lo que hicieren, y aunque cultiven todas las virtudes del mundo, no tendrán esa libertad.

Bombay, 3 de diciembre de 1958

EN TODAS LAS FORMAS de comunicación las palabras son, naturalmente, muy importantes. Se vuelven más importantes cuando estamos tratando con problemas abstractos y más bien complicados, porque cada uno traducirá todas las palabras conforme a su propia comprensión de ellas. La comunicación es, entonces, muy difícil cuando uno quiere abordar el extraordinario problema de la vida con todas sus complejidades y sutilezas. Las palabras se vuelven realmente significativas si podemos atenernos a su significado del diccionario y también permitimos ir más allá de cualquier mera conclusión que una palabra pueda comunicar.

Tomemos, por ejemplo, la palabra *libertad*. Cada cual la interpretará según su propia necesidad particular, sus demandas internas, sus presiones y temores. Para un hombre atado a ciertas tradiciones, «libertad» es una palabra temible. Para uno que se complace en todas sus fantasías y deseos, esa palabra transmite la posibilidad de más complacencia. Así, las palabras tienen una significación extraordinaria en nuestra vida; no sé si alguna vez se han dado cuenta de cuán intenso y profundo es el significado de la palabra. Las palabras *Dios, libertad comunista, americano, hindú, cristiano*, etc., no sólo ejercen sobre nosotros una influencia neurológica, sino que vibran verbalmente en nuestro ser, generando determinadas reacciones. No sé si se percatan de todo esto, y si realmente lo hacen, sabrán que es muy difícil que la mente se libere de la palabra. Como quiero con-

siderar con ustedes un problema muy complejo, pienso que debemos abordarlo con las dudas y la clarificación de una mente que no sólo comprende las palabras y su significado, sino que sea capaz también de ir más allá de la palabra.

Uno puede ver lo que actualmente está sucediendo en todo el mundo. Dondequiera que haya tiranías, se niega la libertad; lo mismo ocurre dondequiera que impere la poderosa organización de la iglesia, de la religión. Aunque utilicen la palabra *libertad*, las organizaciones tanto religiosas como políticas rechazan esa libertad. Uno puede ver, asimismo, que donde hay superpoblación, la libertad debe declinar inevitablemente, y que en todas partes donde rige una organización excesiva con su comunicación de masas, también se niega la libertad. Viendo, pues, todo esto, ¿cómo han de interpretar la libertad individuos como ustedes o como yo? Viviendo como uno tiene que vivir en este mundo, en una sociedad completamente comprometida con las organizaciones y en la cual los técnicos son muy importantes, la mente se vuelve una esclava de ciertas formas de la técnica, del método, de algunos procedimientos. Entonces, ¿en qué nivel, a qué profundidad interpretamos esa palabra *libertad*? Si hiciéramos abandono de nuestra labor profesional, eso no significaría que somos libres, simplemente perderíamos nuestro trabajo. Si condujéramos por el lado opuesto de la carretera, nos perseguiría el policía y nuestra libertad sería cercenada. Si hacemos lo que nos place, o si nos volvemos ricos, el Estado nos controlará. Todo alrededor de nosotros son sanciones, leyes, tradiciones, diversas formas de compulsión y de dominio, y todas estas cosas impiden la libertad.

Si, como seres humanos, comprendieran ustedes este problema, que es un problema real, entonces, ¿desde qué profundidad estarían investigando? ¿O esto no les interesa en absoluto? Me temo que a la mayoría de nosotros no le interesa; lo que nos interesa es nuestro pan cotidiano, son nuestras familias, nuestras pequeñas preocupaciones, nuestros celos, nuestras ambiciones; pero los problemas más amplios, más extensos, no nos interesan. Y el mero interés en la solución de los problemas no los remediará. Podremos encontrar un remedio inmediato,

pero éste sólo producirá otros problemas, como bien lo sabemos. Entonces, ¿en qué nivel, desde qué profundidad responden ustedes a la palabra *libertad*?

Uno tiene que comprender, ciertamente, que la palabra no es la cosa. La palabra *verdad* no es la verdad. Pero para casi todos nosotros la palabra es suficiente; no vamos más allá de la palabra para investigar qué hay detrás de ella. Por favor, consideren esto. La palabra misma *musulmán* les impide mirar al ser humano que esa palabra representa. Las respuestas nerviosas y psicológicas a esa palabra son muy hondas y evocan en nosotros toda clase de ideas, creencias y prejuicios. Pero si pudieran considerar esto muy profundamente, se volvería obvio que tienen que separar la palabra de la cosa real. Muchísimos malentendidos en nuestras relaciones radican en el significado erróneo que damos a las palabras. Por lo tanto, es muy importante que ustedes y yo, como dos individuos, establezcamos una comunicación correcta, a fin de que nos comprendamos el uno al otro en el mismo nivel y al mismo tiempo. No sé si lo han advertido, pero cuando aman a alguien la comunicación entre ambos es instantánea. De igual modo, si podemos establecer una comunicación así, pienso que seremos capaces de explorar este muy complejo problema. La gran dificultad en el establecimiento de la comunicación es la palabra, y ustedes y yo tenemos que abrirnos paso por la palabra e ir más allá, si es que hemos de comunicarnos el uno con el otro, si hemos de compartir el problema que vamos a desplegar, a revelar y a discutir juntos.

* * *

VEMOS QUE el proceso del pensar es la respuesta de la memoria, la cual está actuando todo el tiempo como una máquina. Uno se pregunta, pues: «¿Qué significa la libertad?» Espero que comprendan esta pregunta y que me esté expresando con claridad. Si toda mi mente es el resultado del tiempo, de la tradición, de diversas culturas y experiencias, de diversos condicionamientos, de tener el trasfondo de mi familia, de la raza, de la creencia, de funcionar siempre dentro del campo de lo cono-

cido, entonces, ¿dónde está la libertad? Si me estoy moviendo permanentemente, como lo hago, dentro de los límites de mi propia mente llena de recuerdos y del producto del tiempo, ¿de qué modo ha de ir la mente más allá de sí misma? La palabra *libertad* nada significa para una mente así, ¿verdad?, porque lo único que ella hace es convertir la libertad en otra exigencia al preguntar: «¿Cómo puedo ser libre?» Por favor, siga esto cuidadosamente y lo verá. Me doy cuenta, consciente o inconscientemente, de que mi vida es una vida muy limitada; hay perpetua ansiedad, lucha, miedo, desdicha, dolor, etc., y entonces digo que debo liberarme de esta limitación. Esto es lo que exige cada uno de nosotros. Exteriormente, bajo los distintos gobiernos tiránicos, no hay libertad —nos dicen lo que debemos hacer y lo hacemos—, e internamente continúa el mismo problema. Aquí, en un país llamado democrático, ustedes están más o menos libres exteriormente —más o menos—, pero internamente son prisioneros y formulan esta pregunta acerca de la libertad. Cuanto más grande es la organización de una iglesia o de una sociedad, y más grandes son la eficiencia y los medios de comunicación de masa, mayor es el conflicto y la confusión. De ese modo, estamos siempre en lucha con nuestro medio y dentro de nosotros mismos. La lucha prosigue perpetuamente con su contradicción y su desdicha: «Mi esposa no me ama», «yo amo a otra persona», «existe la muerte», «yo creo, yo no creo». Hay eterna agitación e inquietud, como ocurre con el mar.

¿Ha observado alguna vez al mar? En ciertos días, cuando el viento está quieto, y no hay un soplo de aire, el mar refleja las estrellas. Hay tranquilidad, quietud de la atmósfera, una sensación de paz, pero por debajo existen corrientes profundas, profundos movimientos; las aguas del mar cubren una superficie enorme, y en realidad el mar nunca está quieto, está siempre moviéndose, moviéndose sin descanso. Cada soplo de viento que llega quiebra la quietud, la tranquilidad. Así ocurre también con la mente. Estamos perpetuamente inquietos y, al percatarnos de ello, decimos: «Denme paz. Quiero encontrar a Dios. Quiero escapar de esta desdicha y descubrir si existe una paz, una bendición perdurable.» Eso es lo que todos deseamos, y por eso

nos encontramos en semejante tensión de contradicciones, con un deseo combatiendo contra otro deseo. La ambición engendra frustración y vacuidad, y entonces este deseo de realizarnos trae nuevamente consigo la sombra de la frustración. De nada sirve que describa meramente nuestra condición —somos conscientes de ella, ¿no es así?—, en la que pasamos de un estado de confusión, de agitación, de desdicha y pesar, a un estado de sentir fugaces alegrías, de mirar ocasionalmente el cielo y decir: «¡Qué bello, qué maravilloso!», y de conocer en ocasiones el sentimiento de amor; pero es todo transitorio, fugaz, todo fluye. Entonces la mente dice: «¿No hay un estado permanente de paz?» y procede a investir de permanencia a una idea de Dios, de la Verdad. Y todas las religiones promueven esta investidura, esta acción de conferir permanencia a una idea. Todas las religiones del mundo dicen que hay una permanencia, una bendición que debemos buscar y hacia la cual existe un camino. Sostienen que hay un camino desde la confusión a la realidad. ¿Comprende, señor? En el momento en que busco un estado que será permanente, tengo que encontrar un camino que me lleve hacia él: una creencia, un método, un sistema, una práctica. Ahora bien, para mí no hay ni permanencia ni método. No hay método para descubrir la realidad.

Bombay, 14 de diciembre de 1958

EL PENSAR, ciertamente, es superficial; es la respuesta de la memoria, de las experiencias acumuladas, del condicionamiento; y el pensamiento responde a cualquier reto de acuerdo con ese condicionamiento que constituye nuestro trasfondo. El pensamiento está siempre atado a esta experiencia acumulada, y uno se pregunta: El pensar, ¿puede ser libre alguna vez? Porque sólo en libertad puede uno observar, puede descubrir; el verdadero descubrimiento sólo es posible en un estado de espontaneidad donde no hay compulsión, ni exigencias de lo inmediato, ni presiones o influencias sociales. No hay duda de que para observar lo que estamos pensando, para saber por qué pensamos y conocer el origen y el motivo de nuestro pensamiento, tiene que haber cierto sentido de espontaneidad, de libertad, porque cualquier clase de influencia tergiversa la observación. En todo pensar, si existe alguna compulsión o presión, el pensamiento se deforma. ¿Puede, entonces, el pensamiento liberar alguna vez al hombre, puede liberar a la mente? Y la libertad, ¿no es, acaso, esencialmente necesaria si uno ha de descubrir qué es lo verdadero? Hay dos tipos habituales y diferentes de libertad: está la libertad con respecto a algo y la libertad para realizarse, para ser alguna cosa. Luego está también la libertad que es libertad en sí. Casi todos queremos estar libres *de* algo: libres del tiempo o libres de algún pariente, o bien queremos estar libres para realizarnos, para expresarnos. Todas nuestras ideas de libertad se limitan a estos dos aspectos: la libertad res-

pecto de alguna cosa o la libertad para ser alguna cosa. Ahora bien, las dos son reacciones, ¿no es así? Ambas son el resultado del pensamiento, la consecuencia de alguna forma de compulsión interna o externa. El pensamiento se halla atrapado en ese proceso; el pensamiento busca liberarse de la tiranía, liberarse de un gobierno corrupto, de una relación en particular, de un sentimiento de ansiedad; al liberarnos, esperamos poder obtener satisfacción en alguna otra cosa. Por lo tanto, siempre pensamos en los términos de «liberarnos de», o «liberarnos para», para ser, para realizarnos. Y, al parecer, ese pensar en la libertad limitándola a esas dos categorías es muy superficial.

¿Existe, entonces, una libertad que no sea meramente una reacción, en la cual no haya ni movimiento para liberarse de alguna cosa ni movimiento para ser alguna cosa? ¿Y puede una libertad así ser capturada, puede ser engendrada como una idea por el pensamiento? Porque si uno está meramente libre de algo, no es realmente libre, y si está libre en el sentido de estar realizado, hay siempre ansiedad, miedo, frustración y dolor. ¿Puede el pensamiento liberar a la mente de tal modo que el dolor y la ansiedad hayan cesado por completo? Ciertamente, tal como ocurre con el amor, la verdadera bondad no es cultivada por el pensamiento; es un estado del ser, pero ese estado no puede ser producido por la mente que se dice a sí misma: «Debo ser buena.» Entonces, ¿puede uno descubrir, explorando a través de los diversos canales del pensamiento qué es la libertad? ¿Puede el pensamiento revelar el verdadero significado de la vida, descubrir la realidad? ¿O el pensamiento debe cesar totalmente para que la realidad sea?

Expongámoslo de una manera diferente. Todos ustedes están buscando algo, ¿no es así? Si uno es lo que se titula una persona religiosa, está buscando aquello que llama Dios, o, si no, está buscando más dinero, más felicidad, o desea ser bueno; busca expresar su propia ambición. Todos están buscando alguna cosa.

Ahora bien, ¿qué entendemos por buscar? Buscar implica que sabemos lo que estamos buscando. Cuando decimos que buscamos la paz de la mente, eso debe significar que, o bien

ya hemos experimentado eso y queremos volver a experimentarlo, o estamos proyectando una idea verbal que no es una realidad, sino una cosa creada por el pensamiento. De modo que la búsqueda implica que ya hemos conocido o experimentado lo que buscamos. Uno no puede buscar algo que no conoce. Cuando decimos que estamos buscando a Dios, eso significa que ya conocemos lo que Dios es, o bien significa que nuestro condicionamiento proyecta la idea de que existe un Dios. De modo que el pensar nos obliga a buscar aquello que el pensamiento mismo ha proyectado. Desde ese pensamiento, que es superficial, que es el resultado de muchas experiencias que se han acumulado y que forman nuestro trasfondo, ¡desde ese pensamiento proyectamos una idea y después la buscamos! Y en nuestra búsqueda de Dios tenemos visiones, tenemos experiencias que no hacen otra cosa sino reforzar la búsqueda y nos impulsan a perseguir las proyecciones de nuestro trasfondo. De manera que la búsqueda sigue siendo el movimiento del pensar. Uno está en conflicto, se debate en la confusión y, a fin de escapar de esa confusión, el pensamiento empieza a proyectar una idea de que tiene que existir la paz, de que tiene que haber una permanente bienaventuranza, y entonces procede a buscarla. Esto es lo que de hecho ocurre en cada uno de nosotros. No comprendemos esta existencia desdichada, este caos perpetuo, y queremos escapar hacia un estado permanente de bienaventuranza. Ahora bien, ese estado lo proyecta la mente; habiéndolo proyectado, dice: «Tengo que encontrar ayuda para alcanzarlo.» Y así sigue los métodos, el sistema, la práctica. El pensamiento crea el problema y entonces trata de escapar del problema mediante diversos sistemas, a fin de alcanzar la idea proyectada de un estado permanente. De modo que el pensamiento persigue su propia proyección, su propia sombra.

Ahora bien, en realidad la pregunta es: ¿Puede la mente suspender el pensar y afrontar la experiencia cotidiana desde una diferente calidad mental? Esto no significa olvidar o descuidar la memoria acumulada, la experiencia acumulada. Los técnicos, los constructores de puentes, los científicos, los oficinistas son, desde luego, necesarios. Pero, ¿es posible, comprendiendo que

el pensar no es la solución para nuestros problemas, suspender el pensamiento y observar el problema? No sé si alguna vez han tratado realmente de mirar un problema sin la agitación, el desorden, la inquietud del pensamiento. El pensar crea una serie de movimientos de inquietud, de ansiedad en demanda de una solución. ¿Alguna vez han tratado de calmar al pensamiento, de suspender el pensar y simplemente observar el problema? Inténtelo, por favor, mientras estoy hablando. Escuchen de tal manera que puedan mirar el problema sin la agitación del pensamiento.

Ustedes tienen muchos problemas: problemas de relación, de familia, de trabajo, problemas de responsabilidades, problemas que emergen de la vida social, ambiental o política que llevan y que pueden ser inmediatos, apremiantes o remotos. Tomen cualquiera de esos problemas y mírenlos. Siempre los han mirado —¿no es así?— con cierta agitación del pensamiento que dice: «Tengo que resolverlo, ¿qué debo hacer? ¿Es correcto esto o es correcto aquello? ¿Es esto respetable o no es posible?», y así sucesivamente. Y con este inquieto pensamiento examinan el problema; obviamente, cualquier solución que encuentran en medio de esa inquietud no es una verdadera respuesta y sólo crea más problemas. Eso es lo que de hecho ocurre con cada uno de nosotros. ¿Pueden, entonces, mirar el problema suspendiendo el pensamiento? El pensamiento es el resultado de las experiencias acumuladas, y esos recuerdos son los que responden al problema, ¿pero pueden ustedes suspender por el momento el pensar de modo que la mente no esté bajo presión, que no esté bajo el peso de un millar de ayeres? No es meramente cuestión de decir: «No pensaré.» Eso es imposible. Pero si ven la verdad de que una mente agitada que responde sólo conforme a su condicionamiento, a su trasfondo, a sus experiencias acumuladas, no puede resolver ni comprender el problema, si ven totalmente la verdad de ese hecho, entonces comprenden que el pensamiento no es el instrumento que habrá de resolver nuestros problemas.

Lo expondré de manera diferente. Pareciera que cualquier cosa que el hombre puede hacer, también puede hacerla una

máquina electrónica apropiada Se está descubriendo y será perfeccionada en una o dos décadas, esa máquina que podrá lograr también y con mucha eficiencia lo que puede hacer una mente humana. Probablemente compondrá música, escribirá poemas, traducirá libros, etcétera. Y químicamente se están fabricando drogas que nos proveen de bienestar, de paz, que nos libran de preocupaciones, que nos tranquilizan. ¿Entienden, entonces, lo que va a suceder? ¿Se encargará la máquina del trabajo de ustedes —y es probable que lo haga mejor— y la droga les dará la paz mental? Supongan que ciertas drogas que pueden tomar para hacer que la mente se aquiete de una manera extraordinaria, de modo tal que no tengan que pasar por disciplinas, controles, ejercicios respiratorios y todos esos trucos. Así, la mente mezquina, la mente superficial y limitada que apenas puede pensar una pizca más allá de sí misma, no tendrá más preocupaciones, tendrá paz. Pero una mente semejante sigue siendo trivial, sus fronteras son reconocibles y todos sus pensamientos son superficiales. Aunque esté muy quieta mediante la ingestión de píldoras, no ha eliminado sus propias limitaciones, ¿verdad? Una mente trivial que piensa acerca de Dios yendo de una imagen esculpida a otra, pronunciando cantidades de palabras, murmurando un montón de oraciones, sigue siendo una mente trivial. Y ése es el caso con la mayoría de nosotros. ¿Cómo puede, entonces, un pensamiento que es siempre trivial, superficial, limitado, cómo puede cesar ese pensamiento de tal modo que no haya fronteras en absoluto, que haya libertad, pero no la libertad con respecto a alguna cosa ni la libertad para ser alguna cosa? Espero que comprendan la pregunta.

Veán, uno puede estar mejorándose eternamente a sí mismo; puede reflexionar un poco más, dedicarse al perfeccionamiento propio, ser más amable, más generoso, esto o aquello, pero eso está siempre dentro del campo del «yo». Es el «yo» el que está logrando cosas deviniendo, y ese «yo» es siempre reconocible como una acumulación de experiencias, de recuerdos. Y el problema es cómo resolver esto, cómo derribar las fronteras del «yo». Cuando digo «cómo» no me estoy refiriendo a un método, sino a una investigación. Porque todos los métodos implican

el ejercicio del pensamiento, el control del pensamiento, la sustitución de un pensamiento por otro. De modo que cuando ustedes practican meramente métodos, sistemas, disciplinas, no hay investigación.

Viendo todo esto, que el pensamiento es el resultado de la memoria, de la experiencia acumulada, la cual es muy limitada, y que la búsqueda de la realidad, de Dios, de la verdad, de la perfección, de la belleza es, en realidad, la proyección del pensamiento —que se halla en conflicto con el presente y se mueve hacia una idea del futuro—, y viendo que la persecución del futuro crea al tiempo, viendo todo esto, es obvio que el pensamiento ha de ser suspendido. Tiene que haber algo, ciertamente, que el pensamiento no puede capturar e introducir en la memoria, algo totalmente nuevo, completamente incognoscible, irreconocible. ¿Y cómo podemos nosotros, con la constante agitación de nuestro pensamiento, comprender ese estado?

¿Es la comprensión un asunto de tiempo? Pensando al respecto, ¿comprenderán esto mañana? Ustedes saben, si tienen un problema, cómo el pensamiento lo investiga, lo analiza, lo desmenuza, penetra en él tanto como puede y, sin embargo, no encuentra la respuesta, porque está siempre bajo la ansiedad del problema. Entonces lo abandona, lo deja en suspenso; y a causa de que el pensamiento se ha disociado del problema de modo tal que el problema ya no ejerce ninguna presión, ni consciente ni inconscientemente, sobre la psique, la respuesta llega. Esto tiene que haberles sucedido.

¿No podemos ver, entonces, a través de todo este asunto del pensar? Ustedes saben cómo rinden culto al hombre intelectual que está lleno de conocimientos —los cuales no son sino palabras e ideas— pero que sigue viviendo en el nivel superficial. ¿Han observado cómo se sienten instintivamente atraídos hacia aquel que dice: «Yo sé»? Por lo tanto, al ver todo esto, la pregunta es: ¿Puede suspenderse el pensamiento? Si han comprendido el problema, entonces, a medida que yo comience a avanzar en la exploración, serán capaces de seguirme.

EXISTE EL problema de la muerte, el problema de Dios, el de la virtud, el de la relación; está el problema del conflicto en que vivimos, del trabajo, de la falta de dinero; está el problema de la pobreza, del hambre, y está toda la desdicha que traen la desesperación y la esperanza. Ustedes no pueden resolver estos problemas uno por uno; es imposible. Tienen que resolverlos completamente, como algo total, no poco a poco; de lo contrario, jamás los resolverán. Porque al resolver un problema como si estuviera disociado de los demás, crearán meramente otro problema. Ningún problema está separado, aislado. Cada problema se relaciona, superficial o profundamente, con otro problema, de modo que es necesario comprenderlos en su totalidad. Y el pensamiento jamás puede comprenderlos totalmente porque el pensamiento es parcial, fragmentario. Entonces, ¿cómo ha de resolver la mente el problema? No pueden resolverlo como si estuviera aislado; no pueden hallar una solución mediante una abstracción intelectual; no pueden resolverlo por medio de los recuerdos acumulados; tampoco lo resolverán escapando hacia el templo, o mediante el alcohol, el sexo o cualquier otra cosa. Tienen que abarcarlo totalmente, comprenderlo totalmente, y esto puede ocurrir sólo cuando hay suspensión del pensamiento. Cuando la mente está inmóvil y silenciosa, la reverberación del problema sobre la mente es por completo distinta. Cuando el lago está muy quieto podemos ver su profundidad; son visibles cada pez, cada alga, cada ondulación; de igual modo, cuando la mente está por completo inmóvil, podemos ver muy, muy claramente. Esto puede ocurrir sólo cuando hay suspensión del pensamiento, no a fin de resolver el problema, sino para ver su significación, su naturaleza fragmentaria, y entonces el pensamiento mismo se aquieta, se inmoviliza, no sólo en el nivel consciente sino a gran profundidad.

Por eso es esencial el conocimiento propio, por eso es esencial aprender acerca de uno mismo. Y uno no puede aprender acerca de sí mismo si no mira o si mira con una mente llena de conocimiento acumulado. Para aprender, tiene que haber libertad. Entonces uno puede mirar el problema no sólo desde la

superficie; entonces cada problema, cada reto es respondido desde una profundidad que el pensamiento no puede alcanzar.

Una mente inmóvil, silenciosa, no es una mente debilitada, inerte, corrompida, como lo es la que ha sido aquietada mediante el uso de una droga, mediante la respiración o mediante algún sistema de autohipnosis. Es una mente plenamente activa; cada zona no hollada de uno mismo es iluminada, y desde ese centro de luz responde la mente, sin crear sombra alguna.

Madrás, 22 de noviembre de 1959

ME PREGUNTO si son siquiera conscientes de esta extraordinaria compulsión que experimentan de querer pertenecer a algo. Estoy seguro de que la mayoría de ustedes pertenece a algún partido político, a cierto grupo o a cierta creencia organizada; están comprometidos con una particular forma de pensar o de vivir, y eso ciertamente niega la libertad. No sé si han examinado esta compulsión que los lleva a pertenecer, a identificarse con un país, con un sistema, con un grupo, con ciertas creencias políticas o religiosas. Y, obviamente, sin comprender esta compulsión, no tiene sentido que se salgan meramente de un partido o grupo, porque pronto se comprometerán con otro.

¿Acaso no han hecho precisamente esto? Dejan un «ismo» y van y se afilian a algún otro: catolicismo, comunismo, rearme moral y Dios sabe cuántos más. Pasan de un compromiso a otro, obligados por el impulso de pertenecer a algo. ¿Por qué? Creo que es una pregunta importante para que se la formulen a sí mismos. ¿Por qué ese deseo de pertenecer? Por cierto, la mente es capaz de recibir lo verdadero únicamente cuando permanece sola por completo, no cuando se ha comprometido con algún partido o alguna creencia. Por favor, reflexionen sobre esta pregunta, comuníquense con ella desde el corazón. ¿Por qué pertenecen? ¿Por qué se han comprometido con un país, con un partido, con una ideología, con una creencia, con una familia, con una raza? ¿Por qué existe este deseo de identificarse uno

mismo con alguna cosa? ¿Y cuáles son las implicaciones de este compromiso? Es sólo el hombre que está completamente fuera de todo compromiso el que puede comprender, no el hombre adherido a un grupo particular o el que se mueve perpetuamente de un grupo a otro, de un compromiso a otro.

Por cierto, ustedes quieren pertenecer a algo porque eso les da una sensación de seguridad; no sólo seguridad social, sino seguridad interna. Cuando pertenecen a algo se sienten a salvo. Al pertenecer a esta cosa llamada «hinduismo», se sienten socialmente respetables, internamente indemnes, seguros. Por lo tanto, se han comprometido con algo a fin de tener seguridad, lo cual reduce, obviamente, el margen de libertad, ¿no es así?

La mayoría de nosotros no es libre. Somos esclavos del hinduismo, del comunismo, de una sociedad u otra, de los líderes, de los partidos políticos, de las religiones organizadas, de los gurus, y así hemos perdido nuestra dignidad como seres humanos. La dignidad del ser humano existe sólo cuando uno ha saboreado, cuando ha percibido el aroma de esta cosa extraordinaria llamada libertad, cuando la ha conocido. Del florecimiento de la libertad surge la dignidad humana. Pero si no conocemos esta libertad, estamos esclavizados. Es lo que está sucediendo en el mundo, ¿verdad? Y pienso que el deseo de pertenecer a algo, de comprometernos con ello, es una de las causas de esta reducción de la libertad. Para librarnos de este impulso de pertenecer, de este deseo de comprometernos, hemos de investigar nuestros propios modos de pensar, de comunicarnos con nuestro corazón y con nuestros deseos. Es algo muy difícil de hacer. Requiere paciencia, cierta delicadeza en el modo de abordarlo, una exploración constante y persistente dentro de uno mismo, exenta de condena o aceptación. Ésa es la verdadera meditación, pero encontrarán que no es fácil de hacer y que muy pocos de nosotros estamos dispuestos a emprenderla.

Casi todos elegimos el camino fácil que implica ser guiados, conducidos; pertenecemos a algo, y así perdemos nuestra dignidad humana. Es probable que digan: «Bueno, esto ya lo hemos oído antes, él está con su tema favorito», y se marchen. Desearía

que fuera posible para ustedes escuchar como si estuvieran escuchando por primera vez —igual que si vieran por primera vez la puesta del Sol o el rostro de un amigo—. Entonces aprenderían, y, al aprender de ese modo, descubrirían por sí mismos la libertad, que no es la así llamada libertad que otros nos ofrecen.

Investiguemos, pues, con paciencia y persistentemente, esta cuestión de lo que es la libertad. No hay duda de que sólo un hombre libre puede comprender la verdad, la cual implica descubrir si existe algo eterno más allá de la medida de la mente; y el hombre agobiado por su propia experiencia o por su conocimiento nunca es libre, porque el conocimiento impide el aprender.

Vamos a comunicarnos uno con otro, a investigar juntos esta cuestión de lo que es la libertad y cómo lograrla. Y para investigar así, obviamente tiene que haber libertad desde el principio mismo, de lo contrario no podemos investigar, ¿verdad? Ustedes deben dejar totalmente de pertenecer a algo, porque sólo entonces la mente es capaz de investigar. Pero si nuestra mente está atada, sujeta por algún compromiso, ya sea político, social, religioso o económico, entonces ese mismo compromiso nos impedirá investigar, porque careceremos de libertad.

Por favor, escuchen lo que se está diciendo y vean por sí mismos el hecho de que ya el primer movimiento de la investigación debe nacer de la libertad. No pueden estar comprometidos con algo e investigar a partir de ahí, tal como un animal atado a un árbol no puede alejarse de él. La mente de ustedes es una esclava en tanto esté comprometida con el hinduismo, con el budismo, con el islamismo, el cristianismo, el comunismo, o con algo que ella misma ha inventado. Por lo tanto, no podemos proseguir juntos a menos que comprendamos desde el principio mismo, de ahora en adelante, que para investigar tiene que haber libertad. Tiene que haber un abandono del pasado, no con renuencia, no de mala gana, sino un completo desprenderse del pasado.

Después de todo, los científicos que tuvieron que abordar juntos el problema de ir a la Luna estaban libres para investigar, por mucho que puedan haber sido esclavos de su país y todo

lo demás. Me estoy refiriendo sólo a esa peculiar libertad del científico en un puesto de investigación. Al menos momentáneamente, en su laboratorio, está libre para investigar. Pero nuestro laboratorio es nuestro vivir, es todo el trayecto de la vida de día en día, de mes en mes, de año en año, y nuestra libertad para investigar tiene que ser total, no puede ser una cosa fragmentaria, como ocurre con los técnicos. Por eso, si vamos a aprender y comprender qué es la libertad, si vamos a ahondar profundamente en sus insondables dimensiones, debemos desde el primer instante abandonar todos nuestros compromisos y permanecer solos. Y esto es algo muy difícil de hacer.

El otro día, en Cachemira, algunos sanyasis me dijeron: «Vivimos solos en las nieves. Jamás vemos a nadie. Nadie nos visita nunca.» Y yo les dije: «¿Están realmente solos, o están meramente separados de la humanidad desde el punto de vista físico?» «¡Oh, sí!», contestaron, «estamos solos». Pero ellos estaban con su Vedas y sus Upanishads, con sus experiencias y sus conocimientos acumulados, con sus meditaciones y sus prácticas. Seguían llevando la carga de su condicionamiento. Eso no es estar solo. Hombres así, habiéndose puesto una vestidura azafranada, se dicen a sí mismos: «Hemos renunciado al mundo.» Pero no lo han hecho. Uno nunca puede renunciar al mundo, porque el mundo forma parte de uno. Puede renunciar a unas cuantas vacas, a una casa, a alguna propiedad, puede renunciar a su herencia, a su tradición, a su acumulada experiencia racial, a toda la carga de su condicionamiento; esto requiere una enorme investigación y exploración, que es el movimiento del aprender. El otro camino, convertirse en monje o ermitaño, es muy fácil.

Debemos considerar, entonces, cómo nuestro trabajo, nuestro ir de la casa a la oficina todos los días durante treinta, cuarenta o cincuenta años, nuestro conocimiento de ciertas técnicas como la de ingeniero, abogado, matemático, conferenciante, cómo todo eso nos convierte en esclavos. Desde luego, en este mundo uno tiene que conocer una técnica y desempeñar un trabajo, pero consideren cómo todas estas cosas reducen el margen de libertad. La prosperidad, el progreso, la seguridad, el éxito,

todo eso limita a la mente, de modo que al final, o aun de inmediato, la mente se vuelve mecánica y sigue repitiendo meramente ciertas cosas que ha aprendido.

Una mente que quiere investigar la libertad y descubrir su belleza, su vastedad, su dinamismo, su extraña cualidad de no hacerse efectiva en el sentido mundano de esa palabra, una mente así debe, desde el principio mismo, dejar de lado sus compromisos, su deseo de pertenecer a algo, y con esa libertad tiene que investigar. Esto involucra muchas preguntas. ¿Cuál es el estado de la mente que está libre para investigar? ¿Qué significa estar libre de compromisos? ¿Ha de liberarse de sus compromisos un hombre casado? Ciertamente, donde hay amor no hay compromiso; uno no pertenece a su esposa, y la esposa no le pertenece a uno. Pero de hecho sí nos pertenecemos el uno al otro, porque jamás hemos experimentado esta cosa extraordinaria llamada amor, y ésa es nuestra dificultad. Nos hemos comprometido con el matrimonio exactamente como nos comprometemos con el aprendizaje de una técnica. El amor no es compromiso, pero también esto es muy difícil de comprender, porque la palabra no es la cosa. Ser sensible al otro, tener ese sentimiento puro no contaminado por el intelecto, eso es, ciertamente, amor.

No sé si han considerado ustedes la naturaleza del intelecto. El intelecto y sus actividades están muy bien en cierto nivel, ¿no es así? Pero cuando el intelecto interfiere con ese sentimiento puro, entonces se introduce la mediocridad. Conocer la función del intelecto y estar atento a ese sentimiento puro sin dejar que ambos se mezclen y se destruyan el uno al otro, requiere un muy claro y agudo estado de percepción sensible.

Ahora bien, cuando decimos que tenemos que investigar algo, ¿es en realidad necesaria una investigación, o sólo existe una percepción directa? ¿Comprenden? Espero estar expresándome claramente. La investigación es, por lo general, un proceso de analizar y llegar a una conclusión. Ésa es la función de la mente, del intelecto, ¿no es así? El intelecto dice: «He analizado y la conclusión a la que he llegado es ésta.» Desde esa conclusión pasa a otra, y así prosigue esto.

Ciertamente, cuando el pensamiento surge de una conclusión, no es más un pensar, porque la mente ya ha decidido, ha concluido; el pensar existe sólo cuando no hay conclusión. Nuevamente tendrán que reflexionar sobre esto sin aceptarlo ni rechazarlo. Si yo concluyo que el comunismo o el catolicismo, o cualquier otro «ismo», es tal y tal cosa, he dejado de pensar. Si concluyo que hay Dios o que no hay Dios, he dejado de investigar. La conclusión adopta la forma de una creencia. Si he de descubrir si Dios existe, o cuál es la verdadera función del Estado en relación con el individuo, nunca puedo partir de una conclusión, porque la conclusión es una forma de compromiso.

De modo que la función del intelecto es siempre la de investigar, analizar, explorar, ¿no es así? A causa de que deseamos estar seguros internamente, psicológicamente, de que sentimos temor y ansiedad con respecto a la vida, arribamos a alguna forma de conclusión con la cual nos comprometemos. Proseguimos de un compromiso a otro, y yo digo que una mente semejante, un intelecto semejante, siendo esclavo de una conclusión, ha dejado de pensar, de investigar.

No sé si han observado qué enorme papel juega el intelecto en nuestra vida. Los diarios, las revistas, todo a nuestro alrededor cultiva la razón. No es que yo esté en contra de la razón. Al contrario, uno debe tener la capacidad de razonar muy claramente, muy agudamente. Pero, si observan, verán que el intelecto está perpetuamente analizando por qué pertenecemos o no pertenecemos a algo, por qué uno debe ser independiente para poder encontrar la realidad, etc. Hemos aprendido el proceso de analizarnos a nosotros mismos. Está, pues, el intelecto con su capacidad de investigar, de analizar, de razonar y llegar a conclusiones; y existe el sentimiento, el sentimiento puro que es siempre interrumpido, distorsionado por el intelecto. Y cuando el intelecto interfiere con el sentimiento puro, de esta interferencia se desarrolla una mente mediocre. Por un lado, tenemos el intelecto, con su capacidad de razonar basada en sus agrados y desagradados, en su condicionamiento, en sus experiencias y conocimientos; y por el otro, tenemos el sentimiento, el cual está corrompido por la sociedad, por el miedo. Y uno se pre-

gunta: ¿Revelarán ambos lo verdadero? ¿O sólo existe la percepción y ninguna otra cosa? Me temo que no me expreso con claridad. Explicaré lo que quiero decir.

Para mí sólo existe la percepción, la cual consiste en ver instantáneamente algo como falso o verdadero. Esta percepción instantánea de lo que es falso y de lo que es verdadero es el factor esencial —no el intelecto con su razonamiento basado en su habilidad, en su conocimiento, en sus compromisos—. A veces debe haberles sucedido que han visto la verdad de algo instantáneamente; por ejemplo, la verdad de que no pueden pertenecer a cosa alguna. Eso es percepción: ver la verdad de algo instantáneamente, sin análisis, sin razonamiento, sin todas las cosas que el intelecto crea a fin de posponer la percepción. Ésta es por completo diferente de la «intuición», palabra que usamos con demasiada locuacidad y soltura. Y la percepción nada tiene que ver con la experiencia. La experiencia les dice a ustedes que tienen que pertenecer a algo porque de otro modo serán destruidos, perderán su trabajo, o su familia, o su propiedad, o su posición y prestigio.

De modo que el intelecto, con todo su razonamiento, con sus hábiles evaluaciones, con su pensar condicionado, dice que ustedes deben pertenecer a algo, que deben comprometerse a fin de sobrevivir. Pero si perciben la verdad de que el individuo tiene que estar completamente solo, esa percepción misma es un factor liberador, no tienen que esforzarse por estar solos.

Para mí, sólo existe esta percepción directa, no el razonamiento, ni el cálculo; ni el análisis. Uno debe tener la capacidad de analizar, debe tener una mente buena y aguda para poder razonar; pero una mente limitada a la razón y al análisis es incapaz de percibir la verdad. Para percibir instantáneamente la verdad de que es una insensatez pertenecer a alguna organización religiosa, uno debe ser capaz de mirar en lo más recóndito del propio corazón, conocerlo totalmente sin las obstrucciones creadas por el intelecto. Si uno se comunica consigo mismo, sabrá por qué pertenece a algo, por qué se ha comprometido con ello, y si prosigue más allá verá la esclavitud, el cercenamiento de la libertad, la falta de dignidad humana que acarrea ese com-

promiso. Cuando todo esto se percibe instantáneamente, uno es libre; no tiene que hacer un esfuerzo para liberarse. Por eso es esencial la percepción. Todos los esfuerzos para liberarse provienen de la propia contradicción interna. Hacemos un esfuerzo porque internamente vivimos en estado de contradicción, y esta contradicción, este esfuerzo, engendran muchas vías de escape que nos mantienen perpetuamente en la noria de la esclavitud.

Por lo tanto, me parece que uno debe ser muy serio; pero no entiendo la seriedad en el sentido de comprometerse con alguna cosa. Las personas comprometidas de ese modo no son serias en absoluto. Se han abandonado a ello para lograr sus propios objetivos, para acrecentar su propia posición, su prestigio. Yo no llamo serias a tales personas. El hombre serio es el que quiere descubrir qué es la libertad, y es obvio que para esto tiene que investigar su propia esclavitud. No digan que no son esclavos. Ustedes pertenecen a algo, y eso es esclavitud, aunque sus líderes hablen de libertad. Así lo hacía Hitler, así lo hacía Krushchov. Todas las tiranías, todos los gurus, todos los presidentes o vicepresidentes, todos los que integran la estructura religiosa o política, hablan de libertad. Pero la libertad es algo por completo diferente. Es un fruto precioso sin el cual uno pierde la dignidad humana. Es amor, sin el cual jamás encontraremos a Dios, o la verdad, o esa cosa sin nombre. Cualquier cosa que hagamos, aunque cultivemos todas las virtudes y nos sacrifiquemos y nos esclavicemos y exploremos caminos para servir al hombre, sin libertad, ninguna de estas cosas revelará esa realidad dentro de nuestro propio corazón. Esa realidad, ese algo inconmensurable, adviene cuando hay libertad, la total libertad interna que existe sólo cuando no nos hemos comprometido, cuando no pertenecemos a nada, cuando somos capaces de permanecer completamente solos sin amargura, sin cinismo, sin esperanzas ni decepciones. Sólo una mente-corazón así puede recibir lo inconmensurable.

Bombay, 23 de diciembre de 1959

PARA INVESTIGARNOS profundamente, plenamente a nosotros mismos, es necesario un sentido de libertad; no al final, sino desde el principio mismo. No pregunten cómo se llega a esa libertad. Ningún sistema de meditación, ningún libro, ninguna droga, ningún truco psicológico que puedan jugar consigo mismos, les dará libertad. La libertad nace cuando percibimos que esa libertad es esencial. En el momento en que lo percibimos, nos hallamos en estado de rebelión: rebelión contra este feo mundo, contra toda ortodoxia, contra la tradición, contra el liderazgo tanto político como religioso. La rebelión dentro de la estructura de la mente se marchita pronto, pero hay una rebelión perdurable cuando percibimos por nosotros mismos que la libertad es esencial.

Desafortunadamente, muy pocos estamos conscientes de nosotros mismos. Nunca hemos pensado en los comportamientos de nuestras propias mentes, tal como hemos pensado en nuestras técnicas, en nuestros trabajos. Jamás nos hemos mirado realmente; jamás hemos penetrado en las profundidades de nosotros mismos sin cálculo, sin premeditación, sin buscar obtener algo de esas profundidades. Jamás hemos emprendido el viaje hacia el interior de nosotros mismos sin tener para ello un propósito. En el momento en que tenemos un propósito, un motivo, somos esclavos de él; uno no puede pasearse libremente por el interior de sí mismo, porque siempre está pensando en términos de cambio, de mejoramiento propio. Está atado al pos-

te del mejoramiento propio, el cual es una proyección de la propia mente estrecha y trivial.

Por favor, consideren lo que estoy diciendo, háganlo de manera no sólo verbal, sino observando la propia mente, la realidad del propio estado interno. En tanto seamos esclavos, no tiene ningún sentido que musitemos palabras acerca de Dios, de la verdad, acerca de todas las cosas que hemos aprendido de nuestros libros sagrados; eso sólo perpetúa la esclavitud. Pero si nuestra mente comienza a percibir que necesita libertad, ello creará su propia energía, la cual entonces operará sin nuestros esfuerzos calculados para liberarnos de la esclavitud.

Estamos, pues, interesados en la libertad del individuo. Pero descubrir al individuo es muy difícil, porque al presente no somos individuos. Somos el producto de nuestro medio, de nuestra cultura; somos el producto de lo que comemos, de nuestro clima, de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones. Eso, por cierto, no es individualidad. Pienso que la individualidad surge a la existencia cuando uno es plenamente consciente de este movimiento invasor del medio y de la tradición, el cual convierte a la mente en una esclava. Mientras acepte los dictados de la tradición, de una cultura en particular, mientras siga cargando con el peso de mis recuerdos, de mis experiencias —que, después de todo, son el resultado de mi condicionamiento—, no seré un individuo, sino meramente un producto.

Varanasi, 24 de enero de 1960

UNO PUEDE VER, leyendo los periódicos y observando los acontecimientos que se desarrollan en el mundo, que cada vez hay menos y menos libertad; el margen de libertad se está estrechando. ¿Entienden lo que quiero decir? La mente tiene poca oportunidad de ser libre, no puede reflexionar, percibir, descubrir, porque las organizaciones religiosas de todo el mundo, con sus creencias dogmáticas, han mutilado nuestro pensar; las supersticiones y las tradiciones han encerrado a la mente, la han condicionado. Uno es un hindú, un cristiano, un musulmán, o pertenece a alguna creencia organizada que le ha sido impuesta desde la infancia, y así funciona dentro del círculo de la limitación, estrecha o amplia. Cuando alguno de ustedes dice que es hindú, musulmán o lo que fuere, tenga la bondad de observar su propia mente. ¿No está repitiendo meramente lo que le han dicho? No entiende, se limita a aceptar, y acepta porque le conviene. Socialmente, económicamente, brinda seguridad aceptar y vivir dentro de ese círculo. De ese modo la libertad es negada, no sólo al hindú, al cristiano, al musulmán, sino a todos los que permanecen encerrados dentro del cerco de una religión organizada.

Y si observan, verán que cualquiera que sea la profesión a que pertenezcan, ésta también los está esclavizando. ¿Cómo puede ser libre un hombre que ha consumido cuarenta años en una profesión determinada? Miren lo que le ocurre a un médico. Habiendo pasado siete años o algo así en una universidad, por

el resto de su vida es un practicante general de la medicina o un especialista, y se convierte en un esclavo de su profesión. No hay duda de que su margen de libertad es muy estrecho. Y lo mismo vale para los políticos, los reformadores sociales, las personas que tienen ideales, un objetivo en la vida.

Si son observadores, verán que en todas partes del mundo el margen de libertad y dignidad humana es cada vez menor. Nuestras mentes son meras máquinas. Aprendemos una profesión y después somos sus esclavos para siempre. Y, a mi parecer, requiere una gran dosis de comprensión, de verdadera percepción, de discernimiento directo, romper este círculo que la mente y la sociedad han tejido alrededor de cada uno de nosotros. Para enfocar estas servidumbres de una manera nueva, para abordarlas de modo fundamental, radical y profunda, pienso que uno tiene que ser revolucionario, lo cual implica pensar y sentir totalmente, no sólo mirar las cosas desde afuera. Y tiene que haber un sentido de humildad, ¿no es así?

No considero que la humildad sea una virtud cultivada. La virtud cultivada es un horror, porque en el momento en que cultivamos una virtud, deja de ser virtud. La virtud es espontánea, intemporal, está siempre activa en el presente. Una mente que sólo *cultiva* la humildad, jamás puede conocer la plenitud, la hondura, la belleza de ser realmente humilde; y si la mente no se encuentra en ese estado, no creo que pueda aprender. Podrá funcionar mecánicamente, pero el aprender no es, por cierto, la mecánica acumulación del conocimiento. El movimiento de aprender es algo por completo diferente. Y para aprender, la mente ha de tener un sentido de gran humildad.

Quiero saber qué es la libertad, no la libertad especulativa, la cual se proyecta a sí misma como una reacción a algo. ¿Existe una cosa como la verdadera libertad, un estado en el que la mente se libera de todas las tradiciones y de todos los patrones de pensamiento que le han sido impuestos durante siglos? Quiero saber qué es esta cosa extraordinaria tras la cual los seres humanos se han esforzado a través de los tiempos; quiero descubrir, aprenderlo todo al respecto. ¿Y cómo puedo hacerlo si carezco del sentido de humildad? La humildad no tiene nada que ver con

la modestia autoprotectora que la mente se impone a sí misma. Eso es una cosa fea. La humildad no puede ser cultivada, y es ciertamente una de las cosas más difíciles de experimentar, porque ya nos hemos afirmado en ciertas posiciones. Tenemos ciertas ideas, ciertos valores, cierta cantidad de experiencias, de conocimientos, y este trasfondo es el que dicta nuestros pensamientos, nuestras actividades. Un hombre viejo que ha acumulado conocimientos a través de sus experiencias y de las experiencias de otros, y que ha sido manejado por su impulso de ser importante, de establecerse en una posición de poder, de prestigio, ¿cómo puede un hombre así hallarse en un estado de humildad y, de tal modo, aprender acerca de sus propias trivialidades? Me parece, pues, que tenemos que estar tremendamente atentos y profundamente perceptivos a este sentido de humildad.

Ojai, 21 de mayo de 1960

POR MUCHO PROGRESO que podamos haber logrado en este mundo, por mucho que podamos habernos internado en los cielos, visitado la Luna, Venus y demás, las vidas de la mayoría de nosotros siguen siendo muy vacías, superficiales, exteriores. Y es mucho más difícil penetrar en lo interno; no hay técnica para ello, no hay profesor que lo enseñe, no hay laboratorio donde uno pueda aprender a viajar internamente. No hay maestro que pueda guiarnos y —por favor, créanme— no hay autoridad de ninguna clase que pueda ayudarnos a investigar esta compleja entidad llamada mente. Ustedes tienen que hacerlo enteramente por sí mismos, sin depender de nada. Y como la civilización moderna se está volviendo cada vez más compleja, más y más exterior, más dedicada al progreso, hay una tendencia en todos nosotros a vivir todavía más superficialmente, ¿no es así? Asistimos a más conciertos, leemos libros más ingeniosos, vamos sin cesar al cine, nos reunimos para discutir intelectualmente, nos investigamos a nosotros mismos psicológicamente con ayuda del analista, etc. O, a causa de que vivimos vidas tan superficiales, nos volvemos hacia las iglesias y llenamos nuestras mentes con sus dogmas, tanto racionales como irracionales, con creencias que son casi absurdas, o escapamos hacia alguna forma de misticismo. En otras palabras, al darnos cuenta de que nuestra vida es superficial, casi todos escapamos de ella. Comprometemos nuestras mentes en filosofías especulativas o en lo que llamamos meditación, contemplación,

la cual es una forma de autohipnosis; o, si somos del todo intelectuales, creamos un mundo del pensamiento en el cual vivimos satisfechos, intelectualmente contentos.

Viendo todo este proceso, me parece que el problema no es qué debemos hacer, o cómo debemos vivir, o qué acción inmediata debemos emprender cuando nos enfrentamos con la guerra, con las catástrofes que hoy tienen lugar en el mundo, sino que el problema es, más bien, cómo investigar la libertad. Porque sin libertad no hay creación. Por libertad no entiendo libertad para hacer lo que les plazca: para subir a un automóvil y lanzarse zumbando por la carretera, o para pensar lo que se les antoje, o para que se comprometan con alguna actividad particular. Entiendo que tales formas de libertad no son libertad en absoluto. ¿Pero existe una libertad de la mente? Como la mayoría de nosotros no vive en estado creativo, pienso que es imperativo, para cualquier persona reflexiva y seria, investigar muy profunda e intensamente esta cuestión.

Si observan, verán que el margen de libertad se está volviendo muy, muy restringido; desde el punto de vista político, religioso y tecnológico, nuestras mentes están siendo moldeadas y nuestra vida cotidiana contribuye a rebajar esa condición de libertad. Cuando más civilizados nos volvemos, menos libertad hay. No sé si han notado cómo la civilización nos está convirtiendo en técnicos; y una mente estructurada alrededor de una técnica, no es una mente libre. Una mente moldeada por una iglesia, por dogmas, por la religión organizada, no es una mente libre. Si nos observamos a nosotros mismos, pronto se vuelve obvio que nuestras mentes están abrumadas por el conocimiento, ¡conocemos tanto! Nuestras mentes están atadas por las creencias y los dogmas que las religiones organizadas de todo el mundo les han impuesto. Nuestra educación es mayormente un proceso de adquirir más técnica a fin de ganarnos mejor la vida, y todo alrededor de nosotros está moldeando nuestras mentes, nos dirigen y controlan todas las formas posibles de influencia. Y así, el margen de libertad se estrecha más y más. Está el peso terrible de la respetabilidad, la aceptación de la opinión pública, están nuestros propios temores, nuestras

ansiedades. Si uno se da cuenta de todas estas cosas, ve que están disminuyendo el grado de libertad. Y esto es, quizá, lo que podríamos discutir y comprender: ¿Cómo puede uno liberar a la mente y, no obstante, vivir en este mundo con todas sus técnicas, sus conocimientos y experiencias? Pienso que éste es el problema, la cuestión central, no sólo en este país, sino en la India, en Europa y en todo el mundo. No somos creativos, nos estamos volviendo mecánicos. Por creatividad no quiero decir escribir meramente un poema o pintar un cuadro o inventar algo nuevo. Ésas son sólo capacidades de una mente talentosa. Me refiero a un estado que en sí mismo es creación. 

Pero examinaremos eso cuando comprendamos la cuestión central: que nuestras mentes se están volviendo más y más condicionadas, que el margen de libertad se está estrechando cada vez más. O bien somos norteamericanos, con toda la cualidad nacionalista y emocional que hay detrás de la bandera, o somos rusos, indios, esto o aquello. Estamos separados por fronteras, por dogmas, por maneras conflictivas de pensar, por diferentes categorías de pensamiento religioso organizado; estamos separados política, religiosa, económica y culturalmente. Y si examinan todo este proceso que tiene lugar a nuestro alrededor, verán que como seres humanos importamos muy poco; somos casi nada en absoluto.

Tenemos muchos problemas, tanto individual como colectivamente. En lo individual, quizá seamos capaces de resolver algunos de ellos, y colectivamente haremos lo que podamos. Pero todos estos problemas no son, por cierto, la cuestión principal. Me parece que lo principal es liberar a la mente, y uno no podrá liberar a la mente, o la mente no podrá liberarse, hasta que se comprenda a sí misma. Por lo tanto, el conocimiento propio es esencial: conocernos a nosotros mismos. Eso requiere cierta cualidad de percepción alerta; porque, si uno no se conoce a sí mismo, no hay base para razonar, para pensar. Pero el conocer y el conocimiento son dos cosas diferentes. El conocer es un proceso constante, mientras que el conocimiento es siempre estático.

No sé si ese punto está claro; si no lo está, tal vez pueda aclararlo a medida que avancemos. Pero lo que quiero hacer

ahora es señalar meramente ciertas cosas y más tarde podremos investigarlas. Tenemos que empezar por ver el cuadro en conjunto, no concentrarnos en algún punto en particular, en algún problema o en alguna acción específica, sino mirar la totalidad de nuestra existencia, por decirlo así. Una vez que hayamos visto este cuadro extraordinario de nosotros mismos tal como somos, podremos tomar entonces el libro de nosotros mismos y examinarlo capítulo por capítulo, página por página.

De modo que, para mí, el problema central es la libertad. La libertad no es estar libre *de* algo, ésa es sólo una reacción. La libertad, en mi sentir, es algo por completo diferente. Si estoy libre del temor, eso es una cosa. La libertad con respecto al temor es una reacción, la cual sólo produce cierto valor personal. Pero estoy hablando de la libertad que no es estar libre de algo en particular, que no es una reacción; y eso requiere muchísima comprensión.

Me gustaría sugerir que aquéllos que escuchan dediquen algún tiempo a reflexionar sobre lo que hemos estado discutiendo. No estamos aceptando ni rechazando nada, porque de ningún modo soy la autoridad de ustedes; no me coloco en la posición de un maestro. Para mí no hay maestro y no hay discípulo; por favor, créanme, esto es lo que quiero decir y muy seriamente. No soy el maestro de ustedes, ustedes no son mis seguidores. En el momento en que siguen, están atados, no son libres. Si aceptan cualquier teoría, están atados por esa teoría; si practican algún sistema, por complicado, por antiguo o moderno que sea, son esclavos de ese sistema.

Lo que estamos tratando de hacer es investigar, descubrir juntos. Entonces, no están escuchando meramente lo que señalo, sino que al escuchar tratan de descubrir por sí mismos, y de ese modo son libres. La persona que habla no es importante, pero lo que se dice, lo que se revela, lo que uno descubre por sí mismo, eso sí es de la más alta importancia. Todo este culto de la personalidad, este seguimiento personal, o el investir de autoridad a una persona, es completamente nocivo. Lo que tiene importancia es lo que descubrimos en nuestra investigación de cómo liberar a la mente de modo tal que, como seres humanos, seamos creativos.

Después de todo, la realidad, aquello que no es expresable en palabras, no puede ser descubierto por una mente trabada, sobrecargada. Existe, a mi parecer, un estado —llámenlo como gusten— que no es la experiencia de ningún santo, de ningún buscador, de ninguna persona que se esfuerza por encontrarlo, porque toda experiencia es, de hecho, una perpetuación del pasado, sólo fortalece el pasado. Por lo tanto, la experiencia no libera a la mente. El elemento liberador es el estado de la mente capaz de experimentar sin la entidad que experimenta. Esto, a su vez, requiere cierta explicación y lo examinaremos.

Lo que en realidad quiero decir ahora es que hay muchísimo desorden, muchísima incertidumbre, no sólo en lo individual, sino también en el mundo, y a causa de este desorden, de esta incertidumbre, han surgido toda clase de filosofías: la filosofía de la desesperación, la filosofía del vivir en lo inmediato, de aceptar la existencia tal como es. O si rompen ustedes con la aceptación, con las tradiciones, establecen un mundo basado en la reacción. O, abandonando una religión, se pasan a otra; si son católicos, dejan el catolicismo y se convierten en hindúes o ingresan en algún otro grupo. Ninguna de estas respuestas contribuirá, por cierto, a la liberación de la mente.

Para dar origen a esta libertad, tiene que haber conocimiento propio, o sea, que uno ha de conocer el modo como piensa y, en ese proceso, descubrirá toda la estructura de la mente. ¿Saben?, una cosa es el hecho y otra cosa es el símbolo; la palabra es una cosa, y aquello que la palabra representa es otra. Para la mayoría de nosotros, el símbolo —el símbolo de la bandera, el símbolo de la cruz— se ha vuelto extraordinariamente importante, de modo tal que vivimos a base de símbolos, a base de palabras. Pero la palabra, el símbolo, jamás es importante. Y acabar con la palabra, con el símbolo, e ir más allá, es una tarea asombrosamente difícil. Es muy arduo liberar a la mente de las palabras: ustedes son «norteamericanos», «católicos», «demócratas», «rusos», «hindúes», etc. Sin embargo, si queremos investigar qué es la libertad, tenemos que acabar con el símbolo, con la palabra. Las fronteras de la mente están establecidas por nuestra educación, por la aceptación de la cultura en la que

hemos sido educados, por la tecnología que forma parte de nuestra herencia, y penetrar todas estas capas que condicionan nuestro pensar requiere una mente muy alerta, muy intensa.

Creo que es sumamente importante comprender desde el comienzo mismo que estas pláticas no tienen de ningún modo la intención de dirigir o controlar el pensar de ustedes o de moldear sus mentes. Nuestro problema es demasiado grande como para ser resuelto perteneciendo a alguna organización, o escuchando a algún orador, o aceptando una filosofía de Oriente, o perdiéndose en el budismo zen, o encontrando una nueva técnica de meditación, o teniendo nuevas visiones mediante el uso de la mescalina o de alguna otra droga. Lo que necesitamos es una mente muy clara, una mente que no tenga miedo de investigar, que sea capaz de permanecer sola y de afrontar su propia soledad, su propio vacío, una mente capaz de aniquilarse a sí misma para descubrir.

Por lo tanto, quisiera señalar a todos ustedes la importancia de ser realmente serios; no vienen aquí en busca de entretenimiento o a causa de la curiosidad. Todo eso es una pérdida de tiempo. Existe algo mucho más profundo, más vasto, que tenemos que descubrir por nosotros mismos: cómo ir más allá de las limitaciones de nuestra propia conciencia. Porque toda conciencia es una limitación, y todo cambio dentro de la conciencia no es cambio en absoluto. Y pienso que es posible, no místicamente, no en un estado de ilusión, sino de hecho, ir más allá de las fronteras que la mente ha establecido. Pero uno puede hacer eso sólo cuando es capaz de investigar la calidad de la mente y tener un conocimiento realmente profundo de sí mismo. Sin conocernos a nosotros mismos no podremos llegar lejos, porque nos perderemos en una ilusión, escaparemos hacia ideas fantásticas, hacia alguna nueva forma de sectarismo.

* * *

CONSIDERANDO, PUES, todos estos múltiples aspectos de nuestro vivir, el problema principal que afrontamos, tal como lo ve quien les habla, es esta cuestión de la libertad. Porque sólo

en libertad podemos descubrir, sólo en libertad puede existir una mente creativa. Sólo cuando la mente es libre hay una energía infinita, y esta energía es el movimiento de la realidad.

Para concluir, quisiera sugerirles que consideren, que observen y adviertan la esclavitud de sus propias mentes. Lo que se ha dicho hasta aquí es meramente un esbozo de lo que contiene el libro que son ustedes mismos, y si se satisfacen con el esbozo, con los títulos, con unas cuantas ideas, entonces me temo que no llegarán muy lejos. No es cuestión de aceptar o negar, sino más bien de investigar dentro de uno mismo, y esto no exige ningún tipo de autoridad. Por el contrario, exige que no sigan a nadie, que sean una luz para sí mismos; y no pueden ser luz para sí mismos si están comprometidos con alguna forma particular de conducta, con alguna clase de actividad que ha sido establecida como respetable, como religiosa. Uno tiene que empezar muy cerca para llegar muy lejos, y no puede ir muy lejos si no se conoce a sí mismo. El conocerse a sí mismo no depende de ningún analista. Uno puede observarse a sí mismo cotidianamente, cuando actúa en toda forma de relación; sin comprender eso, la mente jamás puede ser libre.

Varanasi, 1º de enero de 1962

P IENSO QUE LA MAYORÍA de nosotros considera poco importante la acción individual mientras tan necesaria es la acción colectiva. Para casi todos nosotros, la acción individual se opone generalmente a la colectiva. Consideramos que la acción colectiva es mucho más importante y que tiene mayor significación para la sociedad que la acción individual; pensamos que la acción individual no lleva a ninguna parte, que no es suficientemente importante o creativa para producir un cambio definido de orden, una definida revolución en la sociedad. Consideramos, pues, que la acción colectiva abarca mucho más y es mucho más urgente que la acción individual. Particularmente en un mundo que se está inclinando cada vez más hacia lo técnico y lo mecánico, la acción individual tiene muy poca cabida; de ese modo, disminuye gradualmente la importancia del individuo y se vuelve sumamente importante lo colectivo.

Uno puede observar cómo ocurre esto, cómo la mente del hombre está siendo sometida, colectivizada —si es que puedo usar esa palabra—, forzada a amoldarse mucho más de lo que nunca lo fue anteriormente. La mente ya no es libre. Está siendo moldeada por los políticos, por la educación, por la creencia organizada y el dogma. En todas partes del mundo hay cada vez menos libertad, y el individuo se vuelve cada vez menos significativo. Ustedes tienen que haber observado esto, no sólo en sus vidas, sino también en general: que la libertad se ha marchitado —libertad para pensar de manera por com-

pleto independiente, libertad para defender algo que uno considera justo, libertad para decir «no» al orden establecido, libertad para descubrir, para cuestionar, para examinar las cosas por uno mismo—. Se está volviendo más y más importante el liderazgo, porque queremos ser guiados, que se nos diga lo que debemos hacer. Y, por desgracia, cuando ocurre esto, la corrupción es inevitable, hay deterioro de la mente, no de la mente técnica, no de la capacidad de construir puentes, reactores atómicos y demás, sino que se deteriora la calidad creativa de la mente. Uso esa palabra *creativa* de manera por completo diferente de su uso habitual. No quiero decir creativa en el sentido de escribir un poema o plasmar en el mármol o la piedra una visión que hemos captado; ésas son meras expresiones de lo que uno siente o piensa. Nos estamos refiriendo a una mente creativa en un sentido completamente distinto: una mente libre es creativa; una mente que no está atada por dogmas ni creencias, una mente que no se ha refugiado dentro de los límites de la experiencia, una mente que se abre paso por las barreras de la tradición, de la autoridad, de la ambición, que ya no está atrapada en la red de la envidia, una mente así es una mente creativa. Y me parece que en un mundo amenazado por la guerra, donde el deterioro es general (no en lo tecnológico, sino en todos los demás aspectos), se hace indispensable una mente así, creativa y libre.

Es absoluta y urgentemente necesario cambiar todo el curso del pensamiento humano, de la existencia humana, porque ésta se vuelve cada vez más mecánica. Y no sé cómo puede tener lugar esta revolución excepto en el individuo. Lo colectivo no puede ser revolucionario, lo colectivo sólo puede seguir, imitar, ajustarse, amoldarse. Pero es sólo el individuo, el «uno», el que puede abrirse paso, hacer añicos todos estos condicionamientos y ser creativo. Es la crisis en la conciencia la que exige esta mente, esta mente nueva. Y, al parecer, por lo que uno observa, jamás pensamos en estos términos, sino que siempre pensamos que un mayor perfeccionamiento —perfeccionamiento tecnológico, mecánico— dará origen, de algún modo milagroso, a la mente creativa, a la mente libre de temor.

Vamos, pues, a ocuparnos no del perfeccionamiento de los procesos técnicos necesarios en el mundo colectivo de la acción mecánica, sino más bien de cómo producir esta mente creativa, esta mente nueva. Porque en este país, como podemos verlo, hay una declinación general, excepto tal vez industrialmente, en la obtención de más dinero, en la construcción de ferrocarriles, en el dragado de canales, de ríos, en obras de herrería, en la fabricación de más bienes, todo lo cual es necesario. Pero eso no va a dar origen a una nueva civilización. Traerá progreso, pero el progreso, como uno lo observa, no trae libertad al hombre. Las cosas son necesarias, los bienes son necesarios: hace falta, indudablemente, más albergue, más ropas y más alimentos; pero está lo otro que también es igualmente necesario: el individuo que diga «no».

Decir «no» es mucho más importante que decir «sí». Todos decimos «sí», jamás decimos «no» y sostenemos el «no». Es muy difícil negar y muy fácil conformarnos; casi todos nos conformamos porque es fácil deslizarse en la conformidad a través del temor, del deseo de seguridad y, de ese modo, estancarse poco a poco, desintegrarse. Pero decir «no» requiere la más alta forma de pensar, porque decir «no» implica un pensar negativo, o sea, ver qué es lo falso. La percepción misma de lo que es falso, la claridad con que uno ve lo falso, esa percepción misma es acción creativa. La negación de algo, el cuestionamiento de algo —por sagrado, por poderoso que sea, por bien afirmado que esté—, requiere penetración profunda, requiere hacer añicos las propias ideas y tradiciones. Y un individuo así es absolutamente esencial en el mundo moderno donde están asumiendo el mando la propaganda, la religión organizada y el engaño. No sé si ven también la importancia de esto, si la ven no verbalmente, no teóricamente, sino de hecho.

¿Saben?, hay un modo de mirar las cosas. O bien las miramos directamente, experimentando la cosa que vemos, o examinamos verbalmente, intelectualmente, lo que vemos, hilando teorías acerca de «lo que es» y encontrando explicaciones para «lo que es». Pero percibir algo sin encontrar explicaciones, sin emitir un solo juicio —a lo cual también llegaremos más ade-

lante—, percibirlo directamente como falso, requiere atención, requiere toda nuestra capacidad. Y, por lo visto, especialmente en este infortunado país gobernado y dominado por la tradición, la autoridad y la así llamada sabiduría antigua, parece estar faltando completamente esa cualidad energética de ver lo falso, de negarlo y sostener esa negación. Para investigar lo que es falso se requiere una mente libre. No podemos formularnos interrogantes si nos hemos comprometido con una forma particular de creencia, con un tipo determinado de experiencia, con cierto curso de acción. Si nos hemos comprometido con un modelo particular de gobierno, no podemos cuestionar, no nos atrevemos a cuestionar porque podríamos perder nuestra posición, nuestra influencia, las cosas que tenemos miedo de perder. Y lo mismo ocurre cuando estamos comprometidos con una forma particular de religión como hindúes, budistas y qué sé yo cuántas cosas más; tampoco nos atrevemos a cuestionar, a romper con ello, a destruirlo todo a fin de descubrir. Por desgracia, casi todos estamos comprometidos política, económica, social o religiosamente, y, a causa de eso, a causa de ese compromiso, jamás cuestionamos el núcleo mismo, la cosa misma con la que estamos comprometidos. Debido a eso, siempre buscamos la libertad en las ideas, en los libros, en un montón de palabras.

Por lo tanto, quisiera sugerir, si se me permite, que mientras escuchen no sólo oigan las palabras —que son meramente un medio de comunicación, un símbolo que necesita ser interpretado por cada uno de nosotros—, sino que también, por medio de las palabras, descubran el estado de su propia mente, descubran las cosas con las cuales están comprometidos, descubran por sí mismos las cosas que los atan de pies y manos, que les atan la mente y el corazón; descúbranlas realmente y vean si les es posible acabar con esas cosas que los comprometen y así poder dar con lo verdadero. Porque, de lo contrario, no veo cómo ha de tener lugar una regeneración en el mundo. Habrá revueltas sociales, ya sean comunistas o de otra clase, habrá más prosperidad, más alimentos, más fábricas, más fertilizantes, más maquinarias, etc. Pero eso no es, ciertamente, toda la vida, es sólo una parte de la vida. Rendir culto a ese fragmento y vivir

en él no resuelve nuestros problemas humanos. Sigue habiendo dolor, sigue existiendo la muerte, siguen la ansiedad, la culpa, las aflicciones que generan múltiples ideas, esperanzas y desesperanzas; todo eso sigue estando ahí.

Quisiera sugerirles, entonces, que al escuchar lo hagan más bien con una mente que se está examinando a sí misma, que examina sus propios procesos, que no escucha las palabras para concordar o discrepar con ellas, lo cual tiene muy poca importancia. Porque estamos tratando sólo con hechos: el hecho de que los seres humanos se están volviendo cada vez mas mecánicos, el hecho de que existe cada vez menos libertad, el hecho de que cuando hay confusión se recurre a la autoridad, y el hecho de que hay conflicto exteriormente, el cual se expresa en la guerra, y hay conflicto internamente, que se expresa como desdicha, desesperación, miedo. Éstos son todos hechos que es necesario abordar no teóricamente sino de manera factual. Estamos interesados, pues, en cómo producir un cambio, una revolución radical en el individuo, en la persona que escucha, porque es la única que puede ser creativa, no el político, el líder, el hombre importante; ellos se han comprometido y se han establecido en una rutina. Desean fama, poder, posición. Puede que también ustedes deseen esas cosas, pero todavía están andando a tientas hacia ellas, de modo que hay alguna esperanza porque aún no se hallan comprometidos, no son los grandes hombres del país. Todavía son personas modestas, no son líderes, no tienen tremendas organizaciones sobre las cuales mandar, son sólo hombres corrientes. Y estando bastante poco comprometidos, todavía tienen alguna esperanza.

Por lo tanto, puede ser posible, aunque sea en el último momento, producir este cambio en nosotros mismos. De modo que ésa es la única cosa que nos interesa: cómo producir esta tremenda revolución interna.

La mayoría de nosotros cambia mediante la compulsión, mediante alguna influencia externa, mediante el temor, el castigo o la recompensa; es lo único que nos hará cambiar. Sigán esto, señores, observen todo esto. Nunca cambiamos voluntariamente, siempre lo hacemos por un motivo, y un cambio debi-

do a un motivo no es cambio en absoluto. Darnos cuenta de los motivos, de las influencias, de las compulsiones que nos fuerzan a cambiar, darnos cuenta de todo eso y negarlo, es producir el cambio. Las circunstancias nos hacen cambiar; la familia, la ley, nuestras ambiciones, nuestros temores generan un cambio. Pero ese cambio es una reacción; por lo tanto, es de hecho una resistencia, una resistencia psicológica a una compulsión. Esa resistencia crea su propia modificación, su cambio; en consecuencia, no es ningún cambio. Si el cambio consiste en que me ajusto a la sociedad porque espero algo de la sociedad, ¿es cambio eso? ¿O la mutación tiene lugar sólo cuando veo las cosas que me fuerzan a cambiar, cuando veo su falsedad? Todas las influencias, buenas o malas, condicionan a la mente, y el mero aceptar un condicionamiento semejante es resistir internamente cualquier forma de cambio, cualquier cambio radical.

Viendo, pues, la situación, no sólo en este país sino en todo el mundo, donde el progreso está negando la libertad, donde la prosperidad hace que la mente se sienta más y más segura en las cosas y así haya cada vez menos libertad, donde las organizaciones religiosas están tomando más y más a su cargo la fórmula de la creencia que hará que el hombre crea en Dios (o no crea), viendo que la mente se vuelve cada vez más mecánica, y observando también que los cerebros electrónicos y el moderno conocimiento tecnológico brindan cada vez más ocio al hombre —todavía no en todas partes, pero ya vendrá—, viendo todo esto, tenemos que descubrir qué es la libertad, qué es la realidad.

Estos interrogantes no pueden ser respondidos por una mente mecánica. Uno tiene que plantearse los internamente de manera fundamental, profunda, y encontrar por sí mismo las respuestas, si es que hay respuestas; y esto implica cuestionar realmente toda autoridad. Aparentemente, ésta es una de las cosas más difíciles de hacer. Jamás consideramos a la sociedad como el enemigo. La consideramos como algo con lo cual tenemos que vivir; nos amoldamos y ajustamos a ella sin pensar jamás que es realmente el enemigo del hombre, el enemigo de la libertad, el enemigo de la rectitud. Piensen sobre ello, mírenlo. El medio, que es la sociedad, está destruyendo la libertad. No quiere que

el hombre sea libre, quiere a los santos, a los reformadores que, al modificar las instituciones sociales, las apoyan y las sostienen. Pero la religión es algo por completo diferente. El hombre religioso es el enemigo de la sociedad. El hombre religioso no es el que va a la iglesia o a un templo, el que lee el *Gita*, el que hace *puja* todos los días; *ese* hombre, de hecho, no es religioso en absoluto. Un hombre verdaderamente religioso se ha liberado de toda ambición, está libre de envidia, de codicia, de temor; por eso tiene una mente joven, pura, nueva, capaz de investigar, de descubrir qué hay más allá de todas las cosas que el hombre ha producido y a las que llama religión. Pero todo esto requiere muchísima investigación propia, una investigación dentro de uno mismo, conocimiento propio; sin esos cimientos no podemos llegar muy lejos.

Es necesaria, pues, una mutación, una revolución completa, no un cambio modificado, sino una mutación completa de la mente. El problema es cómo producir esto. Vemos que es indispensable. Cualquier hombre que sólo haya reflexionado al respecto, que haya observado el estado del mundo, que sea sensible a lo que ocurre dentro y fuera de él mismo, tiene que exigir esta mutación. ¿Pero cómo va uno a producirla?

Ahora bien, en primer lugar, ¿hay un «cómo», siendo el «cómo» el método, el sistema, el medio, la práctica? Si hay un medio, si hay un método, un sistema, y si lo practicamos a fin de producir una mutación, nuestra mente es sólo una esclava de ese sistema, es moldeada por ese sistema, por ese método, por esa práctica; en consecuencia, jamás puede ser libre. Es como decir: «Me disciplinaré a fin de ser libre.» La libertad y la disciplina no marchan juntas, lo cual no implica que hayamos de volvernos indisciplinados. El acto mismo de «buscar la libertad» trae su propia disciplina. Pero la mente que se ha disciplinado a base de un sistema, de una fórmula, de una creencia, de ideas, una mente así jamás puede ser libre. Tenemos que ver, pues, desde el principio mismo, que el «cómo» —el cual implica práctica, disciplina, seguimiento de una fórmula— impide que tenga lugar la mutación. Es lo primero que tenemos que ver, porque la práctica, el método o sistema se convierte en la auto-

ridad que niega la libertad y, por ende, niega la mutación. Tenemos que ver realmente ese hecho, ver su verdad. Por *ver* entiendo no un ver intelectual, verbal, sino un estar emocionalmente en contacto con ese hecho. Estamos emocionalmente en contacto con el hecho cuando vemos una serpiente; no hay dudas acerca de eso, hay un reto directo y una respuesta directa. Del mismo modo, uno ha de ver que cualquier sistema, por bien desarrollado que esté —no importa por quién—, destruye real y profundamente la libertad, pone fin a la creación, porque el sistema implica ganar, lograr, llegar a alguna parte, implica una recompensa y, por lo tanto, es la negación misma de la libertad. Por eso quieren ustedes seguir a alguien, porque persiguen el medio por el cual obtendrán un beneficio, siendo el medio alguna clase de disciplina

Pero tenemos que ver este hecho de que la mente debe tener absoluta libertad —si es posible o no, es un asunto por completo diferente—; de lo contrario, si no existe esa libertad, nos volvemos meramente mecánicos, como una especie de máquinas glorificadas. Uno ha de ver muy claramente que la libertad es esencial. Y es únicamente cuando haya libertad que podrán descubrir si hay o no hay Dios, o ese algo inmenso que está más allá de la medida del hombre. Entonces empezarán a cuestionar todos los sistemas, todo tipo de autoridad, toda la estructura social. Y la crisis que vivimos exige esta mente. No hay duda de que sólo una mente así puede descubrir lo verdadero. Sólo una mente así puede descubrir si existe, o no existe, algo más allá del tiempo, más allá de las cosas que el hombre ha producido con su pensamiento.

Todo esto requiere una energía inmensa, y la esencia de la energía es la negación del conflicto. Una mente perdida en el conflicto carece de energía, tanto si el conflicto es interno, con uno mismo, o externo, con el mundo. Todo esto exige una investigación y una comprensión inmensas. Y espero que podamos hacerlo, o sea, que podamos percatarnos del hecho, perseguir el hecho hasta el final y ver si la mente, nuestra mente, la mente de cada uno de nosotros, puede ser verdaderamente libre.

*Nueva Delhi,
14 de febrero de 1962*

DEBEMOS TENER libertad, no libertad verbal, no mera libertad política o libertad respecto de las religiones organizadas. Creo que casi todos los que se dan cuenta de la situación mundial se han apartado de estos modos institucionalizados de vivir; aunque ello haya tenido un efecto superficial en sus vidas, profundamente no ha actuado mucho. Si hemos de descubrir qué es la libertad, tenemos que cuestionarlo todo, cuestionar todas las instituciones: la familia, la religión, el matrimonio, la tradición, los valores que la sociedad nos ha impuesto, la educación, toda la estructura de la organización social y moral. Pero nosotros no cuestionamos a estas cosas para descubrir lo verdadero, sino para encontrar una salida; en consecuencia, jamás somos psicológicamente libres. Nos interesamos más en la resistencia que en la libertad. Creo que es importante que esto se comprenda.

Saanan, 31 de julio de 1962

ESTUVIMOS HABLANDO el otro día acerca de la acción que no se basa en una idea, porque, como lo señalamos, el pensamiento es una respuesta de nuestra memoria; el pensamiento es siempre limitado, está condicionado por el pasado y, en consecuencia, jamás puede dar origen a la libertad.

Creo que es fundamental comprender este hecho. Psicológicamente, no puede haber libertad en absoluto si no hemos comprendido completamente el proceso defensivo del pensamiento. Y la libertad —que no es una reacción ni lo opuesto de la falta de libertad— es esencial, porque sólo en libertad podemos descubrir. Sólo cuando la mente es totalmente libre puede haber percepción de lo verdadero.

La verdad no es algo que tenga continuidad y pueda ser mantenido mediante la práctica o la disciplina, sino que es algo para ser visto en un destello. Esta percepción de la verdad no ocurre merced a ninguna forma de pensar condicionado; por lo tanto, el pensamiento no puede imaginar, concebir o formular lo verdadero.

A fin de comprender totalmente lo verdadero, tiene que haber libertad. Para la mayoría de nosotros, la libertad es tan sólo una palabra, o una reacción, o una idea intelectual que nos sirve para escapar de nuestra esclavitud, de nuestro dolor, de nuestra fastidiosa rutina cotidiana, pero eso no es libertad en absoluto. La libertad no llega buscándola, porque ustedes no pueden buscar la libertad, no es para ser encontrada. La libertad

llega sólo cuando comprendemos todo el proceso de la mente que crea sus propias barreras, sus propias limitaciones, sus propias proyecciones desde un trasfondo condicionado y condicionante.

Es muy importante, para una mente verdaderamente religiosa, comprender aquello que está más allá de la palabra, más allá del pensamiento y de toda experiencia. Y para comprender eso, para dar con eso que está más allá de toda experiencia, para verlo en un destello y a una gran profundidad, la mente tiene que estar libre. La idea, el concepto, el ejemplo, la opinión, el juicio, o cualquier otra forma de disciplina, impiden la libertad de la mente. Y esta libertad trae su propia disciplina; no la disciplina del amoldamiento, de la represión o del ajuste, sino una disciplina que no es el resultado del pensamiento, del motivo.

En un mundo confuso donde hay tanto conflicto, tanta desdicha, es sin duda extraordinariamente urgente comprender que la libertad es el requisito primordial para la mente humana; no el bienestar no un efímero momento de placer o la continuidad de ese placer, sino una total libertad, porque sólo a partir de ella puede existir la felicidad. La felicidad no es un fin en sí misma; como la virtud, es un derivado de la libertad. Una persona libre es virtuosa, pero un hombre que meramente practica la virtud amoldándose a un patrón establecido por la sociedad, jamás podrá saber qué es la libertad y, en consecuencia, jamás podrá ser virtuoso.

Me gustaría hablar acerca del estado de libertad y ver si juntos podemos tantear el camino en él, pero no sé cómo escuchan ustedes lo que se está diciendo. ¿Escuchan meramente las palabras? ¿Escuchan a fin de entenderlas, a fin de experimentar? Si escuchan así, lo que se dice significará muy poco. Es esencial escuchar, no sólo las palabras, o esperando experimentar este estado extraordinario de libertad, sino escuchar sin esfuerzo, sin lucha, fácilmente. Pero esto exige cierta cualidad de atención. Por atención entiendo estar completamente ahí con toda la mente y el corazón. Entonces descubrirán por sí mismos, si escuchan de ese modo, que esta libertad no es cosa que pueda ser perseguida; no es el resultado del pensamiento o de un

requerimiento emocional, histérico. La libertad llega, sin que se la busque, cuando hay atención total. La atención es la cualidad de una mente que no tiene límites ni fronteras y que, por lo tanto, es capaz de recibir cada impresión, viéndolo y escuchándolo todo. Y esto puede hacerse, no es algo enormemente difícil. Es difícil sólo cuando estamos tan presos en los hábitos, y ésta es una de las cosas acerca de las cuales quisiera hablar.

* * *

PENSAMOS QUE podemos librarnos de la envidia gradualmente y hacemos un esfuerzo para desecharla poco a poco, y de ese modo introducimos la idea del tiempo. Decimos: «Trataré de librarme de la envidia mañana, o un poco más tarde», y mientras tanto somos envidiosos. Las palabras *tratar* y *mientras tanto* son la esencia misma del tiempo, y cuando ustedes introducen el factor del tiempo, no puede haber libertad respecto del hábito. O bien rompen con un hábito inmediatamente o éste continúa embotando poco a poco la mente y creando hábitos ulteriores.

¿Es posible, entonces, que la mente se desembarace en un instante de esta idea de llegar gradualmente a alguna parte, de superar gradualmente algo, de liberarse gradualmente? Para mí, la libertad no es una cuestión de tiempo; no hay un mañana en el cual librarse de la envidia o adquirir alguna virtud. Y si no hay mañana, no hay temor. Sólo hay un vivir completo en el ahora; todo tiempo ha cesado y, por consiguiente, no hay formación de hábitos. Con esa palabra *ahora* me refiero a lo inmediato, y este estado de lo inmediato no es una reacción al pasado ni una evitación del futuro. Es sólo el instante de percepción total: toda la atención de uno está aquí en el ahora. Por cierto, toda la existencia está en el ahora; ya sea que uno experimente un júbilo inmenso, o un gran dolor, o lo que fuere, ello ocurrirá solamente en lo inmediato. Pero, por medio de la memoria, la mente recoge la experiencia desde el pasado y la proyecta dentro del futuro.

Sin libertad respecto del pasado no hay libertad en absoluto, porque la mente jamás es nueva, pura, inocente. Sólo una mente

pura e inocente es libre. La libertad no tiene nada que ver con la edad, no tiene nada que ver con la experiencia, y me parece que la esencia misma de la libertad radica en la comprensión de todo el mecanismo del hábito, tanto del consciente como del inconsciente. No es cuestión de terminar con el hábito, sino de ver totalmente su estructura. Uno tiene que observar cómo están formados los hábitos y cómo, negando o resistiendo un hábito, se crea otro hábito. Lo que importa es estar totalmente conscientes del hábito; porque entonces, como lo verán por sí mismos, no hay más formación del hábito. Resistir el hábito, combatirlo, negarlo, sólo da continuidad al hábito. Cuando uno combate un hábito particular, da vida a ese hábito, y entonces el hecho mismo de combatirlo se convierte en un hábito ulterior. Pero si ustedes están simplemente atentos, sin resistencia ninguna, a toda la estructura del hábito, encontrarán que se han liberado del hábito, y en esa libertad tiene lugar algo nuevo.

Saanen, 11 de julio de 1963

A UNQUE HABLEMOS de libertad, la mayoría de nosotros no quiere en absoluto ser libre. No sé si han observado este hecho. En el mundo moderno, donde la sociedad está tan altamente organizada, donde hay cada vez más «progreso», donde la producción de cosas es tan vasta y tan fácil, uno se vuelve un esclavo de las posesiones, de las cosas, y en ellas encuentra seguridad. Y seguridad es lo que casi todos queremos, seguridad física y emocional; por lo tanto, en realidad no queremos ser libres. Por libertad entiendo libertad total, no libertad en un sentido particular, y pienso que debemos exigirla de nosotros mismos, insistir en ella.

La libertad es diferente de la rebelión. La rebelión es contra algo: ustedes se rebelan contra algo y están a favor de algo. La rebelión es una reacción, pero la libertad no lo es. En el estado de libertad, uno no está libre *de* algo. En el momento en que estamos libres *de* algo, en realidad nos estamos rebelando contra ese algo; por lo tanto, no somos libres. La libertad no es estar «libre de algo», sino que la mente misma es libre. Es un sentimiento extraordinario que la mente misma sea libre, que conozca la libertad por la libertad en sí.

Ahora bien, a menos que uno sea libre no veo cómo puede ser creativo. No uso esa palabra *creativo* en su sentido limitado de un hombre que pinta un cuadro, escribe un poema o inventa una máquina. Para mí, tales personas no son creativas en absoluto. Pueden estar momentáneamente inspiradas, pero la

creación es por completo diferente. La creación sólo puede existir cuando hay libertad total. En ese estado de libertad hay plenitud, y entonces escribir un poema, pintar un cuadro o labrar la piedra tiene un sentido en absoluto diferente. Entonces no es una mera expresión de la personalidad, no es el resultado de la frustración, no es ya la búsqueda de un mercado; es algo completamente distinto. Me parece que debemos sentir la exigencia de conocer esta libertad completa, no sólo en nosotros mismos, sino exteriormente.

Creo, pues, que, en primer lugar, tenemos que diferenciar entre libertad por una parte y rebelión o revolución por la otra. La rebelión y la revolución son, esencialmente, reacciones. Está la rebelión de extrema izquierda contra el capitalismo, y la rebelión contra el dominio de la iglesia. También está la rebelión contra el Estado policial, contra el poder de la tiranía organizada, pero en estos tiempos eso no rinde ningún provecho, porque a uno lo liquidan muy tranquilamente, lo desechan.

Para mí, la libertad es algo por completo diferente. No es una reacción, sino más bien el estado de la mente que surge a la existencia cuando comprendemos la reacción. La reacción es la respuesta al reto; es placer, ira, miedo, dolor psicológico. En la comprensión de esta muy compleja estructura de la respuesta, daremos con la libertad. Entonces encontrarán ustedes que la libertad no es estar libre *de* la ira, *de* la autoridad y demás. Es un estado *per se* que ha de experimentarse por sí mismo y no porque uno esté en contra de algo.

La mayoría de nosotros se interesa en su propia seguridad. Deseamos la compañía de alguien y esperamos encontrar la felicidad en una relación particular; queremos ser famosos, crear, expresarnos, expandirnos, realizarnos en lo personal; queremos tener poder, posición, prestigio. En mayor o menor grado, eso es lo que nos interesa a la mayoría de nosotros, y la libertad, Dios, la verdad, el amor, se vuelven algo para ser buscado después de eso. Por lo tanto, como dije, nuestra religión es una cosa superficial, una especie de pasatiempo favorito que no juega un papel muy importante en nuestras vidas. Nos satisfacemos con trivialidades; por lo tanto, no existe el estado de alerta, la

percepción que se requiere para comprender este complejo proceso al que llamamos vivir. Nuestra existencia es una lucha constante, un esfuerzo ilusorio, interminable. ¿Para qué? Es una jaula en la que estamos atrapados, una jaula que hemos construido a base de nuestras propias reacciones, de nuestros temores, desesperanzas, ansiedades. Todo nuestro pensar es una reacción. Examinamos eso el otro día cuando se formuló la pregunta: «¿Cuál es la función correcta del pensamiento?» La investigamos muy cuidadosamente y descubrimos que todo nuestro pensar es una reacción, la respuesta de la memoria. Toda la estructura de nuestra conciencia, de nuestro pensamiento, es el residuo, el depósito de nuestras reacciones. Obviamente, el pensamiento jamás puede dar origen a la libertad, porque la libertad no es el resultado de una reacción. La libertad no es el rechazo de las cosas que nos ocasionan dolor, ni es el desapego con respecto a las cosas que nos causan placer y de las cuales nos hemos vuelto esclavos.

* * *

LA ÚNICA libertad verdadera es, entonces, la libertad con respecto a lo conocido. Por favor, sigan esto un poquito. Es la libertad con respecto al pasado. Lo conocido tiene su lugar, obviamente; yo debo conocer ciertas cosas a fin de funcionar en la vida cotidiana. Si no supiera dónde vivo, estaría perdido. Y está el contenido acumulado de la ciencia, de la medicina, están las múltiples tecnologías a las que se van agregando más y más. Todo eso se encuentra en el campo de lo conocido y tiene su lugar. Pero lo conocido es siempre mecánico. Cada experiencia que hemos tenido, ya sea en el pasado distante o ayer mismo, está dentro del campo de lo conocido, y desde ese trasfondo reconocemos toda experiencia ulterior. En el campo de lo conocido hay apego con sus temores, con su desesperación; y la mente retenida en este campo, por amplia y dilatada que sea, no es libre. Puede escribir libros muy ingeniosos, puede saber cómo ir a la Luna, puede inventar las máquinas más complicadas y extraordinarias —si ustedes han visto algunas de esas

máquinas, saben lo realmente extraordinarias que son—, pero sigue estando retenida dentro del campo de lo conocido.

* * *

AHORA BIEN, estar libre de todo eso implica estar libre de lo conocido; es el estado de la mente que dice «no sé» y que no está buscando una respuesta. Una mente así no busca ni espera absolutamente nada, y es sólo en este estado que uno puede decir: «Comprendo.» Es el único estado en el cual la mente es libre, y desde ese estado podemos mirar las cosas conocidas, pero no a la inversa. Desde lo conocido es imposible ver lo desconocido, pero una vez que hemos comprendido el estado de una mente libre —que es la que dice «no sé» y permanece sin saber, o sea, en un estado de inocencia—, desde ese estado podemos funcionar, podemos ser ciudadanos, casarnos o lo que fuere. Entonces lo que hacemos es pertinente y significativo en la vida. Pero nosotros permanecemos en el campo de lo conocido, con todos sus conflictos, sus esfuerzos, sus disputas, sus angustias, y desde ese campo tratamos de encontrar lo desconocido; por lo tanto, no estamos buscando realmente la libertad. Lo que queremos es la continuación, la extensión de la misma cosa vieja: lo conocido.

* * *

SI ESTÁN ESCUCHANDO por primera vez esta declaración de que deben librarse del pensamiento, es posible que digan: «Pobre tipo, está loco.» Pero si de verdad han escuchado, no sólo esta vez sino por espacio de los muchos años en que algunos de ustedes tal vez lo hayan leído todo al respecto, sabrán que lo que se dice tiene una vitalidad extraordinaria, una penetrante verdad. *Eso* es creación. Lo que la mente crea no tiene nada que ver con eso. La libertad respecto de lo conocido es la cualidad de una mente que se halla en estado de creación. ¿Cómo puede una mente en estado de creación preocuparse por sí misma? Por lo tanto, para comprender ese estado de la mente,

tenemos que conocernos a nosotros mismos, tenemos que observar el proceso de nuestro propio pensar, observarlo sin alterarlo, sin cambiarlo, sino observarlo simplemente como uno se observa en un espejo. Cuando hay libertad, entonces podemos utilizar el conocimiento y éste no destruirá a la humanidad. Pero cuando no hay libertad y hacemos uso del conocimiento, creamos desdicha para todos, sea que vivamos en Rusia, en América, en China o en cualquier otra parte. Yo llamo seria a la mente que se da cuenta del conflicto de lo conocido y no queda atrapada en él, que no trata de modificar, de mejorar lo conocido; porque, por ese camino, el dolor y la desdicha no terminan jamás.

Madrás, 15 de enero de 1964

LA LIBERTAD —SER LIBRE— se está volviendo cada vez más difícil. A medida que la sociedad se vuelve más compleja y la industrialización más amplia y profunda y mejor organizada, hay menos y menos libertad para el hombre. Como uno puede observarlo, cuando el Estado se torna sumamente poderoso, cuando hay bienestar social, la atención de ese estado de bienestar ejercida sobre los ciudadanos es tan completa, que exteriormente hay cada vez menos libertad. Donde hay más «progreso», hay menos libertad. Esto es obvio, como pueden verlo en toda sociedad que se vuelve más compleja, más organizada.

De modo que exteriormente tenemos la presión del control, el moldeado de la mente del individuo en el campo tecnológico, industrial. Estando tan sujetos en lo exterior, existe naturalmente la tendencia interna, psicológica, de atrincherarnos más y más en un patrón particular de existencia. También esto es un hecho obvio. Por lo tanto, para alguien que es lo bastante serio como para descubrir si existe una cosa como la realidad, para descubrir la verdad —no la verdad creada por el hombre desde su temor, desde su desesperación, no la verdad que es una tradición, una repetición, una cosa que sirve como instrumento de la propaganda—, para descubrir eso, tiene que haber completa libertad. Exteriormente, quizá pueda no haber libertad, pero internamente tiene que existir una libertad absoluta.

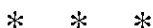
Comprender esta cuestión de la libertad es una de las cosas más difíciles que hay. No sé si alguna vez han examinado eso,

o si han pensado siquiera al respecto. ¿Saben qué significa ser libre? Por libertad no entiendo la libertad abstracta, ideacional, la liberación; eso es demasiado abstracto, demasiado lejano, puede no tener ninguna realidad, puede ser la invención de una mente desesperada, temerosa, angustiada, que ha construido intelectualmente un modelo esperando alcanzar un estado verbal pero no una realidad. Estamos hablando de la libertad, no en abstracto sino de hecho; estamos hablando de la libertad interna de todos los días, en la cual, psicológicamente, uno no es esclavo de nada. ¿Es eso posible? Teóricamente, como idea, puede ser posible. Pero no estamos interesados en las ideas, en las teorías, en las especulativas esperanzas religiosas; nos interesan los hechos.

* * *

LA VERDAD expuesta por otro o descrita por otro o revelada por otro —por sabio o inteligente que éste pueda ser—, no es la verdad. Es uno el que tiene que encontrarla, que comprenderla. Retiro esa palabra *encontrarla*; uno no puede encontrar la verdad, no puede ponerse deliberadamente, conscientemente, a encontrarla. Debe dar con ella de manera oscura, inconsciente. Pero no puede dar con ella si su mente, su psique, no está completa y totalmente libre en lo interno.

Para descubrir cualquier cosa, aun en el campo científico, la mente tiene que estar libre. Para ver algo nuevo, la mente ha de estar libre de trabas. Pero, por desgracia, nuestras mentes no son, en su mayoría, puras, jóvenes, inocentes para poder ver, observar, comprender. Estamos llenos de experiencias, no sólo de las experiencias que hemos reunido recientemente —entendiendo por «recientemente» dentro de los últimos cincuenta, sesenta o cien años—, sino también de la experiencia eterna del hombre. Estamos obstruidos por todo lo que es nuestro conocimiento, consciente o inconsciente; el conocimiento consciente es el que hemos adquirido por medio de la educación en el mundo moderno, en la época actual.



POR LO TANTO, UNA MENTE que quiera comprender lo verdadero ha de comprender, no como una idea, todo lo que significa la libertad. La libertad no es la liberación en algún mundo celestial, sino que es la libertad de cada día, es estar libre de los celos, libre del apego, libre de la ambición, libre de la competencia, o sea, del «más» —«debo ser mejor», «soy esto y debo llegar a ser aquello», etcétera—. Pero cuando uno observa lo que es, no existe el llegar a ser otra cosa que lo que uno es; entonces hay una transformación inmediata de lo que es.

Así, una mente que quiera llegar muy lejos tiene que empezar muy cerca. Pero uno no puede llegar muy lejos si meramente verbaliza sobre algo que el hombre ha creado como la verdad, como Dios. Tiene que empezar muy cerca y echar los cimientos. Y aun para echar esos cimientos tiene que haber libertad. Por lo tanto, uno echa sus cimientos *en* la libertad. De este modo, ya no hay más cimientos; se trata de un movimiento, no de algo estático.

Sólo cuando la mente ha comprendido la extraordinaria naturaleza del conocimiento, de la libertad y del aprender, cesa el conflicto; sólo entonces la mente se vuelve muy clara y precisa. No sigue presa en opiniones, en juicios; se halla en estado de atención y, por consiguiente, en un estado de energía completa y de completo aprender. Sólo cuando la mente está quieta puede aprender (no pregunten: «¿Aprender acerca de qué?»). Sólo la mente quieta puede aprender, y lo que importa no es acerca de *qué* aprende, sino el estado de aprender, el estado de silencio en el cual está aprendiendo.

Bombay, 16 de febrero de 1964

LA PALABRA *libertad* está densamente cargada, tanto en lo político como en lo religioso, en lo social y en todos los aspectos. Es realmente una palabra extraordinaria, con una significación tremenda y una inmensa profundidad; la hemos cargado, como a la palabra «amor», con toda clase de significados. Está la libertad política, la libertad social, la libertad de oportunidades para trabajar; está la libertad respecto de las responsabilidades religiosas, de las creencias, la libertad respecto de las responsabilidades y problemas de lo inmediato, de los temores, de la ansiedad, respecto de tantas cosas que la mente desea. Y hemos construido una estructura verbal que nos da la apariencia de libertad, pero no sabemos qué significa ser realmente libres, sentirlo, sin argüir al respecto, sin definirlo, sin preguntar: «¿Qué entiende usted por libertad?» No conocemos esa cualidad, no la percibimos, no la exigimos —totalmente, no en un determinado nivel.

Sin la libertad total, se distorsionan cada percepción, cada mirar objetivo. Sólo el hombre completamente libre puede mirar y comprender instantáneamente. La libertad implica de hecho el vaciado total de la mente, ¿no es así? Vaciar por completo todo el contenido de la mente, ésa es la verdadera libertad. La libertad no consiste en rebelarse meramente contra las circunstancias, lo cual engendra, a su vez, otras circunstancias otras influencias ambientales que esclavizan a la mente. Estamos hablando de la libertad que llega de manera natural, fácil, sin

que uno la pida, cuando la mente es capaz de funcionar en su más alto nivel.

Nuestros cerebros son, en su mayoría, perezosos. Se han embrollado y embotado a causa de la educación, de la especialización, del conflicto, de todas las formas de lucha psicológica interna, así como de las conclusiones externas. Nuestros cerebros funcionan solamente cuando hay una exigencia inmediata, una crisis inmediata. De lo contrario, vivimos un estado de vida hipnótica, monótona, funcionando perezosamente en nuestros empleos y ocupaciones; de ese modo, nuestros cerebros carecen de agudeza, de sensibilidad, no están alertas, despiertos, no operan a su capacidad máxima.

Si el cerebro no opera a su capacidad máxima, no puede ser libre. Porque una mente trivial, torpe, superficial, limitada, estrecha, reacciona meramente al medio y, a causa de la reacción, se convierte en una esclava de ese medio. De esto surge todo el problema de cómo salirnos del medio y no ser esclavos de ninguna forma de influencia, dirección o impulso. Lo esencial, pues, es la cualidad de sentirnos completamente libres.

Existen dos clases de libertad: una es la libertad respecto de algo, la cual es una reacción; y la otra no es una reacción, es «ser libre». La libertad respecto de algo es una respuesta que depende de nuestra opción, de nuestro carácter, de nuestro temperamento, de diversas formas de condicionamiento. Como un joven que se rebela contra la sociedad, que quiere ser libre, o como un marido que desea librarse de su mujer, o una mujer de su marido; o cuando deseamos librarnos de la ira, de los celos, de la envidia, de la desesperación. Son todas reacciones, respuestas a determinadas circunstancias, las cuales nos impiden funcionar libremente, sin dificultad.

Anhelamos libertad personal. Y esa libertad es negada en una sociedad donde los usos, las costumbres, los hábitos, las tradiciones son tremendamente importantes; entonces hay una rebelión. O nos rebelamos contra la tiranía. Hay, pues, distintas formas de rebelión, distintas respuestas a las exigencias de lo inmediato. De hecho, eso no es libertad en absoluto, porque cada reacción engendra más reacciones, las cuales crean nuevas

condiciones externas a las cuales la mente vuelve a esclavizarse. La rebelión, por lo tanto, se repite constantemente; uno está atrapado en las circunstancias, se rebela contra esas circunstancias y prosigue así interminablemente.

Estamos hablando de una libertad que no es una reacción. La mente libre no es esclava de nada, de ningún tipo de circunstancias, de ninguna rutina particular; aunque se haya especializado para realizar cierta tarea práctica, no es esclava de eso, no queda sujeta a esa rutina; aunque viva en la sociedad, no pertenece a la sociedad. Sólo una mente que todo el tiempo se vacía a sí misma de las acumulaciones, de las reacciones cotidianas, sólo una mente así es libre.

Vivimos a base de acción. La acción es imperativa, indispensable. Está la acción que nace de la idea y existe la acción nacida de la libertad. Vamos a investigar algo que requiere la rapidez de nuestro cerebro, no nuestro acuerdo o desacuerdo. La casa se está incendiando, el mundo arde, está en llamas, se destruye a sí mismo, y tiene que haber una acción. Y esa acción no depende de nuestras ideas acerca del fuego, del tamaño del balde que usemos o de lo que fuere. Actuamos para apagar ese incendio. Para extinguirlo, uno no puede tener ideas acerca de ese incendio: quién puso fuego a la casa, cuál es la naturaleza del fuego y demás especulaciones al respecto. Tiene que haber una acción inmediata. Esto implica que la mente debe experimentar una mutación completa.

El hombre ha vivido biológicamente por cerca de dos millones de años. Ha acumulado muchísimas experiencias, muchos conocimientos, y ha vivido a través de muchas civilizaciones, pasando por innumerables presiones y esfuerzos. Cada uno de ustedes, lo sepa o no, lo reconozcan o no, es ese hombre, es el resultado de millones de años. O bien continúa evolucionando lentamente, interminablemente, a través del dolor, del sufrimiento, de la ansiedad, de toda clase de conflictos, o se sale por completo de esa corriente cuando quiera, como bajándose de un bote a la orilla de un río; puede hacerlo en cualquier momento. Y es sólo la mente libre la que puede hacerlo.

* * *

PARA COMPRENDER qué son la libertad y la acción, tenemos que comprender todo el proceso de nuestro propio pensar; o sea, tenemos que conocernos a nosotros mismos. Y ésa es una de las ideas más difíciles que podamos emprender. Porque conocernos a nosotros mismos implica una mente capaz de observarse sin el conocimiento previo que ha adquirido. Si uno se mira a sí mismo con el conocimiento que tiene, está proyectando o interpretando meramente lo que ve, conforme al pasado; por lo tanto, no se está *mirando*. Mirarnos a nosotros mismos implica que la mente es nueva a cada minuto. Aquí es donde se introduce la dificultad. Por favor, comprendan esto, porque si no comprenden ahora lo que se está diciendo, después, cuando examine el problema de la libertad, no podrán abordarlo e investigarlo.

* * *

SI NOS OBSERVAMOS a nosotros mismos, podremos descubrir que casi todos respondemos conforme a nuestro conocimiento, a nuestra experiencia, a nuestro condicionamiento, respondemos como un hindú, o un budista, o un cristiano, o un comunista, o un técnico, o un hombre de familia. Un hombre así ha adquirido muchísima experiencia y, habiéndola acumulado, reacciona. Con ese conocimiento se mira a sí mismo. Entonces dice: «Esto es bueno», «esto es malo», «esto debo conservarlo», «esto debo rechazarlo». Cuando él hace eso, no se está mirando; proyecta meramente su conocimiento sobre lo que ve, y traduce o interpreta lo que ve haciéndolo desde el punto de vista de su experiencia, de su conocimiento y su condicionamiento.

* * *

TENGAN LA BONDAD de observarse a sí mismos. Vean cuán insensible se ha vuelto la mente de ustedes. Cuando expe-

rimentan un sentimiento de placer o de pena, de alegría espontánea por algo, en el momento en que lo experimentan hay una respuesta inmediata a ello, nombrándolo; lo nombran instantáneamente. Por favor, entiendan esto, obsérvenlo en sí mismos. Porque si no entienden todo esto, cuando yo hable de libertad no significará nada para ustedes. Estoy hablando de una mente que no nombra. Cuando ustedes tienen un sentimiento, de inmediato lo nombran, le dan un nombre. El proceso mismo de nombrar es un estado de no observación. Nombran el sentimiento para fijarlo como una experiencia en la memoria, y después, al día siguiente, esa memoria que se ha vuelto mecánica desea repetirse. Por lo tanto, cuando miran la puesta del Sol al día siguiente, ya no es más la cosa que han mirado espontáneamente el primer día. De modo que el proceso de nombrar cualquier sentimiento, durante alguna observación, les impide mirar.

* * *

CONOCERNOS A NOSOTROS MISMOS es la tarea más ardua que podamos plantearnos. Podremos ir a la Luna, hacerlo todo en la vida, pero si no nos conocemos a nosotros mismos, seremos vacuos, torpes, estúpidos. Aunque podamos funcionar como un primer ministro o un ingeniero de primera clase o un técnico maravilloso, estamos funcionando de manera meramente mecánica. Vean, pues, la importancia, la seriedad de que uno se conozca a sí mismo —no lo que la gente ha dicho acerca de uno, que uno es el yo supremo o el yo pequeño—. Barran con todas las cosas que la gente ha dicho, observen sus propias mentes y sus propios corazones, y funcionen a partir de ahí.

* * *

TODOS NUESTROS IDEALES, por sublimes, magníficos o bellos que sean, no tienen sentido. Lo importante es «lo que es» y no «lo que debería ser». Por favor, comprendan este simple hecho psicológico: lo importante es «lo que es». Uno es iracundo, es violento, es cruel, está lleno de odio, de disgusto, y

protege su seguridad a cualquier costo; éstos son los hechos, no nuestra no-violencia, *ahimsa*, que es pura tontería. Cuando ustedes observan «lo que es», sin el ideal —el ideal implica una distracción con respecto a «lo que es», una evitación de «lo que es»—, entonces, o bien dicen: «Bueno, acepto lo que es y viviré con ello, seré desdichado con ello», o actúan directamente sobre ello, o ello tiene una acción directa sobre ustedes. Lo que importa, entonces, es que uno sea capaz de observar realmente «lo que es», de observar si uno es iracundo, lascivo, si desea esto o aquello. Ustedes saben lo que los seres humanos son internamente. Se trata de observar eso sin nombrarlo, sólo observarlo, saber lo que significa, percibir la profundidad, el sentimiento extraordinario que subyace tras todas las sutilezas, tras todos los impulsos secretos; si observan así, verán que gracias a esa observación hay libertad, y la acción surge inmediatamente desde esa libertad.

La mente inocente tiene espacio, como un bebé dentro del vientre materno. Pero una mente atestada, cargada con su propia desesperación, sus temores, alegrías y placeres, una mente así nunca está vacía y, por consiguiente, para ella no hay nada nuevo, nada nuevo puede acaecer. Sólo en aquel vacío puede tener lugar algo nuevo, una nueva mutación. Este vacío, este espacio, es libertad. Y para que el espacio exista, es indispensable comprender toda esta estructura de uno mismo, tanto la consciente como la inconsciente.

En consecuencia, la libertad no es una reacción. La libertad es un estado del ser. La libertad es un sentir. Uno tiene que liberarse o librarse a sí mismo incluso de las pequeñas cosas: el dominio que uno ejerce sobre su mujer o el que ella ejerce sobre uno, librarse de las ambiciones, de la codicia, de la envidia. Si ustedes cortan completamente con todo eso sin tomarse tiempo discutiéndolo, verán que, sin análisis, sin introspecciones, el mero observar las cosas, el verlas sin autocompasión, sin el deseo de cambiar, el simple observar, es tener ese espacio.

En el momento en que existe tal espacio no contaminado por la sociedad, en ese estado ocurre, entonces, una mutación. Y en este mundo es indispensable una mutación, porque esa

mutación es el nacimiento del individuo. Es sólo el individuo el que puede hacer algo en este mundo, el que puede producir una revolución completa, un cambio completo, una transformación total. Lo que el mundo necesita actualmente es un individuo nacido de este espacio, de este vacío.

Bombay, 1^o de marzo de 1964

POR FAVOR, ESCUCHEN ESTO. Nosotros buscamos ayuda porque vivimos en un estado de desdicha, de confusión, de conflicto, y queremos que se nos ayude. Queremos que alguien nos diga lo que debemos hacer, queremos alguna guía, tomarnos de la mano de alguien que en esta oscuridad pueda conducirnos hacia la luz. Estamos tan confundidos que no sabemos hacia dónde volvernos. La educación, la religión, los líderes, los santos, todo eso ha fracasado por completo; no obstante, a causa de que sufrimos, de que hay conflicto y confusión, acudimos a alguien para que nos ayude. Y probablemente sea por eso que están aquí casi todos ustedes, esperando captar de algún modo una vislumbre de la realidad, ser conducidos de algún modo hacia esa belleza de la vida.

Ahora bien, si tienen la bondad de escuchar con su oído interno, verán que la ayuda no existe. Quien les habla no puede ayudarles, rehúsa hacerlo. Por favor, comprendan esto, síganlo despacio. Él se niega totalmente, completamente, a ayudarles.

Lo que ustedes desean es mantener la corrupción, vivir en la corrupción y que se les ayude en esa corrupción. Quieren que se les ayude a vivir un poco más confortablemente, a seguir con sus ambiciones, con su estilo de vida, con sus envidias, sus brutalidades; quieren continuar con su existencia cotidiana, pero un poco modificada: volverse un poco más ricos, tener un poco más de bienestar, ser un poco más felices. Eso es todo lo que desean: un empleo mejor, un automóvil mejor,

una mejor posición. En realidad, no desean estar completa, totalmente libres del sufrimiento. No quieren descubrir qué es el amor, la belleza e inmensidad del amor. No quieren descubrir qué es la creación.

Lo que realmente quieren es que se les ayude a continuar, de una manera modificada, en este desdichado mundo, con la fealdad de sus vidas, con la brutalidad de su existencia, con su conflicto cotidiano. Eso es todo lo que conocen; se aferran a eso y quieren modificarlo. Y de cualquiera que les ayude a vivir en ese campo, ustedes piensan que es un gran hombre, que es un santo, un salvador maravilloso.

Por lo tanto, quien les habla dice que no les está dando ayuda. Si esperan ayuda de él, están perdidos. No hay ayuda de nadie, no hay ayuda de ninguna clase; ésa es una cosa terrible de comprender por uno mismo. Tienen que comprender el hecho pasmoso, alarmante, de que cada uno de ustedes, como ser humano, tiene que permanecer completamente solo sobre sus propios pies; no hay Escrituras, ni líderes, ni nada que pueda salvarlos; tienen que salvarse por sí mismos. ¿Saben qué ocurre cuando comprenden ese hecho? *Es un hecho*. Cuando se dan cuenta realmente de ese hecho, o bien se hunden más todavía en su corrupción, o ese hecho mismo les da una energía tremenda para abrirse paso a través de la red que implica la estructura psicológica de la sociedad; se abren paso, la hacen trizas por completo. Entonces nunca buscarán ayuda, porque son libres.

Un hombre libre, un hombre que no tiene miedo, cuya mente es clara, cuyo corazón es vital, fuerte, energético, no desea ayuda. Y nosotros, ustedes y yo, tenemos que permanecer completa y absolutamente solos, sin ayuda de nadie. Ustedes han buscado ayuda de todas las formas posibles: políticamente, religiosamente por parte de los gurus, y socialmente. Ha habido revoluciones, revoluciones políticas y económicas, comunismo revoluciones sociales. No son respuestas, no pueden ayudarles porque traerán más tiranía, más esclavitud.

Sólo cuando exijan libertad completa y mantengan operativamente esa libertad, darán con la realidad, y esa realidad es la que liberará al hombre, ninguna otra cosa. Es una de las cosas

más difíciles el comprender que uno tiene que estar completamente solo, valerse enteramente por sí mismo.

Es únicamente el hombre libre el que puede cooperar. Y es el hombre libre el que dice: «No cooperaré». La cooperación, como por lo general se la entiende, implica cooperar en torno de una persona, de una idea, o cooperar para una utopía en torno de la autoridad de alguien o de la autoridad de una idea como el Estado. Si observan esa clase de cooperación, verán que no es cooperación en absoluto, es un beneficio mutuo. Y cuando la autoridad cambia, uno cambia a fin de sacar provecho de eso; por lo tanto, es una forma compulsiva de ajuste.

Hablamos de una cooperación que es por completo diferente, porque el hombre *tiene* que cooperar. No podemos vivir sin cooperación. La vida es relación, la vida es cooperación. Ustedes y yo no podríamos existir apropiadamente sin cooperación. Pero para cooperar tiene que haber libertad. Ustedes y yo tenemos que ser libres para poder cooperar. La libertad no implica hacer lo que a uno le plazca: ser despiadado y todo el resto de la estúpida reacción que se vincula a esa palabra. Sólo el hombre que tiene libertad para amar, que está exento de celos, de odio, que no desea nada para sí mismo, para su familia, para su raza, para su grupo, sólo el hombre libre que conoce el pleno significado del amor y de la belleza, sólo un hombre así puede cooperar.

Lo esencial, pues, es comprender esta libertad. El pensamiento no puede producirla. El pensamiento nunca es libre, es meramente una reacción al conocimiento acumulado como memoria, como experiencia; por lo tanto, jamás puede liberar al hombre. Sin embargo, todo lo que hacemos, cada acción, cada motivo, cada impulso, se basa en el pensamiento. De modo que uno tiene que ver por sí mismo el significado del pensamiento, dónde es necesario y dónde es un veneno. La mutación sólo puede acaecer cuando la mente está por completo vacía de todo pensamiento. Es como el vientre: un hijo es concebido en el vientre porque el vientre está vacío, y a causa de eso se da un nuevo nacimiento. Del mismo modo, la mente tiene que hallarse vacía, es sólo en el vacío que puede tener lugar algo

nuevo, una cosa totalmente nueva, no una que ha continuado durante milenios.

La pregunta es, entonces: ¿Cómo vaciar la mente? No mediante un sistema; cuando uso la palabra *cómo*, ésta no implica «hagan tales cosas y vaciarán la mente». No hay sistema, no hay fórmula. Tenemos que ver la verdad de eso: que la mutación es absolutamente necesaria para la salvación del hombre, para ustedes y para mí, para nuestra salvación, para nuestra libertad, para que estemos completamente libres del dolor, de la agonía de la vida.

Ustedes tienen que experimentar una mutación, deben tener una mente por completo distinta que no sea producto del medio, de la sociedad, de la reacción, del conocimiento, de la experiencia. Ninguna de estas cosas genera inocencia, libertad; ninguna de ellas genera esta vasta sensación de espacio en la mente. Sólo en ese espacio puede tener lugar el movimiento de la mutación. Y sólo esa mutación puede salvar al hombre, porque esa mutación es la que da origen al individuo.

Nosotros no somos individuos. Tenemos nombres, nombres separados. Ustedes tienen un cuerpo separado de los demás cuerpos; si son lo bastante afortunados, tienen una cuenta bancaria; en otro respecto, internamente, psicológicamente, no son individuos. Pertenecen a la raza, a la comunidad, a la tradición, al pasado; por lo tanto, han dejado de ser creativos. Han dejado de percibir la inmensidad, la amplitud, la profundidad y la belleza de la vida.

A causa de que no somos individuos, no sabemos qué significa amar. Sólo conocemos el amor que contiene celos, odio, envidia y todo el perjuicio que el pensamiento puede ocasionar. Observen bien, si están dispuestos, su propio así llamado afecto; obsérvense a sí mismos, el afecto que sienten por la esposa o el esposo, por la familia. No hay una pizca de amor; forman una unidad de corrupción, de apego, de aflicción, de celos, de ambiciones, de dominio. Pueden engendrar hijos, pero en eso no hay amor, es sólo placer. Y donde hay placer, hay dolor. Un hombre que quiera comprender esta cosa llamada *amor*, primero tiene que comprender qué implica ser libre.

Luego está la cuestión del sexo, que es un gran problema en el mundo. Puede que estén fuera de ese problema a causa de la edad o porque se han forzado a sí mismos. Que no tengan vida sexual porque quieren encontrar a Dios. Me temo que no encontrarán a Dios. Dios quiere un hombre libre, un hombre que ha vivido, que ha sufrido, que es libre. Tienen que comprender, pues, la cuestión del sexo.

Por favor, escuchen lo que dice quien les habla. Quizá no lleguen completamente hasta el fin del viaje, pero escuchen. Escuchen sin condenar, sin justificar, sin comparar, sin poner en operación todos los recuerdos. Sólo escuchen libremente, con alegría. Porque, si saben cómo escuchar, sabrán cuándo la mente está vacía. No hay nada que puedan hacer para producir ese vacío. Toda acción por parte de ustedes es una acción del pasado, del tiempo, y el tiempo no va a traerles esa libertad. Pero escuchen, disfruten realmente el sonido de un pájaro, el sonido solo, cada sonido separado, nítido, vital, claro; escuchen a ese cuervo; escuchen a quien les habla, escúchenlo completamente —cada palabra, cada declaración, sin interpretar, sin traducir—. Sólo escuchen. Gracias a ese escuchar tendrán la energía y actuarán de manera completa, total.

Nosotros no escuchamos. Hay demasiados ruidos a nuestro alrededor; dentro de nosotros hay demasiada charla, demasiadas preguntas, demasiadas exigencias y compulsiones, demasiados impulsos. Tenemos tantas cosas y jamás hemos prestado atención completa, total, a ninguna de ellas hasta el fin. Y si ustedes tuvieran la bondad de escuchar así, verían que, a pesar de ustedes mismos, la mutación, ese vacío, esa transformación, la percepción de lo verdadero, surge a la existencia. No tienen que hacer nada, porque lo que hagan habrá de interferir debido a que son ustedes codiciosos, envidiosos, a que están llenos de odio, de ambición, y de todo el perjuicio que el pensamiento puede causar.

Si pueden escuchar con alegría, sin esfuerzo, entonces tal vez en el silencio quieto y profundo sabrán qué es la verdad. Sólo esa verdad libera, y ninguna otra cosa. Por eso tienen que permanecer completamente solos. Uno no puede escuchar por medio de otro, no puede ver con los ojos de otro, no puede pen-

sar con el pensamiento de otros. Sin embargo, escuchamos por medio de otros, de las actividades, sentencias y dichos de otros. De modo que si pueden desechar todas estas cosas secundarias, las actividades de otros, y ser sencillos, silenciosos y escuchar, entonces descubrirán.

¿Saben?, cuando miran una puesta del Sol o un rostro hermoso o una bella hoja o una flor, cuando realmente ven aquello que miran, entonces hay un espacio entre ustedes y esa flor, esa belleza, esa hermosura, o entre ustedes y la miseria y escualidez que ven. Hay espacio; no lo hemos creado nosotros, está ahí. Pero rehusamos mirar simplemente, persistentemente a través de ese espacio; en él proyectamos nuestras opiniones, nuestras ideas, conclusiones, fórmulas; por lo tanto, no hay espacio. Ese espacio está completamente cubierto por ayer, recuerdos, experiencias del pasado; por consiguiente, nunca vemos, nunca escuchamos, nunca estamos en silencio interno. De modo que si quieren, escuchen, no queden hipnotizados —eso sería absurdo, demasiado inmaduro—, no acepten ni nieguen lo que escuchan. Estamos tratando acerca de la vida de ustedes, no de mi vida; tratamos acerca de sus sufrimientos, de sus desdichas, de sus autoridades, de sus desesperanzas, y de la angustia y el hastío de la existencia que viven.

Como decíamos, tenemos esta cuestión del sexo, la cual se ha vuelto tremendamente importante. ¿Por qué? Miren sus propias vidas. ¿Por qué? En primer lugar, no tienen ningún otro placer libre. Están bloqueados intelectualmente; repiten sin cesar, desde la infancia hasta que mueren, lo que otros han dicho. La educación de ustedes, sus exámenes, su información tecnológica, todo esto es repetición y repetición. Están intelectualmente bloqueados, no se atreven a pensar de manera independiente. No niegan, dicen que sí a todo; son seguidores, adoran a la autoridad. Por lo tanto, intelectualmente se hallan bloqueados; en consecuencia, sólo tienen una cosa donde son libres, originales: el sexo.

Luego, en lo emocional, no son libres para expresarse. También ahí están bloqueados, obstaculizados, refrenados. Jamás disfrutan la puesta del Sol, jamás ven el árbol, ni están plena-

mente con el árbol, gozando en plenitud su belleza. De modo que, emocionalmente, intelectualmente, están despojados, amputados, y la belleza nada significa para ustedes, nada. De lo contrario, este país sería diferente. La religión la han divorciado de la belleza. Jamás prestan atención a un anochecer contemplando quietamente las estrellas, la Luna y la luz sobre el agua; tienen la radio, la televisión, los libros, el cine —cualquier cosa menos estar solos consigo mismos disfrutando lo que los rodea—. Así que, emocionalmente, estéticamente, en el fondo están completamente bloqueados. Por lo tanto, les queda una sola cosa propia, original, y esa cosa es el sexo.

Y cuando el sexo se vuelve lo único que tenemos, crea estragos en nuestra vida. Y también eso se vuelve repetitivo y conduce también a diversas formas de dominación, compulsión, convirtiendo la relación en una angustia permanente. El placer repetitivo lleva asimismo a la brutalidad, al embotamiento mental. En consecuencia, no hay amor, no hay belleza en nuestra vida, no hay libertad emocional. Nos queda, entonces, la cosa llamada sexo.

No descubrimos por nosotros mismos la realidad. Porque las religiones nos han convertido en seguidores; no somos investigadores, exploradores, personas que quieren descubrir. Tan sólo repetimos incesantemente, vamos a la iglesia o al templo, o negamos eso y vivimos de manera meramente superficial. Así, la religión no tiene realmente ningún significado, excepto cuando nos hallamos en un estado de miedo, de enfermedad o cuando deseamos alguna clase de bienestar.

Por favor, escuchen, no se aburran (ésta es la vida de ustedes, tienen que enfrentarse a estas cosas). Y finalmente existe esa creación —no la de hijos— que está más allá del tiempo y de la medida, que hace que las cosas sean siempre nuevas, porque tal creación es intemporal. Pero nosotros buscamos permanentemente nuevas expresiones en el mundo del arte, en el mundo estético. Es todo cuanto nos interesa: expresiones nuevas. No nos interesa la creación.

Éstos son, pues, los múltiples problemas con los que nos enfrentamos, y tenemos que descubrir por nosotros mismos la

respuesta apropiada. Esa respuesta existe, y es que tenemos que estar completamente libres de esta estructura sociológica y psicológica de la sociedad, o sea, del temor, de la codicia, de la envidia, de la ambición, de la búsqueda de poder y de posición, de la dependencia con respecto al dinero. Tenemos que estar libres de eso, de la corrupción de la sociedad. No obstante, tenemos que vivir en este mundo vitalmente, con vigor, con energía. Y para hacer eso debemos trabajar, trabajar internamente, despiadadamente, a fin de despojarnos de todos los desperdicios de la sociedad, de toda la corrupción de la sociedad. Cuando ustedes comprenden que tienen que hacerlo por sí mismos completamente, y que nadie va a ayudarlos, tienen una energía extraordinaria. Por lo tanto, dedican toda la atención a eso, y entonces tienen una mente, un corazón tremendamente vitales, activos.

El conocimiento propio es, pues, operacional. No es una cuestión de creencia; funciona, opera si uno persiste en ello firmemente, día tras día. Desde ese conocimiento propio surge el estado de conciencia lúcida, o sea, que uno está lúcidamente consciente de los pájaros, de los árboles, de la escualidez, de la suciedad, de la belleza, del color, de todo lo que nos rodea exteriormente. Porque el movimiento externo nos trae el movimiento interno. No podemos viajar por lo interno sin comprender el movimiento externo. Son una sola cosa, un proceso unitario, exactamente como el de una ola en el mar que sale y entra. Y uno tiene que viajar sobre la ola sin esfuerzo alguno. Podemos viajar sin esfuerzo sobre esa ola cuando observamos y escuchamos todas las sugerencias del pensamiento y las insinuaciones de nuestro ser, cuando simplemente escuchamos. Ello no requiere análisis, introspección, que es algo muy nocivo. Todo lo que requiere es que uno mire, que escuche y que conserve ese espacio entre el observador y la cosa observada. Si ese espacio se conserva completamente vacío, entonces, no existen ni el observador ni lo observado, sólo hay movimiento.

Y, desde este conocimiento propio, adviene una libertad que nadie, ni dios, ni santo, ni sociedad alguna pueden darnos. Esta libertad es esencial. Porque, de lo contrario, las iglesias con su

religión y su entretenimiento organizados asumirán la dirección, y ustedes vivirán mecánicamente, estúpidamente, inútilmente. Y desde esta libertad llega ese estado mental en el que el cerebro es altamente sensible porque ha comprendido cada movimiento del pensar, cada onda del sentimiento, puesto que pensamiento y sentimiento no son dos diosas separadas, sino un proceso único y total. Gracias a esa comprensión, a esa libertad, la mente se rejuvenece, se vuelve pura e inocente. Es únicamente desde este vacío que llega la mutación, y es sólo a causa de ella que puede haber salvación para el hombre. Sólo cuando la mente ha experimentado por completo esta tremenda mutación fuera del tiempo —no dentro de los límites de la sociedad, sino completamente fuera de la sociedad, y no convirtiéndose uno en monje, eso es demasiado inmaduro—, cuando la mente ha comprendido toda la trama de la sociedad, que es uno mismo, merced a esa comprensión llega este extraordinario sentido de madura soledad (*aloneness*).

Entonces uno está completamente, indisolublemente solo. Entonces, en ese estado de madura soledad, sólo así, surge realmente a la existencia ese movimiento que es el principio y fin de todas las cosas. Eso, y ninguna otra cosa, es religión. En ese estado no hay dolor ni placer, sino una existencia vitalmente activa, poderosa, esencial, lúcida.

Saanen, 14 de julio de 1964

EL OTRO DÍA estuve hablando acerca de lo necesaria que es la libertad, y por esa palabra *libertad* no entiendo una libertad periférica o fragmentaria en ciertos niveles de nuestra conciencia. Estuve hablando acerca de ser totalmente libres, libres en la raíz misma de nuestra mente, en todas nuestras actividades, físicas, psicológicas y parapsicológicas. La libertad implica una ausencia total de problemas, ¿no es así? Porque cuando la mente es libre puede observar y actuar con completa claridad; puede ser lo que es, sin ningún sentido de contradicción. Para mí, una vida de problemas, ya sean económicos o sociales, privados o públicos, destruye y pervierte la claridad. Y necesitamos claridad. Necesitamos una mente que vea con mucha claridad cada problema a medida que surge, una mente que pueda pensar sin confusión, sin condicionamientos, una mente que posea una cualidad de afecto, de amor —el cual no tiene nada que ver con el emocionalismo o el sentimentalismo.

Para hallarnos en tal estado de libertad —que es extremadamente difícil de comprender y requiere muchísima indagación—, debemos tener una mente serena, silenciosa, una mente que esté funcionando en su totalidad, no sólo en la periferia, sino también en el centro. Esta libertad no es una abstracción, no es un ideal. El movimiento de la mente libre es una realidad, y los ideales y las abstracciones no tienen nada que ver con él. Una libertad semejante tiene lugar naturalmente, espontáneamente, sin ningún tipo de coacción, de disciplina, de control o de per-

suasión, cuando comprendemos todo el proceso del surgimiento y terminación de los problemas. Una mente que tiene un problema, el cual es realmente una perturbación, y que ha escapado de ese problema, sigue estando mutilada, atada; no es libre. Para la mente que no resuelve cada problema cuando éste surge, en cualquier nivel que sea —físico, psicológico, emocional—, no puede haber libertad; por lo tanto, tampoco puede haber claridad de pensamiento, de perspectiva, de percepción.

Casi todos los seres humanos tienen problemas. Entiendo por un *problema* la persistente alteración que crea nuestra respuesta inadecuada a un reto, es decir, la incapacidad que tenemos para afrontar una cuestión totalmente, con todo nuestro ser; o la indiferencia que da por resultado la habitual aceptación de los problemas o el mero tolerarlos. Hay un problema cuando uno fracasa en afrontar cada reto hasta terminar con él, no mañana o en alguna fecha futura, sino cuando aparece cada minuto, cada hora, cada día.

Cualquier problema en cualquier nivel, consciente e inconsciente, es un factor que destruye la libertad. Un problema es algo que no comprendemos completamente. Nuestro problema puede ser un dolor, una incomodidad física, la muerte de alguien, o la falta de dinero; puede ser la incapacidad de descubrir por nosotros mismos si Dios es una realidad o meramente una palabra sin sustancia. Y están los problemas de la relación, tanto privada como pública, tanto individual como colectiva. No comprender en su totalidad la relación humana engendra verdaderos problemas; y casi todos tenemos estos problemas que mutilan nuestras mentes y nuestros corazones, y en los cuales se originan las enfermedades psicosomáticas. Al estar agobiados por los problemas, nos volvemos hacia diversas formas de escape: rendimos culto al Estado, aceptamos la autoridad, esperamos que algún otro resuelva nuestros problemas, nos zambullimos en una inútil repetición de plegarias y rituales, nos dedicamos a la bebida, nos complacemos en el sexo, en el odio, en la autocompasión y demás.

De ese modo, hemos cultivado cuidadosamente una red de escapes —racionales o irracionales, neuróticos o intelectuales—

que nos permiten aceptar y, por ende, tolerar los problemas humanos que surgen. Pero estos problemas engendran, inevitablemente, confusión, y la mente jamás es libre.

* * *

POR ESO he dicho desde el principio mismo que la libertad es indispensable. Aun Carlos Marx —el dios de los comunistas— escribió que los seres humanos deben tener libertad. Para mí, la libertad es absolutamente necesaria —libertad al principio, libertad en el medio y al final—, y esa libertad es negada cuando sigo con un problema hasta el día siguiente. Esto significa que no sólo tengo que descubrir cómo surge el problema. Sino también cómo terminar con él completamente, quirúrgicamente, de modo que no haya repetición, ni un cargar con el problema, ni un sentir que pensaré acerca del problema y encontraré la respuesta mañana. Si sigo cargando con el problema hasta el día siguiente, he provisto el suelo donde el problema echará raíces, y la poda posterior de ese problema se convierte, a su vez, en otro problema. Por lo tanto, tengo que operar drástica e inmediatamente sobre el problema, de modo tal que éste llegue completamente a su fin.

* * *

PARA MÍ, COMO DIJE, la libertad es de máxima importancia. Pero la libertad no puede ser comprendida sin inteligencia, y la inteligencia puede surgir sólo cuando hemos comprendido completamente por nosotros mismos el proceso que causa los problemas. La mente debe estar alerta, atenta, debe hallarse en un estado de supersensibilidad, de modo que cada problema sea resuelto cuando se presente. De lo contrario, no hay verdadera libertad; hay una libertad fragmentaria, periférica, que carece en absoluto de valor. Es como un hombre rico que dice que es libre. ¡Dios mío! Es un esclavo de la bebida, del sexo, del confort, de docenas de cosas. Y el hombre pobre que dice: «Soy libre porque no poseo dinero», tiene otros problemas. De

modo que la libertad y el mantenimiento de esa libertad no pueden ser una mera abstracción; tienen que ser una existencia absoluta por parte de cada uno de nosotros como ser humano, porque sólo cuando hay libertad podemos amar. ¿Cómo puede uno amar si es ambicioso, codiciado, competitivo?

*Varanasi, 26 de noviembre
de 1964*

N OSOTROS SÓLO CONOCEMOS el espacio cuando está el observador, el centro, el objeto que crea al espacio. Un mueble crea el espacio que hay alrededor de él, igual que un muro, una casa, y ése es el único espacio que conocemos: el espacio que observamos con nuestros ojos cuando miramos, fuera de la Tierra, a la Luna y las estrellas.

Vamos a examinar, pues, este problema del espacio sin el objeto. Sólo ese espacio es libertad, ese espacio sin el objeto. Al investigar el espacio y la libertad, también vamos a descubrir por nosotros mismos qué es el amor. Porque sin amor no hay libertad. El amor no es sentimentalismo, no es emocionalidad, no implica hallarse en un estado emocional. Tampoco es devocional el amor.

Vamos a descubrir, entonces, por nosotros mismos. Para descubrir, tenemos que crear espacio en la mente. Tenemos que vaciar la mente, es obvio, a fin de darle espacio; no espacio en un campo limitado por el pensamiento, sino espacio sin límites y espacio interno —si es que podemos dividirlo de este modo—, o sea, espacio en la mente y en el corazón; de lo contrario, no hay amor, no hay libertad. Y sin amor y libertad, el hombre está definitivamente perdido. Podremos vivir confortablemente en el decimoquinto piso de un rascacielos o vivir de lo más miserablemente en una pequeña y sucia aldea, pero estaremos perdidos a menos que tengamos este espacio extraordinario, ilimitado, dentro de la mente y del corazón, dentro de la totalidad de nuestro ser.

Madrás, 16 de diciembre de 1964

VAMOS, PUES, a preguntarnos si es del todo posible para la mente humana, que está tan atada, que es el producto de dos millones de años de tiempo y espacio y distancia, que es el resultado de tantas presiones, si es posible para una mente semejante producir una mutación fuera del tiempo y, por lo tanto, instantánea. Para investigar esta cuestión se requiere libertad, porque no podemos investigar si estamos atados. Debemos tener una mente libre, exenta de temor, una mente sin creencias, que no proyecte su propio condicionamiento, sus propias esperanzas, sus propios anhelos.

De modo que es sólo por medio de la investigación que vamos a descubrir, y para investigar necesitamos tener libertad. La mayoría de nosotros ha perdido —probablemente nunca la tuvimos— esta energía para investigar. Más bien aceptamos, seguimos a lo largo del mismo sendero, pero no sabemos cómo investigar. El científico en su laboratorio investiga. Explora, observa, interroga, cuestiona, duda, pero fuera del laboratorio es como cualquier otra persona, ¡ha dejado de investigar! Y para investigar dentro de uno mismo se requiere no sólo libertad, sino un asombroso sentido de percepción, de visión.

Ustedes saben, es comparativamente fácil viajar a la Luna y más allá —como se ha demostrado—, pero es asombrosamente difícil viajar al interior de nosotros mismos. Y para hacerlo infinitamente, lo primero que necesitamos es libertad; no libertad respecto de algo, sino el acto de libertad que es indepen-

diente del motivo y de la rebelión. Cuando la libertad se vuelve rebelión, es meramente una reacción a la condición existente, es rebelión con respecto a algo; por lo tanto, en ello no hay libertad. Yo puedo rebelarme contra la sociedad actual. La presente sociedad puede ser estúpida, corrupta, inepta, ineficaz; puedo rebelarme, pero eso es meramente una reacción, como el comunismo es una reacción contra el capitalismo. De modo que esta rebelión me coloca meramente en una posición modificada a lo largo de las mismas pautas. No estamos, pues, hablando de una rebelión que es tan sólo una reacción, sino que hablamos de la libertad que no es libertad con respecto a cosa alguna.

No sé si alguna vez han sentido una libertad de esta naturaleza —libertad no calculada, no inducida— cuando perciben de pronto que no llevan ninguna carga, que no tienen ningún problema, que la mente está extraordinariamente activa y que todo el cuerpo —el corazón, los nervios, todo— es intenso, vibrante, potente. Una libertad así es indispensable. Es sólo la mente libre la que de veras puede investigar, es obvio; no puede hacerlo una mente que dice: «Creo e investigaré», ni una mente temerosa de lo que va a ocurrir a causa de la investigación y que, por lo tanto, deja de investigar.

La investigación requiere una mente cuerda, sana, no persuadida por opiniones propias o ajenas, una mente capaz de ver todas las cosas muy claramente y a cada instante mientras se mueven, mientras fluyen. La vida es un movimiento activo en la relación. Y a menos que haya libertad, la mera rebelión no significa absolutamente nada. Un hombre verdaderamente religioso jamás se halla en rebelión. Es un hombre libre, libre no del nacionalismo, de la codicia, de la envidia y demás; es simplemente libre.

Y para investigar, tenemos que comprender la naturaleza y el significado del temor, porque una mente temerosa en cualquier nivel del ser carece, obviamente, de la rapidez de movimiento que exige la investigación. ¿Saben?, a causa de la tradición, del peso de la autoridad, especialmente en la India, todos se jactan perpetuamente de siete mil años de cultura, ¡y están

muy orgullosos de ella! Y tales personas que hablan perpetuamente acerca de esta cultura, probablemente no tienen nada que decir y por eso hablan tanto al respecto. Una mente atrapada de ese modo en el peso de la tradición y de la autoridad, no es una mente libre. Uno tiene que ir más allá de la civilización y de la cultura. Entonces, una mente así —no la otra mente— es capaz de investigar y descubrir qué es la verdad. La mente tradicional puede hablar sobre lo que es la verdad y tener perpetuamente teorías al respecto, pero para descubrir se requiere una mente libre de toda autoridad y, por lo tanto, libre de todo temor.

Saanen, 18 de julio de 1965

HEMOS ESTADO hablando sobre la necesidad de una revolución radical y fundamental dentro de nosotros mismos. No nos referimos a una revolución dentro de uno como individuo separado —un asunto de salvar la propia pequeña alma personal—, sino de una revolución dentro de uno como ser humano relacionado totalmente con los demás seres humanos. Podremos separarnos conscientemente en pequeñas individualidades mezquinas, pero en el fondo, inconscientemente, somos la experiencia humana heredada de todos los tiempos. Y los meros cambios en el nivel económico o social, aunque puedan proveer un poco más de bienestar y conveniencia, no pueden producir una sociedad nueva. Estamos interesados no sólo en la transformación total de la naturaleza del ser humano, sino también en dar origen a una sociedad diferente, a una sociedad buena; y una sociedad buena no es posible si no hay seres humanos buenos. Los seres humanos buenos no florecen en la prisión. La bondad florece en la libertad, no en la tiranía, no en los sistemas unipartidarios, ya sean políticos o religiosos.

La sociedad considera que para ella la libertad es peligrosa, porque en libertad el individuo persigue su propio proyecto particular. Mediante su ingenio, su astucia, el individuo domina a otros que son menos emprendedores; por lo tanto, existe generalmente una sensación, una idea, un juicio de que la libertad es contraria a una buena sociedad. En consecuencia, las tiranías políticas tratan de controlar a la mente humana, tanto en lo reli-

gioso como en lo económico y social; penalizan a la mente, tratan de evitar que el hombre piense con libertad. En las sociedades así llamadas democráticas hay una libertad mayor, obviamente, de lo contrario no estaríamos sentados aquí discutiendo esta cuestión. En algunos países eso no sería permitido. Pero la libertad es también negada en las democracias, cuando toma la forma de una rebelión. Ahora bien, nosotros no estamos hablando de la rebelión en el sentido político, sino más bien de un florecimiento completo de la bondad humana, que es lo único que puede dar origen a una sociedad creativa.

Esta bondad del ser humano sólo puede florecer en libertad, en libertad total, y para comprender la cuestión de la libertad, uno tiene que investigarla, no sólo desde el punto de vista del orden social, sino también en términos de la relación del individuo con la sociedad. La sociedad sobrevive gracias al mantenimiento de cierta apariencia de orden. Si uno observa la sociedad en que vive, ya sea ésta de la derecha, de la izquierda o del centro, ve que la sociedad exige orden, una relación en la que el individuo no explote desenfrenadamente a otros. Pero el orden es negado a causa de la estructura misma, la estructura psicológica básica de la sociedad. Aunque pueda proclamar otra cosa, la sociedad que conocemos se basa en la competencia, en la codicia, en la envidia, en una búsqueda agresiva de la propia satisfacción, del propio logro; y en una sociedad semejante no puede haber en absoluto verdadera libertad y, por ende, tampoco puede haber orden. Tal como es, de derecha o de izquierda, la sociedad es desorden, porque no se interesa en una transformación fundamental de la mente humana. Esta transformación o revolución interna puede tener lugar solamente en libertad, y por libertad no entiendo una reacción, librarse de algo. La libertad respecto de algo es una reacción y eso no es libertad en absoluto.

Si la mente sólo se libera de cierta actitud, de ciertas ideas, de ciertas formas por las que se expresaba a sí misma, en ese liberarse de algo, que es una reacción, la mente es impulsada hacia otras formas ulteriores de afirmación y, en consecuencia, no hay libertad en absoluto. Uno tiene que ser muy claro, pues, en lo que quiere decir con esa palabra *libertad*. Sé que este pro-

blema de la libertad ha sido discutido en muchísimos libros; ha dado origen a filosofías, a ideas y conceptos de naturaleza religiosa, a innumerables expresiones políticas. Pero viviendo como vivimos en un mundo tan destructivo, tan lleno de dolor, desdicha, confusión, estando tan manejados por nuestros propios problemas, por nuestras propias frustraciones, desesperanzas, a menos que ustedes y yo —como seres humanos en relación total con los demás seres humanos— descubramos por nosotros mismos qué es la libertad, no puede haber florecimiento de la bondad. *Bondad* no es una mera palabra sentimental, tiene una significación extraordinaria, y no veo cómo, si no hay bondad, podemos actuar sin que haya reacción, la cual contiene desdicha, desesperación y temor.

Pienso, pues, que es esencial para la mente humana comprender totalmente esta cuestión de lo que es la bondad. La palabra *bondad* no es el hecho, la palabra no es la cosa. Y debemos estar extremadamente alertas para no quedar atrapados en esa palabra y su definición. Más bien tenemos que *ser* ese estado que es la bondad, a fin de comprenderlo. La bondad no puede florecer y fructificar, excepto en libertad. La libertad no es una reacción, no es estar libre *de* algo, ni es una resistencia o rebelión *contra* algo. Es un estado de la mente, y ese estado de la mente, que es la libertad, no puede ser comprendido si no hay espacio. La libertad exige espacio. 

En el mundo hay cada vez menos espacio; las ciudades se están superpoblando más y más. La explosión demográfica nos niega el espacio a cada uno de nosotros. Casi todos vivimos en un pequeño apartamento rodeado por otros innumerables apartamentos, y no hay espacio excepto tal vez para viajar por el interior del país lejos de las ciudades, del humo, del ruido y de la suciedad. En eso hay cierta libertad, pero no puede haber libertad interna si no hay espacio interno. También la palabra *espacio* es diferente del hecho, de modo que, si me lo permiten, les sugiero que no se apropien de esa palabra, no queden presos en ella tratando de analizarla o definirla. Pueden fácilmente buscar la palabra en un diccionario y averiguar lo que el diccionario dice acerca del espacio.

Ahora bien, podemos formularnos la pregunta: «¿Qué es el espacio?» y permanecer ahí sin tratar de definir tentativamente la palabra, sin investigarla, sino más bien viendo qué significa, no verbalmente, esa palabra? La libertad y el espacio van juntos. Para casi todos nosotros, el espacio es el vacío que hay alrededor de un objeto: alrededor de una silla, de un edificio, de una persona, o alrededor de los contornos de la mente.

Por favor, escuchen lo que se está diciendo sin concordar ni discrepar, porque estamos a punto de penetrar en algo más bien sutil y difícil de expresar en palabras, pero tenemos que investigarlo si es que hemos de comprender qué es la libertad.

La mayoría de nosotros conoce el espacio sólo a causa del objeto. Hay un objeto, y alrededor de él existe lo que llamamos espacio. Está esta carpa, y dentro y alrededor de ella hay espacio. Hay espacio alrededor del árbol, de la montaña. Conocemos el espacio sólo dentro de las cuatro paredes de un edificio, o el que existe fuera del edificio o alrededor de algún objeto. De igual modo, internamente conocemos el espacio sólo desde el centro que lo mira hacia fuera. Hay un centro, la imagen —reitero, la palabra *imagen* no es el hecho—, y alrededor de este centro hay espacio; conocemos, pues, el espacio sólo a causa del objeto que se encuentra dentro de ese espacio.

Ahora bien, ¿existe el espacio sin el objeto, sin el centro desde el cual uno, como ser humano, está mirando? El espacio, tal como lo conocemos, tiene que ver con el diseño, con la estructura; existe en la relación de una estructura con otra estructura, de un centro con otro centro. Entonces, si el espacio existe sólo a causa del objeto o a causa de la mente que tiene un centro desde el cual mira hacia fuera, entonces ese espacio es limitado; por lo tanto, en ese espacio no hay libertad. Estar libre en una prisión no es libertad. Estar libres de cierto problema dentro de los cuatro muros de nuestras relaciones —o sea, dentro del campo limitado de nuestra propia imagen, de nuestros pensamientos, de nuestras actividades, de nuestras ideas y conclusiones—, no es libertad.

Por favor, permítanme sugerirles que, a través de las palabras de quien les habla, observen el limitado espacio que cada

uno de ustedes ha creado alrededor de sí mismo como ser humano en relación con otro ser humano, como ser humano que vive en un mundo de destrucción y brutalidad, como ser humano en relación con una sociedad determinada. Observen su propio espacio, vean lo limitado que es. No me refiero al tamaño del apartamento en que viven, ya sea éste pequeño o grande, no es de eso que estoy hablando. Me refiero al espacio interior que cada uno de nosotros ha creado alrededor de su propia imagen, alrededor de un centro, de una conclusión. De modo que el único espacio que conocemos es el espacio que tiene como su centro un objeto.

No sé si me estoy expresando con claridad. Trato de decir que mientras exista un centro alrededor del cual hay espacio, o un centro que crea espacio, no hay libertad en absoluto. Y cuando no hay libertad, no hay bondad ni florecimiento de la bondad. La bondad sólo puede florecer cuando hay espacio, un espacio en el cual la imagen, el centro, no existe.

Lo expondré de otro modo. ¿Saben?, está en la naturaleza misma de una mente buena, sana, vigorosa, exigir libertad, no sólo para sí misma, sino para los demás. Pero esa palabra *libertad* ha sido interpretada de diversas maneras, religiosas, económicas y sociales. En la India se la ha interpretado de un modo, y aquí en Suiza de otro. Investiguemos, entonces, la cuestión de lo que es la libertad para un ser humano. Aislarnos en un monasterio, convertirnos en un monje vagabundo, o vivir en una fantástica torre de marfil, no es, por cierto, libertad, no lo es en absoluto. Ni es libertad identificarnos con un particular grupo religioso o ideológico. Investiguemos, pues, qué es la libertad y cómo puede haber libertad en todas las relaciones.

Y bien, para comprender la libertad en la relación, uno tiene que investigar esta cuestión de lo que es el espacio, porque las mentes de la mayoría de nosotros son pequeñas, triviales, limitadas. Estamos densamente condicionados; condicionados por la religión, por la sociedad en que vivimos, por nuestra educación, por la tecnología; estamos limitados, obligados a amoldarnos a cierto patrón, y uno ve que dentro de esa área restringida no hay libertad. Pero uno exige libertad, libertad completa,

no sólo parcial. No es libertad vivir en la celda de una prisión las veinticuatro horas del día y salir en ocasiones de la celda para pasear por ahí dentro de la prisión. Como ser humano que vive en la presente sociedad con toda su confusión, su desdicha, su conflicto, su tortura, uno exige libertad, y esta exigencia de libertad es una cosa sana y normal. ¿Qué significa, pues, ser libre, si uno vive en la sociedad relacionado con su familia, con su propiedad, con sus ideas? ¿Puede la mente ser libre si carece de un espacio ilimitado dentro de sí misma, espacio no creado por una idea de espacio, no creado por una imagen que tiene cierto espacio limitado alrededor de ella misma como centro? Ciertamente, como ser humano uno tiene que descubrir la relación que existe entre libertad y espacio. ¿Qué es el espacio? ¿Existe un espacio sin el centro, sin el objeto que lo crea?

¿Están siguiendo todo esto? Es muy importante descubrir por nosotros mismos qué es el espacio. De lo contrario, no puede haber libertad y siempre estaremos torturados, siempre en conflicto unos con otros, y sólo nos rebelaremos contra la sociedad, lo cual no tiene en absoluto significado alguno. Renunciar meramente a fumar, convertirse en un «beatnik» o Dios sabe en qué otra cosa, no tiene sentido, porque son todas formas de rebelarse dentro de la prisión.

Estamos, pues, tratando de descubrir si existe tal cosa como la libertad que no es una rebelión, que no es una creación ideacional de la mente, sino un hecho. Y para descubrirlo, tenemos que investigar profundamente la cuestión del espacio. Un mezquino pequeño burgués, una mente mediocre —o una mente aristocrática, que también es mezquina—, puede pensar que es libre, pero no lo es, porque está viviendo dentro de los límites de su propio espacio, el espacio confinado por la imagen mediante la cual funciona. ¿Está claro eso? Por lo tanto, ustedes no pueden tener orden sin libertad, y no pueden tener libertad sin espacio. El espacio, la libertad y el orden van juntos, no están separados. Una sociedad de extrema izquierda espera crear un orden mediante la dictadura, mediante la tiranía de un partido político, pero no puede crear orden económicamente, socialmente, ni de ningún otro modo, porque el orden requiere que

el hombre sea libre internamente, no como un individuo que salva su mezquina y sórdida alma insignificante, sino como ser humano que ha vivido por dos millones de años o más, con toda la vasta experiencia de la humanidad.

El orden es virtud, y la virtud o bondad no puede florecer en ninguna sociedad que está siempre en contradicción consigo misma. Las influencias externas —el ajuste económico, la reforma social, el progreso tecnológico, el ir a Marte y todo eso— no pueden producir orden. Lo que produce orden es investigar la libertad, no intelectualmente, sino haciendo el trabajo efectivo de acabar con nuestro condicionamiento, con los prejuicios que nos limitan, con nuestras ideas estrechas, acabando así con toda la estructura psicológica de la sociedad que integramos. A menos que acabemos con todo eso, no hay libertad y, por lo tanto, no hay orden. Es como una mente pequeña tratando de comprender la inmensidad del mundo, de la vida, de la belleza. No puede. Puede imaginar, puede escribir poemas al respecto, puede pintar cuadros, pero la realidad es diferente de la palabra, diferente de la imagen, del símbolo, de la representación. El orden puede surgir solamente mediante la clara percepción del desorden. Ustedes no pueden crear orden; por favor, vean este hecho. Sólo pueden darse cuenta del desorden, tanto externo como interno. Una mente desordenada no puede crear orden porque no sabe qué significa eso. Sólo puede reaccionar a lo que piensa que es desorden, creando un patrón al que llama «orden» y amoldándose después a ese patrón. Pero si la mente tiene conciencia del desorden en que vive —o sea, si se da cuenta de lo negativo sin proyectar lo así llamado positivo—, entonces el orden se vuelve algo extraordinariamente creativo, vital, en movimiento. No es un patrón fijo que uno ha de seguir día tras día. Seguir un patrón que hemos establecido, practicarlo día tras día, es desorden, el desorden del esfuerzo, del conflicto, de la codicia, de la envidia, de la ambición, el desorden de todos los pequeños y mezquinos seres humanos que han creado la presente sociedad y han sido condicionados por ella.

Ahora bien, ¿puede uno tener clara conciencia del desorden, ser consciente de él sin preferencias, sin decir: «Esto es desor-

den y aquello es orden»? ¿Puede uno sin escoger, sin elegir, darse cuenta claramente del desorden? Esto exige extraordinaria inteligencia y sensibilidad, y en esa percepción lúcida y sin opciones también hay una disciplina que no es mero ajuste.

¿Estoy haciendo las cosas demasiado difíciles? ¿Pongo demasiadas ideas en un solo cesto, por decirlo así, presentándolas todas al mismo tiempo?

Veán, para la mayoría de nosotros, la disciplina —nos guste o no, la practiquemos o no, seamos o no conscientes de ella— es una forma de ajuste. Todos los soldados en el mundo, esos pobres, desdichados seres humanos, ya sean de la izquierda o de la derecha, son obligados a ajustarse a un patrón, porque se supone que deben hacer ciertas cosas. Y aunque los demás no somos soldados adiestrados para protegernos y destruir a otros, la disciplina nos es impuesta, no obstante, por el medio, por la sociedad, por la familia, por la oficina, por la rutina de nuestra existencia cotidiana, o porque nos disciplinamos a nosotros mismos.

Cuando examinamos toda la estructura y el significado de la disciplina, ya sea impuesta desde afuera o por uno mismo, vemos que es una forma de amoldamiento o ajuste externo o interno a un patrón, a un recuerdo, a una experiencia. Y nos rebelamos contra esa disciplina. Toda mente humana se rebela contra la estúpida clase de ajuste establecida, ya sea por los dictadores, por los sacerdotes, por los santos, por los dioses o por quienes fuere. Sin embargo, uno ve que tiene que haber alguna clase de disciplina en la vida, una disciplina que no sea mero amoldamiento, porque el amoldamiento a un patrón destruye la libertad, jamás la genera. Miren las religiones organizadas de todo el mundo, los partidos políticos. Es obvio que el amoldarse destruye la libertad, no tenemos que insistir en el asunto. O lo ven o no lo ven; es cosa de ustedes.

La disciplina del amoldamiento —la cual es creada por el temor a la sociedad y es parte de la estructura psicológica de la sociedad— es inmoral y desordenada, y estamos atrapados en ella. ¿Puede, entonces, la mente descubrir si existe cierto movimiento de disciplina que no sea un proceso de controlar, formar, amoldar? Para descubrirlo, uno tiene que darse cuenta

de este desorden extraordinario, de esta confusión y desdicha enormes en que vivimos, darse cuenta de ello no fragmentariamente sino totalmente y, por lo tanto, sin opciones; eso es, en sí mismo, disciplina.

Si estoy plenamente consciente de lo que hago, si me doy cuenta sin opción alguna del movimiento de mi mano, por ejemplo, ese mismo darse cuenta es una forma de disciplina en la cual no hay amoldamiento alguno. ¿Está claro? Ustedes no pueden comprender esto de manera puramente verbal, tienen que realizarlo de hecho dentro de sí mismos. El orden puede acaecer solamente merced a este sentido de percepción alerta en la cual no hay opción alguna y que, por lo tanto, es una percepción total, una sensibilidad completa a todos los movimientos del pensar. Esta percepción total es disciplina sin amoldamiento; por consiguiente, de esta percepción total del desorden surge el orden. La mente no ha producido el orden.

Para que haya orden, que es el florecimiento de la bondad y de la belleza, tiene que haber libertad, y no hay libertad si carecemos de espacio.

Miren, les formularé una pregunta, pero no me la contesten, por favor. ¿Qué es el espacio? Formúlense esta pregunta a sí mismos, no con ligereza, sino seriamente, tal como yo lo hago. ¿Qué es el espacio? La mente de ustedes sólo conoce por ahora el espacio dentro de las limitaciones de una habitación, o el espacio que un objeto crea alrededor de sí mismo. Ése es el único espacio que conocen. ¿Hay espacio sin el objeto? Si no hay espacio sin el objeto, entonces no hay libertad; por lo tanto, no hay orden, ni belleza, ni florecimiento de la bondad. Sólo existe una lucha perpetua. La mente ha de descubrir, pues, trabajando duramente y no sólo escuchando algunas palabras, que en efecto existe el espacio sin un centro. Una vez que se ha dado con ese espacio, hay libertad, hay orden, y la verdad y la belleza florecen en la mente humana.

La disciplina, el orden, la libertad y el espacio no pueden existir sin la comprensión del tiempo. Es muy interesante investigar la naturaleza del tiempo: el tiempo del reloj, el tiempo como ayer, hoy y mañana, el tiempo en el que ustedes trabajan

y el tiempo en el que duermen. Pero también hay un tiempo que no es el del reloj y que es mucho mas difícil de comprender. Acudimos al tiempo como un medio de producir orden. Decimos: «Dennos unos cuantos años más y seremos buenos, crearemos una nueva generación, un mundo maravilloso.» O hablamos acerca de crear un tipo diferente de ser humano, uno que será totalmente esto o totalmente aquello. Acudimos, pues, al tiempo como un medio de producir orden, pero, si uno observa, ve que el tiempo sólo engendra desorden.

Saanen, 27 de julio de 1965

LO QUE VAMOS a hacer ahora no es una cuestión de compartir, sino que tanto ustedes como yo vamos a investigar; nos moveremos juntos dentro de algo que no conocemos. Por favor, no esperen que yo les diga alguna cosa o que comparta con ustedes algo que no tienen; no esperen de mí libertad o iluminación. Nadie puede darles libertad ni puede compartirla con ustedes. Pero casi todos estamos acostumbrados a esta actitud de alguien que da y otro que recibe; eso crea en la vida una división que da origen a la autoridad con todos sus males. En la verdad no existen el seguidor y el que conduce, no existen el maestro y el discípulo, y eso es algo maravilloso si lo comprendemos por nosotros mismos. En ello hay una gran belleza, hay libertad y está la terminación del dolor, porque uno tiene que trabajar, investigar, abrirse paso por todo lo que es falso y destruirlo; en consecuencia, tiene que descubrir por sí mismo. Ahora vamos a investigar dos cosas que para la mayoría de nosotros son de extrema importancia en la vida: el amor y lo que llamamos muerte. Obviamente, para investigar, para explorar y descubrir, tiene que haber libertad, no libertad al final, sino libertad desde el principio mismo. Sin libertad no podemos mirar, no podemos inquirir, movernos dentro de lo desconocido. Para una mente que quiera investigar, ya sea en el complicado campo de la ciencia o en el complejo y sutil campo de la conciencia humana, tiene que haber libertad. Ustedes no pueden llegar a ella con sus conocimientos, sus prejuicios, sus

ansiedades y miedos, porque estos factores habrán de moldearles la percepción, los empujarán en diferentes direcciones y, por lo tanto, pondrán fin a toda verdadera investigación. De igual modo, cuando tratamos de ver qué significa esta cosa extraordinaria que llamamos amor, no podemos llegar a ella con nuestros prejuicios personales, con nuestras conclusiones, con nuestras nociones preconcebidas de que el amor tiene que ser de este modo de aquel modo; no podemos decir que el amor debe expresarse en la familia, entre marido y mujer, o que hay amor profano y amor espiritual, porque todo esto nos impide penetrar en la cuestión profundamente, libremente, con cierto intenso sentido de búsqueda.

Para investigar, pues, necesitamos libertad; por lo tanto, desde el principio mismo tenemos que darnos cuenta de lo condicionados y llenos de prejuicios que estamos; tenemos que advertir el hecho de que miramos la vida a través de nuestro deseo de placer y que así nos impedimos a nosotros mismos ver lo que realmente *es*. Cuando estemos libres de todo eso, entonces quizá podamos investigar esta cosa extraordinaria llamada amor.

Vivimos en este mundo en un estado de relación: relación entre hombre y mujer, entre amigos, entre nosotros mismos y nuestras ideas, nuestra propiedad y demás. La vida requiere relación, y la relación no puede existir cuando la mente se está aislando en todas sus actividades. Por favor, observen este proceso en sí mismos. Cuando hay una actividad egocéntrica, no hay relación. Ya sea que estemos durmiendo en la misma cama con otra persona, o viajando en un autobús atestado, o contemplando una montaña, en tanto nuestra mente esté presa en la actividad centrada en nosotros mismos, es obvio que ello sólo puede conducir al aislamiento; por lo tanto, no hay relación.

Ahora bien, es desde este alboroto de la actividad egocéntrica que la mayoría de nosotros empieza a investigar qué es el amor, y nuevamente esto impide la verdadera investigación, porque toda actividad egocéntrica se basa en la persecución del placer y en la evitación del dolor. Mientras estemos investigando desde un centro que existe para su propio placer, nuestra

investigación será inútil y vana. Para investigar realmente, tenemos que estar libres de esta actividad egocéntrica, y eso es extremadamente difícil. Requiere gran inteligencia, gran comprensión, gran discernimiento; por lo tanto, uno ha de tener una buena mente, una mente que no sea sentimental ni emocional, que no se vea arrebatada por el entusiasmo sino una mente muy clara, alerta, sensible a todo cuanto la rodea. Sólo una mente así puede comenzar a investigar lo que llamamos amor.

Roma, 10 de abril de 1966

SI UNO QUIERE descubrir qué es la realidad, tiene que estar completamente libre del condicionamiento en que vive el hombre, condicionamiento constituido por la propaganda. Todos los días desde la infancia, nos dicen qué es Dios y qué no es Dios, cómo encontrarlo por medio del Salvador, del sacerdote, de los rituales. A menos que podamos realmente, seriamente, darnos cuenta de nuestro condicionamiento y desecharlo, no a la larga, sino inmediatamente, no hay salida. Hasta donde uno lo ha entendido, siempre ha existido esta idea de que Dios está fuera y dentro de nosotros. Personalmente, no me gusta usar la palabra *Dios*, porque está muy densamente cargada. Uno tiene que descubrir si existe tal cosa, tal Verdad, si existe una Realidad, algo inimaginable, impensable, incondicionado.

* * *

Interlocutor: Hay espacio fuera y hay espacio dentro de la casa.

Krishnamurti: Sí, tomé eso como un ejemplo. La casa existe en el espacio, crea espacio. A causa de la casa uno conoce el espacio. Usted no puede pensar en el espacio si no hay un pensador, y tiene que descubrir si el espacio existe sin el objeto.

Consideremos otra vez el amor. La palabra se halla densamente cargada, pero nosotros no la estamos usando sentimen-

Las religiones hablan de amor y libertad, pero insisten en condicionar a la mente. Por lo tanto, si ustedes dicen que el hombre es incapaz de liberarse de su condicionamiento, entonces no tienen problema: aceptan la prisión y viven en la prisión, con las guerras, la confusión, los conflictos, las desdichas, la zozobra y la angustiosa soledad de la existencia con su odio, su violencia y su brutalidad; y eso es lo que efectivamente hacen. Pero si dicen: «Debe ser posible librar a la mente de su condicionamiento», entonces podemos investigarlo, estamos juntos; no hay una autoridad que los conduzca a ello, ni quien les habla los toma de la mano llevándolos paso a paso, porque cuando hay libertad, no hay autoridad alguna. La libertad se halla tanto al principio como al final, y si aceptan una autoridad al principio, serán siempre esclavos al final. En consecuencia, tenemos que investigar juntos en libertad; por favor, comprendan esto. Quien les habla no les está diciendo lo que deben hacer, no se coloca en la posición de una autoridad. Ustedes han tenido autoridades, todas las que pueden aguantar, con todos sus absurdos y sus inmadureces; pero si están investigando (y no hay autoridad cuando investigan), entonces podemos emprender el viaje juntos, sin que sean conducidos. Un verdadero científico no se compromete con ningún gobierno; no tiene nacionalidad, no trabaja con un propósito egoísta. Como científico puro, investiga objetivamente hasta el final sin proyectar su personalidad, su nacionalidad, sus ambiciones.

Investiguen, pues, esta cuestión de la libertad, pero no intelectualmente, sino de hecho, ¡con la sangre, con la mente, con el corazón! Es sólo en libertad que podemos vivir, y sólo cuando hay libertad hay paz. Entonces, en esa libertad, la mente tiene una paz inmensa para moverse; pero una mente que no es libre, que está amarrada a una creencia, a una ambición, a alguna familia o a algún pequeño dios mezquino de su propia invención, una mente así jamás puede comprender la extraordinaria belleza o el amor que surgen de esta libertad. Y esta libertad sólo puede darse naturalmente, fácilmente, cuando empezamos a comprender el condicionamiento; y uno no puede percatarse de este condicionamiento cuando está apretadamente sujeto por

las cuatro paredes de su religión particular o por sus ambiciones. Para investigar este condicionamiento, primero tenemos que darnos cuenta de él. Darnos cuenta; esto significa observar, mirar, mirar los propios pensamientos, las propias creencias, los propios sentimientos. Pero cuando nosotros miramos lo que hacemos es condenar o justificar, o decimos «eso es natural». No miramos sin optar, sin escoger; no nos damos cuenta de nuestro condicionamiento. Lo miramos escogiendo, con agrados y desagradados respecto de lo que es placentero o no placentero. Pero no nos percatados realmente, sin preferencia alguna, de nuestro condicionamiento, viéndolo tal como es.

¿Han observado alguna vez un árbol o una nube, o a un pájaro posado sobre el césped o en una rama? ¿Han observado lo que realmente ocurre, lo que realmente sienten cuando ven un árbol o a un pájaro o una nube? Por favor, descubran. Ustedes ven a un pájaro y lo nombran, o dicen: «Ese pájaro no me gusta», o «¡qué pájaro tan hermoso!». Cuando ven, pues, al pájaro, no están viendo en absoluto al pájaro; las palabras, los pensamientos de agrado o desagrado, les impiden mirar. Pero existe una percepción clara y sin opción alguna para poder mirar algo sin la interferencia de lo que uno ya conoce, después de todo, estar en comunión con otro sólo es posible cuando escuchamos sin aceptar ni negar nada, sólo escuchando. Del mismo modo, mírense a sí mismos como en un espejo, vean lo que realmente son, no lo que deberían ser o quisieran ser. No nos atrevemos a mirar; si alguna vez miramos, decimos: «¡Qué feo soy!» o «¡qué iracundo soy!», esto o aquello. Mirar, ver y escuchar sólo es posible cuando estamos libres de pensamientos, emociones, juicios y condenas.

Probablemente jamás hemos mirado a nuestra esposa o a nuestro marido sin la imagen que tenemos de ellos. Por favor, observen esto en sus propias vidas. Uno tiene una imagen de ella, o ella tiene una imagen de uno, y la relación es entre estas dos imágenes, y estas imágenes se han formado a través de muchos años de placer y de riñas, amarguras, ira, críticas, enojos, irritación y frustración. Y así es como miramos las cosas, a través de las imágenes que nos hemos formado de ellas. Uste-

des escuchan al que les habla, pero tienen una imagen de él; por lo tanto, prestan atención a la imagen y no están en contacto directo con él ni con cualquier otra cosa en la vida. ¿Saben qué ocurre cuando uno está en contacto directo con algo? Desaparece el espacio; el espacio que separa a dos personas desaparece y, por lo tanto, hay una paz inmensa. Y esto sólo es posible cuando hay libertad, libertad con respecto a la formación de imágenes, a los mitos, a las ideologías, de manera tal que estamos en contacto directo. Entonces, cuando uno está directamente en contacto con lo real, hay una transformación.

Ustedes saben lo que está sucediendo en el mundo. La gente experimenta, toma drogas; y cuando uno toma ciertas drogas, desaparece el espacio entre el observador y lo observado. ¿Han contemplado alguna vez un ramo de flores sobre una mesa? Si lo han mirado atentamente, habrán visto que hay un espacio entre ustedes y la cosa observada. El espacio es tiempo, y la droga elimina químicamente ese espacio y tiempo; por lo tanto, uno se vuelve extraordinariamente sensible y, al ser muy sensible, percibe mucho más, porque entonces está en contacto directo con la flor. Pero un contacto así es transitorio y uno tiene que seguir tomando droga tras droga. Cuando nos observamos a nosotros mismos, vemos cuán limitados estamos por nuestros condicionamientos, creyendo en tantas cosas; como un salvaje, tenemos demasiadas supersticiones para estar directamente en contacto con algo. Pero si están directamente en contacto, verán que entonces no hay observador en absoluto. Es el observador el que crea la división.

Cuando uno está furioso, la furia es aparentemente algo distinto de la entidad que dice: «Estoy furioso.» La furia es, entonces, diferente del observador. ¿Pero es así? ¿Acaso el observador no es, él mismo, la furia? Y cuando esta división llega totalmente a su fin, el observador es, entonces, lo observado; en consecuencia, ya no es posible la furia. La furia y la violencia existen solamente cuando tiene lugar esta división entre el observador y lo observado. Es una cuestión muy compleja que requiere muchísima investigación, penetración, discernimiento. Sólo cuando estamos libres de todo conflicto, hay paz, y desde

esa paz adviene el amor. Pero uno no puede conocer esa cualidad del amor a menos que la mente se percate de sí misma y, habiéndose desembarazado de su condicionamiento, sea, por lo tanto, una mente libre.

Nueva Delhi,
23 de noviembre de 1967

DIJIMOS el otro día que, fundamentalmente, hay sólo dos problemas para el hombre, para el ser humano: la libertad y el amor. La libertad implica orden. Pero el orden, el orden social, es hoy caótico, contradictorio; es desorden. Como pueden observarlo en la sociedad en que viven, lo que ustedes llaman orden es esencialmente desorden, porque hay violencia. Cada ser humano rivaliza con otro, hay brutalidad, competencia para destruirse mutuamente, etcétera, todo lo cual es, en esencia, desorden. La guerra, el odio, la ambición, son desorden, y nosotros aceptamos este desorden considerándolo orden, ¿no es así? Aceptamos esta moralidad, la moralidad social, como si fuera una expresión del orden, pero cuando uno la observa muy atentamente ve que es desorden. Creo que esto está bastante claro, a menos que uno esté totalmente cegado por la tradición, por su propia conveniencia y demás.

* * *

¿PUEDE UNO darse cuenta de eso y de si esa percepción traerá consigo una revolución radical *ahora*? La libertad no es estar libre de algo; por favor, comprendan esto, estamos examinando cuidadosamente cosas bastante difíciles y la explicación nunca es la cosa real. Desafortunadamente, pensamos que explicando algo lo comprendemos, pero no es así. La explicación es una cosa y el hecho real es otra. La palabra *árbol* no es

el árbol, pero confundimos la palabra con el árbol. Así, lo que llamamos libertad es libertad con respecto a algo: con respecto a la ira, a la violencia, con respecto a esta completa desesperación. Y cuando estamos libres de algo, ¿somos realmente libres? Tengan la bondad de examinarlo en sí mismos, obsérvenlo. ¿O la libertad es una cosa por completo diferente y no consiste en estar libres *de* algo? Estar libre de algo es una reacción, y la reacción puede continuar repitiéndose indefinidamente. Pero la libertad de la que estamos hablando es por completo distinta, es el sentir que uno está totalmente libre —no libre de algo—. Y esta cualidad de percibir lo que implica estar «libre de algo», la percepción alerta de toda esa estructura, dará origen naturalmente a una libertad que no es una reacción.

* * *

LA PERCEPCIÓN ALERTA ES, entonces, esta cualidad de la mente que observa sin justificación ni condena, sin aprobación ni desaprobación, sin agrado ni desagrado; es la cualidad de una mente que tan sólo observa. Y esto se vuelve bastante difícil cuando estamos agitados emocionalmente, cuando nuestra seguridad, nuestra familia, nuestras opiniones y creencias, nuestros juicios se ven sacudidos —y se verán sacudidos—. No hay absolutamente nada que sea seguro; todo cambia y, a causa de que rehusamos aceptar este cambio, tiene lugar la batalla que se desarrolla dentro de nosotros. Cuando uno se observa, pues, muy quietamente a sí mismo y observa de igual modo el mundo que lo rodea, de esta observación surge entonces la libertad —no la libertad respecto de algo—. ¿Está suficientemente claro?

No sé si captan este punto. Veamos: «Le tengo miedo a la muerte»; es algo que va a ocurrir mañana, o pasado mañana, en el tiempo. Hay una distancia desde lo que es a lo que será. El pensamiento ha experimentado este estado observando a la muerte; dice: Voy a morir. El pensamiento crea el miedo a la muerte; si no lo hace, ¿hay miedo en absoluto? El miedo, ¿es entonces el resultado del pensamiento? A causa de que el pensamiento es viejo, el miedo es siempre viejo. Por favor, sigan

esto cuidadosamente. El pensamiento es viejo, no existe el pensamiento nuevo. Si reconocemos un nuevo pensamiento, éste ya es lo viejo. Lo que tememos, pues, es la repetición de lo viejo: el pensamiento proyectando, dentro del futuro, lo que ha sido. El pensamiento es, entonces, el responsable del miedo. Esto es así, ustedes pueden verlo por sí mismos: cuando afrontan algo inmediatamente, no hay miedo. Sólo cuando interviene el pensamiento surge el miedo. Nuestra pregunta es, entonces, ésta: ¿Es posible para la mente vivir de manera tan completa, tan total en el presente, que no haya ni pasado ni futuro? Es sólo la mente así la que no teme. Pero para comprender esto tienen ustedes que comprender la estructura del pensamiento, de la memoria, del tiempo. Sin comprender esto (no intelectualmente, no verbalmente, sino de hecho, con la mente, con el corazón), no hay libertad. Pero cuando hay libertad total, entonces la mente puede usar el pensamiento sin crear temor.

Es, por consiguiente, absolutamente necesario que estemos libres de temor. La libertad es absolutamente necesaria, porque si no hay libertad no hay paz, no hay orden; por lo tanto, no hay amor. Cuando hay amor, ustedes pueden hacer lo que quieran; entonces no hay culpa, no hay conflicto. Pero a fin de comprender la libertad y el amor tenemos que comprender no verbalmente el estado de libertad que adviene cuando el desorden es comprendido, este desorden es comprendido cuando comprenden la estructura y naturaleza del pensamiento, no conforme a quien les habla o conforme a algún psicólogo; cuando comprenden conforme a lo que ellos dicen, no se comprenden a sí mismos, comprenden de acuerdo con alguna autoridad. Para comprendernos a nosotros mismos, tenemos que desechar completamente toda autoridad. Por favor, no asientan, ese asentimiento es meramente verbal, no tiene sentido; vean, en cambio, por qué es importante desechar cualquier autoridad, puesto que todas las autoridades, sus Escrituras, sus libros, sus líderes religiosos, los han conducido a este terrible estado de completa desesperación, soledad, desdicha, confusión. Ustedes los han seguido, al menos pretendieron seguirlos, y ahora tienen que emprender el viaje por sí mismos, no hay autoridad que vaya

a guiarlos, a conducirlos hacia una bienaventuranza que no se encuentra en ningún libro, en ningún templo. Tienen que hacer el viaje enteramente solos. No pueden confiar en nadie, ¿por qué deberían confiar en alguien? ¿Por qué deberían confiar en cualquier clase de autoridad? Ustedes dicen: «Estoy confundido», «no sé y usted sabe, por favor, dígamelo». ¿Qué significa eso? Están escapando de su propia confusión, y para comprender esa confusión no pueden acudir a alguien que les ayude a salir de ella. Esa confusión ha surgido a causa de esta autoridad externa. Véanlo, ¡es tan claro!

De la libertad y el orden

De Krishnamurti y la Educación, *capítulo 4*

LA LIBERTAD NO EXISTE sin el orden. Ambas cosas marchan juntas. Si ustedes no pueden tener orden, no pueden tener libertad. Son inseparables. Si dicen: «Haré lo que me plazca. Regresaré a comer cuando se me antoje, llegaré a la clase cuando yo quiera», crean desorden. Tienen que tomar en consideración lo que quieren las otras personas. Para que las cosas funcionen con fluidez, ustedes deben llegar puntualmente. Si yo hubiera venido diez minutos tarde esta mañana, los hubiera mantenido esperándome. Así es que debo tener consideración. Tengo que pensar en los otros, tengo que ser cortés, considerado, tengo que interesarme en los demás. Desde esa consideración, desde esa solicitud y ese cuidado, tanto internos como externos, surge el orden, y con ese orden adviene la libertad.

Ustedes saben, en todo el mundo a los soldados se los adiestra diariamente, se les dice lo que deben hacer, se les enseña a marchar en formación. Obedecen las órdenes tácitamente, sin pensar. ¿Saben cómo actúa eso sobre el hombre? Cuando a ustedes se les dice lo que deben hacer, lo que deben pensar, cuando les ordenan obedecer, seguir, ¿saben cómo actúa eso sobre ustedes? Sus mentes se embotan, pierden su iniciativa, su rapidez. Esta imposición externa, ajena de la disciplina, vuelve estúpida a la mente, hace que ustedes se amolden, que imiten. Pero si se disciplinan a sí mismos mediante la observación, escuchando, siendo considerados, muy reflexivos, entonces, gracias a ese

cuidado, a ese escuchar, a esa consideración por los demás, surge el orden. Donde hay orden, siempre hay libertad. Si ustedes gritan, si charlan, no pueden escuchar lo que otros tienen que decir. Sólo pueden oír algo con claridad cuando permanecen quietos y le conceden toda su atención.

Tampoco pueden tener orden si carecen de libertad para observar, para escuchar, para ser considerados. Este problema de la libertad y el orden es uno de los problemas más difíciles y urgentes que tenemos en la vida. Es un problema muy complejo. Requiere que se reflexione sobre él mucho más que las matemáticas, la geografía o la historia. Si ustedes no son realmente libres, nunca pueden florecer en la bondad no puede haber belleza. Si el pájaro no es libre, no puede volar. Si la semilla carece de libertad para florecer, para emerger de la tierra, no puede vivir. Todo debe tener libertad, incluso el hombre. Los seres humanos temen a la libertad. No quieren libertad. Los pájaros, los ríos, los árboles, todo exige libertad, y el hombre debe exigírsela también, no a medias, sino totalmente. La libertad, la independencia para expresar lo que uno piensa, para hacer lo que uno quiere hacer, es una de las cosas más importantes en la vida. Estar realmente libre de la ira, de los celos, de la brutalidad, de la crueldad —estar realmente libre en lo interno— es algo sumamente difícil y peligroso.

Ustedes no pueden tener libertad con sólo pedirla. No pueden decir: «Quiero ser libre para hacer lo que me plazca». Porque hay otras personas que también quieren ser libres, que también quieren expresar lo que sienten, que también quieren hacer lo que desean. Todos quieren ser libres; no obstante, quieren expresarse a sí mismos, expresar su ira, su brutalidad, su ambición, su espíritu competitivo y demás. Por lo tanto, siempre hay conflicto. Yo deseo hacer algo y el otro también desea hacer algo, y entonces peleamos. La libertad no es hacer lo que se nos antoja, porque un hombre no puede vivir aislado de los demás. Ni siquiera el monje, ni siquiera el sanyasi es libre para hacer lo que desee, porque debe luchar por lo que desea, debe disputar consigo mismo, argüir internamente. Ser libre requiere enorme inteligencia, sensibilidad, comprensión. Sin embargo, es abso-

lutamente necesario que todo ser humano, independientemente de su cultura, sea libre. Ya ven, pues, que la libertad no puede existir sin el orden.

Estudiante: ¿Usted quiere decir que para que seamos libres no debería haber disciplina?

Krishnamurti: Expliqué cuidadosamente que ustedes no pueden tener libertad sin orden, y el orden es disciplina. No me gusta usar esa palabra *disciplina* porque está cargada con toda clase de significados. La disciplina quiere decir sometimiento, imitación, obediencia; significa hacer lo que a uno le ordenan, ¿no es así? Pero si tú quieres ser libre —y los seres humanos deben ser completamente libres, de lo contrario no pueden florecer, no pueden ser verdaderos seres humanos—, tienes que descubrir por ti mismo qué implica ser ordenado, ser puntual, amable, generoso, y no sentir temor. El descubrimiento de todo eso es disciplina. Esto es lo que produce orden. Para descubrir, tienes que examinar, y para examinar debes tener libertad. Si eres considerado, observador, si escuchas, entonces, debido a que eres libre, serás puntual, llegarás regularmente a clase, estudiarás, estarás tan despierto que querrás hacer las cosas del modo correcto.

E.: Usted dice que la libertad es muy peligrosa para el hombre. ¿Por qué?

K.: ¿Por qué es peligrosa la libertad? ¿Sabes lo que es la sociedad?

E.: Es un grupo grande de personas que le dicen a uno lo que debe hacer y lo que no debe hacer.

K.: Es un grupo grande de personas que te dicen lo que debes hacer y lo que no debes hacer. También es la cultura, son las costumbres, los hábitos de una comunidad determinada; la estructura social, moral, ética, religiosa en la que vive el hom-

bre, es llamada generalmente sociedad. Ahora bien, si cada individuo de esa sociedad actuara según su gusto, sería un peligro para esa sociedad. Si tú actuaras aquí en la escuela conforme a tu gusto, ¿qué ocurriría? Serías un peligro para el resto de la escuela, ¿no es así? De modo que, en general, la gente no desea que los otros sean libres. Un hombre verdaderamente libre, no en sus ideas sino libre internamente de codicia, ambición, envidia, crueldad, es considerado un peligro para los demás, porque es por completo diferente del hombre común. Entonces la sociedad o lo venera, o lo mata, o se muestra indiferente con él.

E.: Usted dijo que debemos tener libertad y orden, ¿pero cómo hemos de lograrlo?

K.: En primer lugar, no podemos depender de otros; no podemos esperar que alguien nos dé libertad y orden, ya sea ese alguien nuestro padre, nuestra madre, nuestro esposo, nuestro maestro. Tenemos que generar el orden en nosotros mismos. Es lo primero que hay que comprender, que no podemos pedirle nada a otro, excepto comida, ropa y albergue. Ustedes no pueden pedir el orden ni esperarlo de nadie, ni de sus gurus ni de sus dioses. Nadie puede darles libertad y orden. Por lo tanto, primero tienen que descubrir cómo generar el orden en sí mismos. Es decir que tienen que observar y descubrir qué significa crear virtud en uno mismo. ¿Saben qué es la virtud, qué es ser moral, ser bueno? La virtud es orden. Por lo tanto, tienen que descubrir en sí mismos cómo ser buenos, afectuosos, considerados. Gracias a esa consideración, a ese observar, ustedes crean orden y, en consecuencia, libertad. Ahora dependen de otros que les dicen lo que deben o no deben hacer, que no deben mirar hacia fuera por la ventana, que deben ser puntuales, amables. Pero si ustedes dijeran: «Miraré por esa ventana cuando tenga deseos de hacerlo, pero cuando estudie voy a mirar el libro», entonces crearían orden en sí mismos sin que otros tuvieran que decirles nada.

E.: ¿Qué gana uno con ser libre?

K.: Nada. Cuando hablas acerca de lo que uno gana, en realidad estás pensando en términos mercantiles, ¿no es así? Haré esto y, en retribución, por favor, denme algo. Soy afectuoso contigo porque de ello obtengo un provecho. Pero eso no es afecto. Por lo tanto, mientras estemos pensando en términos de ganar algo, no hay libertad. Cuando digo: «Si logro libertad, podré hacer esto y aquello», entonces eso no es libertad. De modo que no pienses desde un punto de vista utilitario. En tanto estemos pensando en términos de provecho, no hay cuestión de libertad en absoluto. La libertad sólo puede existir cuando hay un motivo detrás. Tú no amas a alguien porque te provea de comida, ropa y albergue. Eso no es amor.

La libertad y el campo del conocimiento

*De Tradición y Revolución, Diálogo 19.
Madrás, 16 de enero de 1971*

LO HE CAPTADO: Veo que esta *preocupación* acerca de la libertad —libertad que no es una fórmula ni una conclusión—, no es libertad. ¿Correcto? Luego la mente pregunta: «Si esto no es libertad, ¿qué es, entonces, la libertad? A eso responde: «No lo sé.»

Ella ve que en ese no saber hay una expectativa por saber. Cuando digo que no sé qué es la libertad, hay una espera y una esperanza de averiguarlo. Eso significa que la mente no dice de verdad que no sabe, sino que aguarda que ocurra algo.

Veo eso y lo descarto.

De modo que realmente no sé.

No espero nada. No tengo la esperanza de que ocurra algo, de que un agente externo provea una respuesta. No espero absolutamente nada. Ése es el punto, ahí está la clave.

Sé que esto no es «aquello». No hay libertad aquí. Hay reformas, pero no libertad. La reforma nunca puede traer libertad. El hombre se rebela contra la idea de que jamás podrá ser libre, de que está condenado a vivir en este mundo. No es el intelecto el que se rebela, sino todo el organismo toda la percepción. ¿De acuerdo? Por lo tanto, digo que si esto no es «aquello», no sé qué es la libertad. No espero nada, no trato de averiguar qué es la libertad, ni tengo esperanzas de encontrarla. Realmente, no sé. Ese no saber es libertad. El saber es la prisión. Esto es lógicamente correcto.

No sé qué es lo que va a suceder mañana. Por lo tanto, estoy libre del pasado, libre de este campo. El saber de este campo es la prisión; el no saber del campo es también la prisión.

Señor, mire, yo conozco el ayer. Sé lo que ocurrió ayer. El conocimiento de lo que ocurrió ayer es la prisión. Así, la mente que vive en un estado de no saber, es una mente libre. ¿Correcto?

Los tradicionalistas se equivocaron cuando dijeron: «No se apeguen a nada.» Vean, ellos negaron toda relación. No pudieron resolver el problema de la relación, pero dijeron que no hay que apegarse, y así escaparon de todo lo que fuera relación. Dijeron: «Desapégate»; por lo tanto, se apartaron aislándose.

Vivir con el conocimiento de este campo es vivir en una prisión. Y no conocer la prisión es también falta de libertad.

Y así, una mente que vive dentro de lo conocido, está siempre en una prisión. Eso es todo.

¿Puede la mente decir «no sé», lo cual significa que el ayer ha tocado a su fin? El conocimiento como continuidad es la prisión.

Interlocutor. Para proseguir con esto se requiere cierta dureza.

Krishnamurti: No use la palabra «dureza». Ello requiere tremenda delicadeza. Cuando dije que realmente no sé es que *realmente* no sé. Punto final. Vea lo que eso implica. Implica verdadera humildad, un sentido de austeridad. Entonces el ayer ha muerto. Así, el hombre que ha terminado con el ayer está realmente comenzando de nuevo. Por lo tanto, tiene que ser austero. Yo, realmente, no sé, ¡qué maravilloso es eso! No sé si moriré mañana. En consecuencia, no hay posibilidad de tener conclusión alguna en ningún momento, lo cual implica no llevar jamás ninguna carga. La carga es el conocimiento.

I.: ¿Puede uno llegar a este punto y permanecer ahí?

K.: No tiene que permanecer.

I.: La mente tiene un modo de volver a desviarse. Las palabras sólo lo llevan a uno hasta un punto. No hay lugar para volver a desviarse.

K.: Vaya despacio. No lo plantee de esa manera. Nosotros vemos esto. Vemos al hombre que habla de desapego, vemos al hombre que inventa el *atman*. Entonces decimos: «Vean, ambos están equivocados, dentro de este campo no hay libertad.»

Luego preguntamos: «¿Existe la libertad en absoluto?» Yo digo: «Realmente no lo sé.» Eso no significa que he olvidado el pasado. En el «no sé», no hay inclusión del pasado, ni exclusión del pasado, ni utilización del pasado.

Todo lo que dice ese «no sé» es: «En el pasado no hay libertad.» El pasado es conocimiento, el pasado es acumulación; el pasado es el intelecto. En eso no hay libertad.

A la pregunta de si existe en absoluto la libertad, el hombre responde: «Realmente no lo sé.»

I.: Pero sigue existiendo la estructura de las células cerebrales.

K.: Las células se vuelven extraordinariamente flexibles. Al ser flexibles pueden rehusar, aceptar; hay movimiento.

I.: Vemos algo como la acción. Hasta aquí sólo conocemos la actividad. Nunca podemos desechar la actividad, ella continúa. Poniendo al descubierto la actividad, ésta deja de ser una barrera para la acción. El normal vivir de cada día es un proceso que continúa.

K.: ¿Pregunta usted qué es la acción? ¿Qué es la acción para un hombre que *no sabe*? El hombre que *sabe* actúa desde el conocimiento y su acción, su actividad está siempre dentro de la prisión, y proyecta esa prisión dentro del futuro. Eso está siempre en el campo de lo conocido.

*Brockwood Park,
9 de septiembre de 1972*

¿CÓMO HEMOS de aprender, entonces, qué es la libertad? No cómo estar libres de la opresión, libres del temor, libres de todas las pequeñas cosas que nos atormentan, sino cómo estar libres de la causa misma del temor, de la causa misma de nuestro antagonismo, libres de la propia raíz de nuestro ser en la que existen esta terrible contradicción, esta alarmante persecución del placer, todos los dioses que hemos creado con sus iglesias y sus sacerdotes (ustedes conocen bien todo el asunto). Me parece, pues, que tenemos que preguntarnos si queremos libertad en la periferia, o si la queremos en el núcleo mismo de nuestro ser. Y si ustedes desean aprender qué es la libertad en la fuente misma de toda existencia, entonces tienen que aprender acerca del pensamiento. Si eso está claro, no la explicación verbal, no la idea que ustedes puedan deducir de la explicación, sino si es una necesidad real y absoluta lo que sienten, entonces podemos viajar juntos. Porque si pudiéramos comprender esto, todas nuestras preguntas estarían contestadas.

Uno tiene que descubrir, pues, qué es el aprender. En primer lugar, quiero aprender si puedo estar libre del pensamiento —no cómo usar el pensamiento, ésa es la cuestión siguiente—. ¿Pero puede la mente estar alguna vez libre del pensamiento? ¿Qué implica esta libertad? Nosotros sólo conocemos la libertad respecto de algo: libertad respecto del temor, respecto de esto o aquello, de la ansiedad, de muchísimas cosas. ¿Existe una libertad que no sea con respecto a algo, sino una libertad *per se*,

libertad en sí misma? Y al formular esta pregunta, ¿la respuesta depende del pensamiento? ¿O la libertad es la no existencia del pensamiento? ¿Comprenden? Entonces el aprender significa percepción instantánea; por lo tanto, no requiere tiempo. No sé si ven esto. Por favor, ¡es de veras fascinantemente importante!

* * *

EL APRENDER corriente implica tiempo. Aprender un idioma, una técnica, un método, adquirir cierta información, conocimientos de mecánica y demás, eso requiere tiempo, varios meses, años. Aprender a tocar el piano, el violín, es en realidad memorizar, practicar, adquirir conocimientos que pueden trasladarse a la acción, y eso es todo cuanto nos interesa; todos los seres humanos se interesan sólo en eso, porque eso les otorga poder, posición, medios de vida y demás. Y yo me digo que el aprender tiene que ser instantáneo, que el aprender es el ver y el actuar; en ello no hay primero un ver, luego un intervalo y después un actuar. O sea, que el tiempo es necesario para aprender un idioma. ¿Es necesario el tiempo para aprender libertad? ¿Comprende? ¿Se requiere tiempo para que la mente vea que mientras funciona dentro del patrón del pensamiento no hay libertad por mucho que el pensamiento se expanda, por meritorio que sea, por maravillosa que sea la expansión y por extraordinario que sea el contenido de esa expansión? Ver eso, aprender la verdad de que la libertad no se encuentra dentro del patrón del pensamiento, ¿requiere tiempo? Es decir, ¿va usted a emplear tiempo para ver la verdad de eso? ¿Ha comprendido mi pregunta?

Mire, usted me ha explicado qué es lo que el pensamiento ha hecho en el mundo, me ha explicado que una nueva clase de patrón, todavía elaborada por el pensamiento, ayudará a producir un comportamiento diferente. Su explicación y mi aceptación de lo que usted me ha explicado, el proceso lógico que ello implica, la comunicación verbal, la referencia a todas las palabras que usted ha usado y que son tan familiares para mí, todo eso toma tiempo, ¿correcto? Y al final de ello la mente aún

no es libre, sigue estando dentro de ese patrón. ¿Nos estamos entendiendo el uno al otro? Y usted me dice que el acto de aprender lo que es la libertad es instantáneo, que no requiere tiempo, que el tiempo es pensamiento y que para comprender la libertad no debo usar en absoluto el pensamiento. Me digo, pues: ¿De qué está hablando usted? No comprendo, porque sólo tengo un instrumento, que es el pensar. Lo he usado erróneamente, correctamente, maliciosamente o noblemente, pero ése es el único instrumento que tengo. Y usted me dice que deje de lado ese instrumento. Que aprenda no acerca de las actividades del pensamiento, a las que ya conozco, sino que aprenda cómo mirar, lo cual es instantáneo. El aprender qué es la libertad está exento de tiempo. ¿Nos entendemos usted y yo? ¿Comprende mi pregunta? Es decir: la percepción es un aprender, y la percepción no requiere tiempo; el tiempo es básicamente el movimiento del pensar, y mediante el pensamiento no podemos aprender qué es la libertad. Para aprender acerca de la libertad, el pensamiento tiene que estar completamente silencioso.

Interlocutor: ¿Cómo puede estar silencioso?

Krishnamurti: Escuche. No diga «cómo», ¿entiende? En el momento en que usted dice «como», lo que desea es un método, una práctica, todo lo cual sigue estando dentro del patrón del pensamiento.

Tenemos, pues, este problema: el pensamiento tiene su lugar apropiado, de otro modo no podríamos comunicarnos el uno con el otro. Pero para aprender acerca de la comunicación tenemos que aprender el idioma, y puesto que usted y yo conocemos ambos el inglés, podemos comunicarnos mutuamente; y aprender el inglés lleva tiempo. El discernimiento directo* en la liber-

* En inglés, *insight*, palabra que carece de equivalente exacto en español. Tal como la usa Krishnamurti, puede entenderse como un destello de la inteligencia que *penetra* dentro del hecho observado generando un *discernimiento* instantáneo, directo de su estructura y naturaleza, de su verdad o falsedad. (N. del T.)

tad no requiere tiempo y no podemos tener ese discernimiento directo en la libertad si está operando el pensamiento, el movimiento del pensar que dice: «Tengo que comprender qué es la libertad», ¿correcto? Existe, pues, este problema: Estoy acostumbrado al pensar, ése es el único instrumento que poseo, he sido educado para pensar, todo mi condicionamiento, toda mi existencia se basa en eso, toda mi relación se basa en la imagen que ha creado el pensamiento. Y viene usted y me dice: «No use ese instrumento, sólo mire, perciba, aprenda, tenga discernimiento.» Entonces yo digo: «¿Cómo puedo tener ese discernimiento si mi mente está tan densamente condicionada, tan cargada con todas las cosas del pensar? ¿Cómo he de librarme de eso a fin de poder ver lo otro?» ¿De acuerdo? Vea, usted ha planteado la pregunta equivocada. Si dice: «Debo estar libre de esto» —lo cual es el proceso mecánico del pensar—, ha planteado la cuestión erróneamente, porque no está aprendiendo acerca de lo nuevo. Sigue interesándose en lo viejo, y donde uno se interesa en lo viejo permanecerá con lo viejo. Me pregunto si capta todo esto.

De modo que la verdadera pregunta es: ¿Puede la mente, conociendo todo el contenido de lo viejo, no interesarse en ello ahora, puesto que estamos investigando algo en una dimensión por completo diferente? Y esta investigación exige libertad; no es que uno deba comprender lo viejo y terminar con lo viejo, sino que tiene que alejarse completamente de lo viejo y aprender acerca de lo nuevo, lo cual no requiere tiempo. Correcto, ¿lo ha captado? Todo eso suena contradictorio y absurdo, pero no lo es.

I.: Seguramente el pensamiento tiene que preceder a la percepción. No podemos dejar de pensar.

K.: De eso se trata, justamente. Ustedes no pueden dejar de pensar.

I.: La percepción no es algo que cae del cielo sobre un vacío.

K.: Comprendo esto. Si usted quiere ver algo nuevo, ¿qué hace? Digamos que es un inventor, que está inventando algo. Conoce todo lo viejo al respecto y quiere encontrar algo nuevo, totalmente nuevo. ¿Qué es lo que hace? ¿Sigue con lo viejo? Con lo viejo está familiarizado, sabe lo que es, conoce todo el mecanismo de lo viejo. Y si sigue conservando eso, no puede encontrar nada nuevo. ¿Qué hace entonces? Tiene que abandonar lo viejo. Tiene que haber un vacío, una brecha entre lo viejo y algo nuevo que puede surgir a la existencia. Tiene que haber un intervalo. Y ese intervalo existe cuando usted ve el significado completo de lo viejo, cuando ve que lo viejo no puede dar nacimiento a lo nuevo. De modo que todos queremos lo nuevo porque estamos hartos, hastiados de lo viejo, sabemos lo que es y queriendo lo nuevo no sabemos cómo romper la cadena. Entonces vienen los gurus, los maestros y todas las personas absurdas que dicen: «Yo te enseñaré cómo romper la cadena.» Y lo que ellos hacen para romper la cadena sigue estando dentro del patrón del pensamiento, ¿correcto? Dicen: «Haz esto, no hagas aquello, imita esto, piensa en eso»; siguen presos dentro del sistema de pensamiento.

Ahora bien, ¿puede usted verlo, tener un discernimiento en ello? Ese discernimiento no requiere tiempo. No sé si usted lo ve, si ve instantáneamente lo absurda que es toda esta estructura religiosa, toda la organización en torno de ella, los papas, los obispos, ¿entiende?, el absurdo de todo eso. ¡Personas adultas jugando con cosas infantiles! Si tiene un discernimiento directo en ello, se acabó. Pero entonces usted pregunta: «¿Cómo he de tener ese discernimiento?», lo cual implica que no ha escuchado realmente. Sigue aferrándose a los viejos faldones de sus iglesias, creencias e ideologías y dice: «No puedo soltarme, porque tengo miedo», «¿qué pensará mi vecino?» «perderé mi empleo». Por lo tanto, no quiere escuchar; ése es el problema, no cómo adquirir percepción, no cómo obtener discernimiento. El problema es más bien que usted no escucha, no presta atención al peligro de todo cuanto ha construido el pensamiento. Y para tener discernimiento es indispensable que escuche, que se suelte y escuche. Si escucha a esa paloma —lo cual implica

escuchar sin nombrar, sin condenar, escuchar realmente—, entonces, cuando escucha, tiene el discernimiento, ¿correcto?

Por lo tanto, la libertad —la libertad absoluta, no la relativa— sólo es posible cuando la mente comprende el pensamiento, el lugar que éste ocupa y la libertad con respecto al pensamiento. ¿De acuerdo? ¿Dónde nos encontramos, pues, luego de haber dicho todo esto? Porque, después de todo, ustedes y yo estamos aprendiendo juntos. Se han tomado tiempo para venir aquí, han puesto en ello energías, dinero y demás. ¿Están aprendiendo o meramente memorizando? Si sólo memorizan, entonces repiten lo que otros han dicho; por consiguiente, se convierten en seres de segunda mano. En vez de repetir a Lao Tse, a Buda, a Marx, o a quien fuere, ahora repetirán lo que está diciendo K al respecto, pero seguirán siendo personas de segunda mano; mientras que si aprenden estarán completamente fuera de esa categoría, fuera de toda esa necesidad.

¿Dónde nos encontramos, pues? ¿Hay un discernimiento en la libertad, un discernimiento en lo que implica estar libre del pensar? Cuando existe ese discernimiento en la libertad con respecto al proceso del pensar, entonces en esa libertad el pensamiento puede funcionar lógica, sana, objetivamente, de manera no personal. ¿Cómo he de hacer, pues, si estoy tan fuertemente condicionado, si uso el pensamiento de la mañana a la noche mientras duermo, mientras sueño, mientras camino—todo el tiempo la mente está ocupada en el pensamiento—, cómo ha de tener mi mente un discernimiento en la libertad, en esa libertad donde el pensamiento no existe? Por favor, fórmúlese esa pregunta a sí mismo. Y cuando se ha formulado esa pregunta, ¿es el pensamiento el que responde a ella? Si la respuesta proviene del pensamiento, entonces no hay libertad; pero cuando se formule esa pregunta con verdadera seriedad, con intensidad, con pasión, cuando anhele descubrir, verá que existe una libertad que usted no ha buscado. La búsqueda de la libertad es el movimiento del pensar.

Saanen, 1º de agosto de 1976

Interlocutor: ¿Tiene uno que estar solo para ser libre? Y en esa libertad, ¿cuál es la relación que hay con otro ser humano? ¿Acaso no puede haber libertad en las relaciones humanas?

Krishnamurti: Entonces la pregunta es: ¿Implica soledad la libertad? Bien, ¿fue ésa la pregunta que se formuló? El significado que da el diccionario para la palabra *solo* es: «Todo hecho uno, único.» ¿Cómo, entonces, puede haber libertad si existe una actividad egocéntrica que impide la soledad? ¿Correcto? Si estoy perpetuamente ocupado conmigo mismo —con mis problemas, mis preocupaciones, mi esposa, usted sabe, inquieto, preocupado por todo, ocupado—, si mi mente está ocupada con muchas cosas, lo cual implicará un estado egocéntrico, no puede haber soledad, ¿no es así? La libertad es, entonces, una mente no ocupada. Una mente que se halla ocupada, no importa con qué —con Dios, con las preocupaciones, con el dinero, con el sexo, con el placer, ocupada, como casi todos lo estamos, con una cosa o con otra—, mientras exista esta ocupación con algo, es obvio que no puede haber libertad.

El interlocutor pregunta: Cuando existe esa libertad, si es que existe una libertad semejante, ¿qué es, entonces, la relación en esa libertad? Primero tenga esa libertad y descubra. Pero sin tener esa libertad, preguntamos qué es la relación. No trato de desestimar la pregunta. Pero el hecho es que nuestras mentes están ocupadas con el parloteo, con la vanidad, con la arrogan-

cia, con toda clase de cosas, autocompasión y demás. ¿Puede la mente librarse de todo eso? Y cuando está libre, ¿acaso no está sola? Lo está, porque es algo por completo distinto de la otra mente que se halla ocupada. ¿De acuerdo?

Ahora bien, si un hombre, un ser humano, está libre de esta tremenda ocupación que tiene lugar en nosotros, ¿cuál es, entonces, su relación? ¿Puede un ser humano descubrir eso? Para descubrirlo tiene que desembarazarse de todo el contenido de la ocupación, el contenido de su conciencia, la cual es, en tal caso, libertad. ¿Qué ocurre, entonces, si usted está libre y otro no? Usted, como ser humano, quizás está libre de todas las ansiedades y de toda la ocupación, y el otro no lo está. ¿Qué relación es la que hay, entonces, entre ambos? ¿Cuál es la responsabilidad del hombre que está libre, hacia otro que no lo está?

Ahora quisiera hablar acerca del amor. ¿Qué lugar tiene la libertad, la cual es el estado de un hombre cuya mente no está ocupada, cargada con una tremenda ocupación, con problemas y todo lo demás?, ¿cuál es la relación de ese hombre libre con otro que no es libre? ¿Hay amor en esa relación? ¿O es sólo entonces que *hay* amor? Ahora mire, ¿qué entendemos por esa palabra *amor*? ¡Sea cauto! Separemos la palabra de la cosa; qué es esa cosa cuando separamos la palabra del sentimiento? Uno ama a alguien, ¿qué es lo que uno ama? Por favor, escuche, uno ama a otra persona, ¿no es así?, a la esposa, al marido, a la novia, al novio o como lo llame; uno ama. ¿Qué significa esa palabra para usted cuando la usa? ¿Tiene el amor un motivo? (Por favor, no sacuda la cabeza). Para nosotros lo tiene. Porque uno entrega sexo a otra persona, o le brinda bienestar, o cocina su comida, o depende de ella, la posee, la domina, la trata a empujones... Posesión, apego, todo eso implica esa palabra: celos, ira, odio, una sensación de ansiedad, de temor porque uno podría perder a esa persona... Y a todo eso que surge lo llamamos amor. ¿De acuerdo? No nos estamos mostrando cínicos, sólo estamos mirando los hechos.

PARA DESCUBRIR qué significa amar, ¿no debe uno estar libre de todo eso? Libre del apego —tomemos eso por el momento—. Cuando hay apego, ¿a qué está uno apegado? Supongamos que uno está apegado a una mesa, ¿qué implica ese apego? Implica placer, sentido de posesión, de la utilidad que presta esa mesa, el sentimiento de que es una mesa maravillosa, de que debo conservarla, etc. Así, cuando un ser humano se apega a otro, ¿qué es lo que está ocurriendo? Si alguien está apegado a usted, ¿cuál es el sentimiento del otro que está apegado a usted? En ese apego está el orgullo de la posesión, un sentido de dominio, temor de perder eso, de perder a esa persona; por lo tanto, hay celos y, en consecuencia, un apego mayor aun, un mayor sentimiento de posesión. ¿Correcto?

Todo eso surge, los celos, la ansiedad y demás. Ahora bien, si no hay apego, ¿significa eso ausencia de amor, de responsabilidad? ¿Comprende mi pregunta? Para la mayoría de nosotros el amor significa este terrible conflicto entre los seres humanos, y entonces la relación se vuelve una perpetua ansiedad —usted conoce todo esto, no tengo que decírselo—, y a eso lo llamamos amor. Y para escapar de esta tensión terrible a la que llamamos amor, tenemos toda clase de entretenimiento: la televisión o (perdóneme por usar estas palabras) el entretenimiento religioso. ¡Maravilloso! Reñimos y nos largamos a la iglesia o al templo, después regresamos y empezamos de nuevo. Y esto prosigue todo el tiempo.

¿Puede entonces un hombre —o una mujer— estar libre de todo esto? ¿O es algo imposible? Si eso no es posible, entonces nuestra vida es un perpetuo estado de ansiedad, y de eso se derivan toda clase de actitudes neuróticas, creencias y actividades. ¿Es, entonces, posible estar libre del apego y, no obstante, sentirse responsable?

Ahora bien, estar libre del apego no implica su opuesto, el desapego. ¿Entiende? Comprender esto es muy importante. Cuando estamos apegados conocemos la pena, la ansiedad que el apego ocasiona, y decimos: «¡Dios mío!, tengo que desapegarme de todo este horror.» Así empieza el conflicto, la batalla del desapego. Mientras que si usted observa, si es consciente

del hecho y de la palabra, de la palabra «apego» y de la libertad con respecto a esa palabra, es decir, del sentimiento, entonces, al observar ese sentimiento sin juicio alguno, al observarlo, verá que gracias a esa observación tiene lugar un movimiento por completo diferente que no es ni apego ni desapego. ¿Comprende esto? ¿Lo está haciendo mientras hablamos, o sólo escucha un montón de palabras? Usted sabe que está apegado, ¿verdad?, no importa a qué, a una cosa u otra, a una creencia, a una conclusión, a una casa, a una persona, a algún ideal... está tremendamente apegado. El apego brinda una gran seguridad, la cual es una ilusión, ¿correcto? Es una ilusión estar apegado a algo, porque ese algo podría desaparecer. A lo que uno está apegado, pues, es a la imagen que ha elaborado con respecto a eso. Me pregunto si lo capta.

¿Puede usted librarse de este apego de modo tal que haya una responsabilidad que no sea un deber? ¿Qué es, entonces, el amor cuando no hay apego? ¿Comprende mi pregunta? Mire: si está usted apegado a una nacionalidad, rinde culto al aislamiento de la nacionalidad, la cual es una forma glorificada del espíritu tribal; usted está apegado a eso. ¿Qué es lo que hace ese apego? Genera separación, ¿no es así? Estoy tremendamente apegado a mi nacionalidad como hindú, y usted está apegado a su nacionalidad: alemán, francés, italiano, inglés. Estamos separados. Por lo tanto, hay guerras y toda la complejidad de lo que sigue a las mismas. Ahora bien, si no hay apego, si usted no está apegado, ¿qué ocurre? ¿Es amor eso? No sé si lo capta. ¿Nos comprendemos un poquito el uno al otro?

De modo que el apego separa, ¿correcto? Estoy apegado a mi creencia y usted está apegado a su creencia; por lo tanto, hay separación. Sólo vea las consecuencias, las implicaciones de ello. Donde hay apego hay, pues, separación y, por ende, conflicto. Donde hay conflicto no puede haber amor. ¿Y cuál es la relación de un hombre con una mujer, o de un hombre con quien fuere, cuál es su relación con otro cuando hay libertad? ¿Comprende? Libertad respecto del apego y de todas sus implicaciones. ¿Es ése el principio —sólo estoy usando la palabra *principio*, no salte sobre ella—, es ése el principio de la com-

pasión? ¿Comprende? Cuando no hay nacionalidad y uno no está apegado a ninguna creencia en absoluto, a ninguna conclusión, a ningún ideal, entonces uno es un ser humano libre. Y su relación con otro surge de esa libertad, ¿no es así?, de ese amor, de esa compasión. Me pregunto si capta todo esto.

Saanan, 13 de julio de 1978 ✓

ESTA IDENTIFICACIÓN CON nuestros apegos, con nuestras experiencias, con la casa, con la familia, con la nación, con una ideología o creencia en particular, ha generado el énfasis en el sí mismo, en el «yo», el ego. Y eso ha cultivado la idea —estoy empleando la palabra *idea* en su sentido correcto— del individuo, de que nosotros, los seres humanos, estamos separados, que cada uno es un individuo distinto y aparte de todos los demás. Este énfasis en la individualidad ha creado muchísimo perjuicio. Ha destruido familias —no sé si se dan cuenta de eso— y ha producido excelencia en las realizaciones prácticas, en la tecnología, un sentimiento de esfuerzo supremo por parte de un ser humano en particular, el individuo: la iniciativa individual. Opuesta a eso está toda la ideología del totalitarismo. Tenemos, pues, estos dos opuestos. Por una parte, la libertad, la así llamada libertad; por la otra, ausencia absoluta de libertad, excepto para muy pocos. Y como uno puede observarlo en todo el mundo, la excelencia del individuo ha producido ciertos resultados beneficiosos, no sólo en el mundo tecnológico, sino también en el mundo artístico. Y aunque el individuo piense que está libre, ¿está realmente libre? La otra cara de la moneda es el totalitarismo, donde no hay libertad en absoluto, salvo para unos cuantos.

¿Cuál es, entonces, la verdad de esto? Es obvio que tiene que haber libertad. ¿Qué entendemos por esa palabra *libertad*? Nuevamente, tengamos bien claro que nos estamos formulando

esta pregunta a nosotros mismos, que no la está formulando quien les habla, sino que la formulan ustedes. Como dijimos, aquí no hay un disertante. Ustedes y yo somos los disertantes. Ustedes y yo —la persona que habla— estamos investigando juntos esta cuestión: por una parte está, la enorme importancia asignada a la individualidad con todas sus identificaciones: la nación, la casa, la familia, el capitalismo y el socialismo, lo que fuere; por la otra, está la identificación con la sociedad ideológica. La sociedad se vuelve ahí muy importante en relación con los pocos. Y, al investigar esto, lo primero que tenemos que preguntarnos, si se me permite sugerirlo, es qué tratamos de hacer los seres humanos. ¿Qué es lo que nosotros, seres humanos, no el señor fulano o el señor mengano, sino nosotros como seres humanos sin rótulos, sin nacionalidades, sin toda la basura que nos han metido a la fuerza otras personas, así como la que les hemos metido a la fuerza a ellas, qué es lo que los seres humanos estamos tratando de hacer en este mundo? Qué es lo que estamos buscando, indagando, anhelando? Y una de las preguntas contenidas en esto es: ¿Qué es la libertad? Pensamos que somos libres porque podemos viajar, ir a Norteamérica, ir a cualquier parte que queramos si tenemos dinero suficiente y disposición para ello.

¿Qué es, entonces, la libertad? Quizá la mayoría de nosotros, al menos aquellos que son serios y reflexivos, que están atentos, tienen que haberse formulado esta pregunta: ¿Qué es la libertad? ¿Es hacer lo que nos plazca a cada uno de nosotros como individuo? ¿Es la libertad una actividad permisiva? O sea, que cada cual hace lo que tiene ganas de hacer. Si quiere creer en Dios, cree en Dios. Si quiere dedicarse a las drogas y tomarlas, o dedicarse al sexo y todo lo demás, es libre de hacerlo y seguir con eso si dispone de dinero y si tiene la inclinación y todas las otras cosas. Y hemos considerado que esta clase de actividades implican libertad: hacer lo que nos gusta, lo que nos place, lo que queremos hacer a fin de realizarnos o de identificarnos libremente con esto o aquello. Todo esto que ustedes ya conocen, ¿es libertad? ¿O la libertad es algo por completo diferente? Pensamos que la libertad es estar libres de algo, de

la pobreza, de una persona con la que nos hemos casado, a la cual ya no queremos más y de la cual somos libres de divorciarnos y todo lo que sigue; libres para escoger nuestra actividad en el mundo de los negocios o en el mundo psicológico, o libres de creer en lo que queramos creer, etc. Uno es libre, piensa, de optar por convertirse en un católico o en un protestante, o de no creer en nada en absoluto. Ya conocen todo esto.

Entonces, ¿es libertad eso? Por favor, formúlense esta pregunta a sí mismos, no me la formulen a mí. Están frente al espejo, mirándose a sí mismos, investigando totalmente la propia estructura psicológica. Y nuestro condicionamiento ha consistido en hacer lo que queremos. Jamás hemos investigado qué es lo que nos impulsa a hacerlo, por qué optamos por la izquierda, por la derecha o por lo que fuere. Y mientras exista la identidad con una nación, con una familia, con un marido, con una novia, con esta creencia, con aquel dogma o ritual, con aquella tradición, ¿hay libertad? ¿Están siguiendo todo esto? Son ustedes los que formulan estas preguntas, yo sólo estoy expresándolas. Si se me permite señalarlo nuevamente, aquí no hay autoritarismo en absoluto, no hay nadie, hasta donde concierne a quien les habla, con sentido alguno de autoridad, de superioridad. No hay dogmatismo, no hay creencia. Si el que habla es algo enfático, no se trata de una expresión afirmativa o agresiva, es su forma natural de ser.

Estamos, pues, investigando si existe la libertad en su sentido total, no en el de librarse de algo para obtener otra cosa, o en el de librarse de la otra cosa para lograr algo diferente. Estamos investigando todo este sentimiento de la libertad, si es que tal cosa existe. Y en tanto la mente, el pensamiento, la sensación, las emociones se identifiquen con un objeto determinado, con un mueble, con un ser humano con una creencia, ¿hay libertad? Obviamente no. En el momento en que uno se identifica con algo, está negando la libertad. Si yo, porque me agrada la idea de algún ser supremo y todo lo demás, me identifico con eso y le dedico mis oraciones, lo venero, ¿hay libertad en absoluto? Estamos descubriendo, pues, que la libertad no existe en tanto tenga lugar un proceso de identificación. ¿Correcto?

Por favor, las palabras son peligrosas. Si se me permite sugerirlo, no traduzcan lo que se está diciendo a sus propias palabras, a su propio lenguaje, a su propia opinión, sino escuchen realmente las palabras que estamos usando, porque entonces nos hallamos en comunicación directa. Muy bien, lo pondré de este modo: el lenguaje, es decir, el uso de las palabras, el significado de las palabras, la sintaxis, nos maneja a la mayoría de nosotros, ¿correcto? Cuando alguien dice: «Soy francés», la palabra actúa y nos fuerza dentro de cierto molde. De modo que el lenguaje nos usa, ¿de acuerdo? No sé si han advertido esto. Cuando ustedes emplean las palabras *comunismo* o *socialismo* o *capitalismo* o *católico*, *protestante*, *hindú*, *judío*, etc., las palabras actúan sobre nosotros y nos obligan a pensar de ciertos modos, ¿no es así? Por lo tanto, el lenguaje nos maneja, nos usa. No sé si se dan cuenta de eso. Y si emplean el lenguaje sin permitir que éste los maneje, entonces están utilizando las palabras sin asignarles ningún contenido emocional. Existe, entonces, una posibilidad de complicación exacta. ¿Estamos llegando juntos a alguna parte? Por favor, comprendan esto porque vamos a penetrar en algo que —creo, todavía no estoy seguro surgirá de toda nuestra investigación en la libertad, surgirá de percibir que la identificación destruye la libertad, la cercena, la limita. Y si ustedes están satisfechos con esa limitación de la libertad, entonces también deben ser conscientes de sus consecuencias, que son la separación, la continua falta de relación, el esfuerzo, la violencia y todo lo demás.

Y al investigar dentro de nosotros mismos, también debemos estar muy claramente conscientes de que el lenguaje no nos maneja, de que cuando usamos la palabra *comunismo*, en cierto modo nos separamos de ella emocionalmente. Y lo mismo si ustedes se sienten muy inclinados al mundo capitalista de Norteamérica, etc. Debemos, pues, estar muy seriamente atentos, si es que queremos de algún modo investigar todo esto —no los estoy apremiando para que lo hagan—, al hecho de que el lenguaje no nos está manejando, de que podemos usar las palabras en su simplicidad, en su significado, sin agregarles ningún contenido emocional. Entonces ustedes y yo estamos

en constante comunicación, ¿correcto? ¿Pueden hacer esto? No mañana, ¡ahora! Entonces podemos proseguir juntos, no a paso lento, sino al galope.

La libertad existe sólo cuando hay absoluta ausencia de identificación con lo que fuere, con la iglesia, con los dioses, con las creencias, con una estatua, ¿entienden?, ¡con cualquier cosa! Digo algo a alguien, el otro usa palabras crueles y me insulta. Me siento lastimado. Y casi todos los seres humanos del mundo se sienten lastimados, no sólo en lo fisiológico sino mucho más, en lo psicológico. Ustedes se sienten lastimados, ¿no es así? Y desde esa herida interna hacemos toda clase de cosas: resistimos, nos aislamos, tememos, nos volvemos violentos o ásperos y así sucesivamente. Esta herida, si la examinan muy atentamente, es el movimiento del pensar en la formación de la imagen, ¿correcto? El pensamiento ha creado una imagen de uno mismo, de que uno es hermoso, de que es intelectualmente extraordinario, de que uno es esto, aquello y lo de más allá. Y cuando alguien usa una palabra fea, cuando señala furiosamente algo, esa imagen queda lastimada. Esa imagen es el pensamiento —por favor, entiendan todo esto—, es el pensamiento el que ha creado una imagen acerca de sí mismo; esa imagen es la que queda lastimada. ¿Puede uno vivir durante toda su vida sin una sola herida interna? Únicamente entonces hay libertad, únicamente entonces hay cordura.

*Brockwood Park,
12 de septiembre de 1978*

P IENSO QUE CASI TODOS nosotros somos esclavos, ya sea de los conceptos religiosos, de las creencias y de todos los símbolos, o de alguna clase de experiencia; o bien somos esclavos de las instituciones y de las ideas. Siendo prisionero de todo eso, ¿cómo puede uno ser luz para sí mismo? Si está comprometido con cierto patrón de existencia, con cierto modo de vivir, si es un hombre de negocios o un científico o un filósofo, está atrapado en eso, queda completamente absorbido por eso y el resto de la vida pasa inadvertido junto a uno.

Nuestra conversación se interesa en la totalidad de la vida, no sólo en una parte, en un segmento, o en una tendencia particular o en nuestra profesión. Entonces, ¿nos damos cuenta —me incluyo— de que estamos presos en una rutina, la cual, naturalmente, impide la libertad? Impide la libertad y entonces uno jamás puede estar claro internamente. Uno jamás puede comprender su propia profundidad cuando está dependiendo de algo. No puede ser una luz para sí mismo.

La inteligencia, las computadoras y la mente mecánica

*De El Camino de la Inteligencia.
Valle de Rishi, 4 de diciembre de 1980*

¿PODEMOS PASAR a algo diferente? Es esto: El placer se encuentra siempre en lo conocido. Hoy no experimento placer, pero podría experimentarlo pasado mañana. Me gusta pensar que eso sucederá. No sé si ustedes ven lo que quiero decir. El placer es un movimiento del tiempo. ¿Existe un placer que no se base en el conocimiento? Toda mi vida es lo conocido. Proyecto lo conocido dentro del futuro modificándolo, pero sigue siendo lo conocido. En lo desconocido no hay placer. Y la computadora está en el campo de lo conocido. Ahora bien, la verdadera pregunta es si uno puede estar libre de lo conocido. Ésa es la verdadera pregunta, porque el placer está allí, el sufrimiento está allí, el miedo está allí, todo el movimiento de la mente es lo conocido. Y la mente puede proyectar lo desconocido, teorizar al respecto, pero eso no es un hecho. De modo que las computadoras, las sustancias químicas, la genética, los clones, todo eso es lo conocido. ¿Puede, entonces, haber libertad con respecto a lo conocido? Lo conocido está destruyendo al hombre. Los astrofísicos se lanzan al espacio desde lo conocido. Persiguen la investigación de los cielos, del cosmos, mediante instrumentos contruidos por el pensamiento humano. A través de esos instrumentos miran el universo, lo observan y descubren lo que el universo es; y lo que descubren sigue siendo lo conocido.

Interlocutor: Se me acaba de ocurrir una cosa muy interesante. La mente actual del hombre, su manera de funcionar,

está amenazada. Esa mente está siendo destruida. O bien la máquina ocupará el puesto de ella y la destruirá, o la otra libertad respecto de lo conocido también destruirá su funcionamiento presente. El reto es mucho más profundo.

Krishnamurti: Sí. Es lo que dije. Lo ha captado. Lo que usted está diciendo, si es que lo entiendo correctamente, es que lo conocido mediante lo cual funcionan nuestras mentes, nos está destruyendo. Lo conocido es también la proyección futura de la máquina, de las drogas, de la genética, de los clones, de todo lo que surge de estas cosas. Por lo tanto, en ambos casos somos destruidos.

I.: Ella está diciendo también que la mente del hombre se ha movido siempre en lo conocido, en persecución del placer. Eso dio por resultado la tecnología que nos destruirá. Luego ella sostiene que el otro movimiento, el de la libertad respecto de lo conocido, también destruirá la mente tal como hoy la conocemos.

K.: Sí. ¿La libertad respecto de lo conocido? ¿Qué está usted diciendo?

I.: Ella dice que hay dos movimientos. El movimiento de lo conocido está llevando a una destrucción cada vez mayor de la mente. La salida es liberarse de lo conocido, lo cual también es destruir el movimiento de lo conocido.

K.: Espere. La libertad no es librarse de algo. Es una terminación. ¿Entiende?

I.: ¿Está usted diciendo, señor, que esta libertad respecto de lo conocido es de tal naturaleza que uno no destruye este movimiento, que el pensamiento tiene su lugar, que la mente tiene su lugar? ¿Dice usted que en eso hay libertad?

K.: Digo que sólo hay libertad, pero no que uno está libre de lo conocido.

I.: Yo digo que la mente funciona de un modo particular; lo que llamamos la mente humana opera de cierta manera. Esa mente humana es puesta bajo presión por los avances tecnológicos. Esto otro, la libertad respecto de lo conocido, también es totalmente destructivo de esta función de la mente. Por lo tanto, una mente nueva —ya sea nacida de la tecnología o una mente libre de lo conocido— es inevitable. Son las dos únicas cosas; la situación presente está excluida.

K.: Seamos claros. O tiene que haber una mente nueva, o lo que hoy pasa destruirá a la mente. ¿Correcto? Pero la mente nueva sólo puede existir de hecho, no teóricamente; sólo puede existir cuando el conocimiento toca a su fin. El conocimiento ha creado la máquina y vivimos a base de conocimiento; somos máquinas. Entonces separamos ambas cosas y decimos que la máquina nos está destruyendo. La máquina es producto del conocimiento, nosotros somos producto del conocimiento. Por lo tanto, es el conocimiento el que nos está destruyendo, no la máquina. La pregunta es, entonces: ¿Puede terminar el conocimiento? No si podemos librarnos del conocimiento, porque en tal caso estamos evitando el conocimiento o escapando de él.

I.: La pregunta es: ¿Puede terminar el conocimiento, o puede terminar la acción nacida del conocimiento? La acción nacida del conocimiento puede terminar. El conocimiento no puede terminar.

K.: Puede terminar.

I.: ¿La acción nacida del conocimiento?

K.: La acción es la libertad respecto del conocimiento.

I.: El conocimiento no puede terminar.

K.: Sí, señor.

I.: ¿Qué quiere usted decir cuando afirma que todo conocimiento llega a su fin?

I.: ¿Sólo existe el conocimiento?

K.: Sólo existe el conocimiento, no la terminación del conocimiento. No sé si me expreso con claridad.

I.: Señor, está la tremenda fuerza de conservación propia y sólo hay conocimiento. ¿Y pregunta usted si el conocimiento puede terminar, lo cual implica la aniquilación propia?

K.: No, comprendo lo que usted dice. Dejo ahora, por el momento, la terminación del yo. Digo que la computadora, que incluye toda la tecnología, y mi vida se basan en el conocimiento. De modo que no hay división entre ambas.

I.: Entiendo eso.

K.: ¡Esto es una cosa tremenda! Y en tanto estamos viviendo en el conocimiento, nuestro cerebro es destruido por la rutina, la máquina y demás. La mente es, entonces, conocimiento. No hay posibilidad de decir que ella debe librarse del conocimiento. Vea eso. Sólo existe la mente que es conocimiento. Voy a decirle algo. Mire, usted se ha bloqueado a sí mismo. No diga que eso es imposible. Si hubiéramos dicho que es imposible, no hubiéramos podido inventar la computadora. Avance a partir de ahí. Cuando la mente dice que debe estar libre, cualquier cosa que haga se halla dentro del campo del conocimiento. ¿Cuál es, entonces, el estado de la mente que se da cuenta por completo, o sabe, o comprende que es enteramente conocimiento?

Me he movido. ¿No lo ve? Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Aparentemente, el conocimiento es movimiento. Ha sido adquirido a través del movimiento. El conocimiento es, entonces, movimiento. Del mismo modo, el tiempo, todo eso, es movimiento.

I.: Usted habla del estado de una mente cuando el tiempo se detiene.

K.: Eso es libertad. El tiempo es movimiento. ¿Qué significa esto? Es muy interesante, señor. Recopilemos. La mente ha inventado la computadora. He usado esta palabra para incluir toda la tecnología, la genética, los clones, las sustancias químicas. Eso ha nacido del conocimiento adquirido por el hombre. Sigue siendo lo conocido, el producto de lo conocido, con sus hipótesis, sus teorías, las refutaciones de las teorías y todo eso. El hombre también ha hecho exactamente la misma cosa que la máquina. De modo que no hay división entre ambos. La mente es conocimiento. Cualquier cosa que ella haga nacerá del conocimiento: los dioses del hombre, sus templos, nacieron del conocimiento. El conocimiento es un movimiento. ¿Puede el movimiento detenerse? Eso es realmente la libertad. Significa que la percepción está libre del conocimiento y que la acción no surge del conocimiento. La percepción de la serpiente, del peligro, es la acción, pero esa percepción se basa en siglos de condicionamiento acerca de la serpiente. La percepción de que soy un hindú, la cual ha continuado por tres mil años, es el mismo movimiento. Y estamos viviendo en ese campo todo el tiempo. Eso es lo destructivo, no la máquina. A menos que la máquina de la mente se detenga —no la computadora— vamos a destruirnos a nosotros mismos.

¿Existe, pues, una percepción no nacida del conocimiento? Porque cuando este movimiento se detiene, tiene que haber acción.

El futuro del hombre
De El Camino de la Inteligencia,
capítulo 3.
Nueva Delhi, 5 de noviembre de 1981

EN EL MUNDO hay un gran desorden, hay corrupción; la gente está muy, muy perturbada. Es peligroso caminar por las calles. Cuando hablamos de estar libres del temor, lo que queremos es libertad externa estar libres del caos, de la anarquía, de la dictadura. Pero jamás investigamos si existe en absoluto una libertad interna, una libertad de la mente. Jamás la exigimos. ¿Es real esa libertad o es teórica? Consideramos al Estado como un impedimento para la libertad. Los comunistas y otras personas totalitarias dicen que no hay tal cosa como la libertad; el Estado, el gobierno es la autoridad única. Y están reprimiendo toda forma de libertad. ¿Qué clase de libertad queremos, entonces? ¿La de allá fuera? ¿La exterior a nosotros? ¿O la libertad interior? Cuando hablamos de libertad, ¿nos referimos a la libertad de elegir entre este gobierno y aquél, entre aquí y allá, entre la libertad exterior y la interior? La psique interna siempre conquista lo externo. La psique, o sea, la estructura interna del hombre —sus pensamientos, sus emociones, sus ambiciones, sus acciones, su codicia—, siempre conquista lo externo. Entonces, ¿dónde buscamos la libertad? ¿Podemos estar libres de la nacionalidad, que nos brinda una sensación de hallarnos seguros? ¿Puede haber libertad respecto de todas las supersticiones, los dogmas y las religiones? Una nueva civilización puede surgir a la existencia sólo gracias a la verdadera religión, no por intermedio de la superstición, del dogma o de las religiones tradicionales.

Saanan, 10 de julio de 1984

DEBEMOS INVESTIGAR qué son la libertad, la salud y la cualidad de energía que adviene cuando uno capta o ve, cuando percibe la verdad de que todo el tiempo está contenido en el ahora. ¿De acuerdo? ¿Qué es la libertad? Todos los seres humanos a través de los siglos han buscado alguna clase de libertad, históricamente, religiosamente, etc. Hoy en día, la libertad se interpreta como libertad para hacer exactamente lo que uno quiere (lo cual es obvio que todos ustedes hacen), como libertad para poder elegir: uno puede elegir trasladarse de un lugar a otro lugar, cambiar de un trabajo a otro, a menos que viva donde hay una dictadura total en la que todo es controlado; allí incluso nuestro pensar y nuestro sentir son moldeados conforme al patrón imperante. De modo que en los Estados totalitarios hay negación de la libertad; por lo tanto, tales Estados son retrógrados, ¿comprenden? Retroceden, no avanzan.

Tenemos que investigar qué es la libertad. ¿Es un asunto de elección? Elegir entre dos automóviles, entre dos telas, ir adonde queramos, realizarnos a expensas de los demás... ¿Correcto? Tratar de llegar a ser mucho más de lo que somos: más buenos, más nobles, más sabios, adquirir más conocimientos, todo lo cual es el proceso del devenir al que llamamos realización; «debo realizarme», «debo tener raíces en alguna parte»... ¿entienden? La implicación de todo eso es el de venir. No sólo el devenir físico, de empleado a dueño, de aprendiz a maestro, sino también el sentimiento de que estoy deviniendo inte-

riormente: «Soy esto y seré aquello. Soy envidioso, codicioso, violento» —usaremos la palabra *violento*, somos violentos—, «y algún día lograré la no violencia». Quizás en un año o dos, o tal vez al final de mi vida, cuando esté a punto de morir. ¿Correcto? Todo esto implica el devenir, el «llegar a ser» psicológico. Eso está claro. ¿Hay libertad en el devenir? ¿Comprenden mi pregunta? ¿O la libertad es algo por completo diferente? Por favor, estamos investigando, explorando juntos, no yo explicando y ustedes meramente recibiendo. Vamos a investigar juntos, lo cual requiere que ejerciten el cerebro, que no acepten nada, que no acepten cualquier cosa que diga quien les habla. Por lo tanto, la investigación tiene que ser de ustedes, no mía. Uno puede esbozar los hechos, ponerlos en palabras, pero la actividad, el discernimiento, les corresponde a ustedes. De modo que estamos compartiendo esto, ¿de acuerdo? No se trata de que yo exponga algo y ustedes concuerden o discrepen con ello, eso implica no compartir. Compartimos cuando tanto ustedes como yo estamos investigando, sondeando, inquirendo, dudando de todo cuanto pensamos y sentimos, cuando observamos la relación que ello tiene con el tiempo y vemos si ese devenir impide la libertad. ¿De acuerdo? ¿Estamos un poquito juntos en esto? ¿Puedo seguir explicándolo?

Es decir, que uno está deviniendo si es un maestro que desea convertirse gradualmente en profesor de una universidad, o si es un aprendiz en cualquier disciplina, que todo el tiempo está tratando de llegar a ser algo más, de convertirse en un gran experto con una destreza mayor, con un conocimiento mayor. Esta energía dedicada a cierto tema es limitada. Por lo tanto, eso niega la libertad. ¿Comprenden? ¿Estamos de algún modo compartiendo esto?

Veán, nosotros no exigimos realmente libertad. Sólo la exigimos en el área limitada donde uno tiene que hacer lo que siente deseos de hacer, donde tiene que actuar conforme a su agrado y desagrado, y en esa acción es libre; puede elegir entre una persona u otra, etc. De modo que toda esa actividad es muy, muy limitada, y esa misma limitación niega la libertad. ¡Por supuesto! También estamos limitados verbalmente, lingüísticamente.

Veamos si el lenguaje limita la libertad. Quien les habla utiliza el inglés; ese idioma, las palabras, condicionan al cerebro y, por lo tanto, éste se vuelve limitado. El lenguaje, ¿condiciona al cerebro, o no lo condiciona, no lo limita? ¿Está usted investigando? Por favor, examínelo conmigo. Si sólo estuviéramos juntos usted y quien les habla, y no un auditorio tan grande, sólo usted, mi amigo, y yo, entonces podríamos discutirlo muy, muy íntimamente. Y eso es lo que voy a hacer, ¿correcto? O sea, que ustedes representan a mi amigo y yo represento a quien les habla. Yo y el amigo estamos considerando esta pregunta: La libertad, ¿está en el intento permanente de llegar a ser alguna cosa? ¿Está en la expresión de nuestras ambiciones? ¿Está en el tratar de satisfacer nuestros propios deseos? Y el amigo responde: «No entiendo realmente de qué diablos está usted hablando. Estamos acostumbrados a esto; nuestro condicionamiento, nuestro hábito, es éste. Siempre deseamos realizarnos, llegar a ser algo tanto en el mundo exterior como en el mundo interno. Tenemos que lograr alguna cosa, de lo contrario no hay progreso», etc. Mi amigo responde esto, contradiciendo todo cuanto digo, cuanto dice quien les habla. Y yo le digo que no se excite tanto al respecto, que vamos a mirarlo juntos. Cuando uno es ambicioso, tanto en el mundo exterior como en el psicológico, la ambición es la misma, ya sea que uno tenga la ambición de volverse tremendamente rico, de alcanzar el nirvana, el cielo, la iluminación, o de lograr el silencio de la mente. Y esa ambición —dice a su amigo quien les habla— es limitada, no es libertad. Nosotros hemos estropeado esa palabra *libertad*. Cada persona está tratando de afirmarse a sí misma, aferrándose agresivamente a su opinión, a su juicio, a su evaluación, a su dogma, a su credo, y demás. Y a todo esto lo llamamos libertad. ¿Es libertad eso? Mi amigo dice: «Empiezo a comprender de qué está usted hablando. Estoy de acuerdo.» Yo le digo que no esté de acuerdo, sino que vea el hecho que eso implica, su verdad. ¿Correcto?

La libertad, pues, tiene que ser algo por completo diferente. ¿Y es posible dar con eso, hacer efectiva esa libertad? Ello implica no ser ambicioso en absoluto. Los científicos de todo

el mundo también son muy ambiciosos, como el resto de nosotros. Desean lograr armamentos superiores contra los rusos, etc. Todo ese juego, ese horrible juego que están jugando. De modo que todos los seres humanos en el mundo, por poco educados, por estúpidos o terriblemente intelectuales que sean, están atrapados en este proceso. Y eso es lo que generalmente llamamos libertad. Quien les habla dice que eso no es libertad. Y el amigo pregunta: «El lenguaje, ¿impide o fortalece la actividad limitada del cerebro?» ¿Van siguiendo todo esto? ¿Les interesa? ¿Están muy seguros? ¿O están jugando un juego conmigo? ¿Condiciona al cerebro el lenguaje? Lo condiciona de hecho, si las palabras se vuelven importantes. Ya sean palabras inglesas, francesas, alemanas, italianas, rusas, etc., cuando las palabras han perdido su profundidad, cuando se las usa indiferentemente, cuando tienen un significado especial para cada uno, cuando se han convertido en la red del cerebro —¿comprenden, están siguiendo esto?— entonces las palabras condicionan al cerebro. ¿Correcto? Pero cuando las palabras se usan para propósitos de comunicación, lo cual requiere cierta dosis de sensibilidad, de atención, de flexibilidad, de afecto, entonces las palabras pueden usarse sin su cualidad limitativa. Entonces el cerebro no está condicionado por las palabras. Pero, tal como somos ahora, las palabras sí condicionan nuestro cerebro. Cuando ustedes dicen «los Estados totalitarios», inmediatamente tienen una representación de eso. Enseguida ven a diversos dictadores en diferentes partes del mundo, porque sus fotografías han estado en todos los periódicos por los últimos cincuenta años. Surge la imagen y esa imagen condiciona al cerebro. ¿Entienden todo esto? Cuando uso la palabra «guru» (*risas*)... ¡ahí tienen, reaccionan inmediatamente! O cuando la palabra «Cristo» es usada por un cristiano, la reacción es inmediata. Lo mismo con un hindú y sus palabras particulares, o con el budista. Por favor, vean la importancia del condicionamiento lingüístico, y que en ese condicionamiento se suscitan toda clase de dificultades, de conflictos: el conflicto del hindú con el musulmán, del musulmán y el árabe con el judío, de los cristianos que creen en Dios con los totalitarios. ¿Entienden? Esto es lo que está sucediendo.

¿Es, entonces, posible estar libres de la prisión lingüística? ¿Comprenden? Señores, ustedes no prestan atención a todo esto, ¿verdad? Vean si es posible para ustedes, mientras están sentados aquí, estar enteramente libres de la imagen que crean las palabras. De manera que en el devenir no hay libertad. No hay libertad cuando un hombre o una mujer son ambiciosos, codiciosos, envidiosos. Pueden pensar que son libres porque expresan su ambición, pero en el devenir, en el llegar a ser, no hay libertad. Y no hay libertad cuando el cerebro está atrapado o aprisionado por las palabras con sus imágenes.

* * *

INVESTIGUEN, PUES, la libertad, investiguen qué es la salud, porque si no estamos sanos no podemos tener libertad, la falta de salud nos lo impide. Puedo estar paralizado y, no obstante, ser sano, ¿comprenden? Puedo tener tan sólo un ojo para ver claramente, pero eso no me impide ser sano. La salud es destruida por este constante conflicto, por el logro, el éxito, la ambición, la incertidumbre, la confusión, por todo el dolor de la vida. Y está la energía, la energía que disipamos. ¿Comprenden, señores? La disipamos parloteando, argumentando, afe-rrándonos a lo que hemos hecho y diciendo: «Esto es correcto, me atenderé a ello.» ¿Comprenden? La energía implica un movimiento constante, implica descubrir constantemente algo nuevo —no en lo tecnológico, sino psicológicamente—. Así nuestro cerebro se vuelve extraordinariamente activo y no disipa esa energía. Cuando tenemos esa energía podemos mirar los problemas, ¿entienden? Y podemos comprender el tiempo. Todos los problemas encajan entre sí, se corresponden unos con otros, no están separados. Es un largo movimiento ininterrumpido.

*Brockwood Park,
31 de agosto de 1985*

COMO DIJIMOS anteriormente, somos bastante serios, al menos quien les habla lo es.

Ha estado en esto durante los últimos setenta años o más. Y el mero asistir a un par de pláticas o leer algunas palabras impresas no va a resolver nuestros problemas, no va a ayudarles. Y quien les habla no trata de ayudarles. Por favor, estén persuadidos de eso, estén seguros de que quien les habla no es ninguna autoridad; por lo tanto, no es una persona hacia la cual puedan dirigirse en busca de ayuda. Hay otros que podrían ayudarles. Y si lo que desean es que se les ayude, entonces, permítanme señalarlo muy respetuosamente, dejen que sus problemas sean resueltos por otros; ellos los resolverán conforme a sus propios deseos, a su interés propio, conforme al poder que tienen, a su posición y a todo ese negocio. Somos, pues, simples legos que estamos conversando el uno con el otro. Vamos a investigar juntos, a afrontar los hechos, no las ideas acerca de los hechos, sino los hechos. Tampoco las ideologías, no tienen sentido; ni las teorías o las especulaciones sobre quién está iluminado y quién no, quien está... ¿qué?... más cerca de Dios que uno mismo, etcétera, sino que juntos vamos a investigar esta cuestión de la libertad, qué relación tiene la libertad con el tiempo y el tiempo con el pensamiento y la acción. Porque vivimos a base de acción, todo lo que hacemos es acción, no una acción particular en el mundo de los negocios, o en el mundo científico, o en el mundo especulativo llamado filosofía. Antes bien, vamos a considerar las cosas tal como son.

Hay muchísima anarquía en el mundo, hay caos, desorden. ¿Quién ha originado esto? Ésa es nuestra primera pregunta: ¿Quién es el responsable de toda esta confusión que tenemos en el mundo, económica, social y políticamente, etc., todo aproximándose gradualmente a la guerra? Hay guerras terribles desarrollándose en la actualidad. ¿Se da cuenta, cada uno de nosotros, no intelectualmente sino de hecho en nuestra vida cotidiana, del estado en que se encuentra la casa donde vivimos, no sólo la casa que el hombre ha construido exteriormente, sino nuestra casa interna? ¿Nos damos cuenta de lo desordenada y contradictoria que es, de cuán poca libertad tenemos? La palabra *libertad* también implica amor (no la mera libertad de hacer lo que nos plazca, cuando nos plazca y donde nos plazca). Pero estamos viviendo en esta Tierra, todos nosotros, y cada uno está buscando su propia libertad, su propia expresión, su propia satisfacción, su propio camino de iluminación, cualquier cosa que eso sea: su propia forma particular de religión, de superstición de creencia, de fe y de todas las cosas que van con ello, la autoridad, la autoridad jerárquica, en lo político, en lo religioso y demás. Tenemos, pues, muy poca libertad (esa palabra tan abundantemente usada por todos los psicópatas y todos los seres humanos en general). Sea que viva en Rusia, donde la tiranía es terrible, o en el así llamado mundo democrático, todo ser humano necesita libertad en lo interno, consciente o inconscientemente, tal como todo árbol en el mundo necesita libertad para crecer, para tener ese sentido de dignidad, de amor.

¿Y cuál es la relación de la libertad con el interés propio? Por favor, estamos considerando las cosas juntos; ustedes no están, si se me permite señalarlo, escuchando a un conferenciante, a un hombre sobre el estrado. Él no es importante en absoluto. Y quien les habla quiere decir realmente esto; él, el que habla, no es importante. Pero tal vez podrían hacer caso a lo que él dice, como si fuéramos dos amigos conversando muy seriamente sobre las cosas. Preguntamos: ¿Cuál es la relación entre la libertad y el interés propio? ¿Dónde trazan ustedes la línea que separa a la libertad del interés propio? ¿Y qué es el interés propio? ¿Cuál es su relación con el pensamiento y el

tiempo? Por favor, todas estas cuestiones están contenidas en la libertad, teniendo presente que la libertad no implica satisfacer las propias ambiciones, la codicia, la envidia y demás. ¿Cuál es la relación del interés propio con la libertad? ¿Saben qué es el interés propio? El interés propio puede ocultarse bajo cada guijarro de nuestra vida, ¿verdad? ¿Estamos conversando uno con otro, juntos? ¿Están bien seguros de que estamos considerando las cosas juntos, no con alguien sentado más arriba, sino con todos sentados en el mismo nivel?

¿Qué es el interés propio? ¿Puede uno investigar eso conscientemente, deliberadamente? ¿Cuán profundo o superficial es ese interés propio, dónde es necesario, dónde no tiene cabida alguna en absoluto? ¿Comprenden mis preguntas? Estamos formulándolas juntamente. El interés propio ha generado muchísima confusión en el mundo, muchísimo desorden y conflicto. Ya sea que ese interés propio esté identificado con un país, con una comunidad, con una familia o con Dios, con las creencias, con la fe y demás, es todo interés propio... la búsqueda de iluminación, ¡Dios mío, como si pudieran buscarla! También en esa búsqueda hay interés propio, como lo hay cuando construimos una casa, cuando nos aseguramos, cuando sacamos una hipoteca... El interés propio es estimulado comercialmente y también por todas las religiones, que hablan de la liberación, pero primeramente está el interés propio. Y tenemos que vivir en este mundo, tenemos que funcionar, ganar dinero, tener hijos, casarnos (o no casarnos). Y viviendo en este mundo del siglo veinte, ¿cuán profundo o cuán superficial es nuestro interés propio? Es importante que investiguemos esto. El interés propio divide a la gente, ¿no es así? Nosotros y ellos, usted y yo, mi interés como opuesto a su interés, mis intereses familiares opuestos a sus intereses familiares, su país, mi país en el que he depositado muchísima emoción e interés físico y por el cual estoy dispuesto a pelear y a morir en la guerra. Y depositamos nuestro interés en las ideas, en la fe, en las creencias, en los dogmas y rituales, etc., todo este ciclo. En la raíz de ello hay muchísimo interés propio.

Ahora bien, ¿puede uno vivir cotidianamente en este mundo, con claridad, con interés propio donde éste es necesario

—por favor, estoy usando esta palabra cuidadosamente—, donde es físicamente necesario, y abandonarlo totalmente en lo psicológico, en lo interno? ¿Es eso posible? ¿Comprenden? ¿Estamos juntos? ¿Es posible, para cada uno de nosotros, vivir aquí en una sociedad muy, muy compleja, competitiva, dividida por acuerdos y desacuerdos, por una fe contraria a otra fe, con esta gran división que tiene lugar no sólo individualmente, sino colectivamente, y viviendo en este mundo trazar el límite entre el interés propio y la ausencia absoluta de interés propio en lo psicológico? ¿Podemos hacer eso? Ustedes pueden hablar interminablemente al respecto, tal como acostumbran al asistir a conferencias y escuchar a alguien, pero aquí tenemos que observar juntos, no sólo escuchándonos el uno al otro verbalmente, sino que también hemos de averiguar internamente, de manera amplia, profunda y total, dónde radica el interés propio (no sólo «mi» interés propio). ¿Puede uno vivir —en lo interno, en lo psicológico— sin el más mínimo murmullo del interés propio, del sí mismo, del «yo», que es la esencia del interés propio? Otro no puede explicar ni decir «esto es interés propio, esto no es interés propio», sería terrible. Pero uno puede descubrirlo por sí mismo investigando paso a paso, muy cuidadosamente, con cierta vacilación, sin llegar a conclusión alguna. Porque no hay nadie que vaya a ayudarnos. Creo que debemos estar muy seguros de eso. Ellos pueden pretender que sí, pero la realidad es que después de estos dos millones y medio de años, o de cuarenta mil años, todavía seguimos buscando ayuda y estamos atascados ahí. Vamos llegando al límite de nuestras fuerzas.

Al investigar el interés propio, también tenemos que investigar la pregunta: ¿Qué es la libertad? Libertad implica amor; no significa irresponsabilidad, hacer exactamente lo que se nos antoja, lo cual ha generado tanta confusión en el mundo. Y también tenemos que prestarnos qué relación hay entre el interés propio y el pensamiento. Examinamos la cuestión del tiempo el otro día, y también el pensamiento, el pensar. ¿Examinaremos brevemente eso, qué son el tiempo y el pensamiento? ¿Necesitamos hacerlo? No es bueno estar repitiéndolo una y otra vez, se vuelve más bien monótono, al menos para quien les habla.

Por eso tiene que variar las palabras, la manera especial de expresarse, el silencio entre las frases. Pero si ustedes escuchan meramente palabras, palabras, palabras y no actúan, entonces nos quedarán tan sólo cenizas.

Fuentes bibliográficas y reconocimientos

- Del texto literal de la octava plática pública en Bombay, 7 de marzo de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 Krishnamurti Foundation of America (KFA).
- Del texto literal de la tercera plática pública en Bangalore, 18 de julio de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la tercera plática pública en Poona, 31 de enero de 1953; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la novena plática pública en Bombay, 8 de marzo de 1953; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la decimotercera conversación con estudiantes en la Escuela de Rajghat, Varanasi, el 20 de enero de 1954; *Obras Completas de J. Krishnamurti*. © 1991, KFA.
- Del texto literal de la quinta plática pública en Poona, 21 de septiembre de 1958; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literario de la tercera plática pública en Bombay, 3 de diciembre de 1958; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la sexta plática pública en Bombay, 14 de diciembre de 1958; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.

- Del texto literal de la primera plática pública en Madrás, 22 de noviembre de 1959; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la primera plática pública en Bombay, 23 de diciembre de 1959; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, RFA.
- Del texto literal de la primera plática pública en Varanasi, 24 de enero de 1960; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la primera plática pública en Ojai, 21 de mayo de 1960; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la primera plática pública en Varanasi, 1º de enero de 1962; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la octava plática pública en Nueva Delhi, 14 de febrero de 1962; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la quinta plática pública en Saanen, 31 de julio de 1962; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la tercera plática pública en Saanen, 11 de julio de 1963; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la segunda plática pública en Madrás, 15 de enero de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la tercera plática pública en Bombay, 16 de febrero de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la séptima plática pública en Bombay, 1º de marzo de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno de la segunda plática pública en Saanen, 14 de julio de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto literal de la cuarta plática pública en Varanasi, 26 de

- noviembre de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno de la primera plática pública en Madrás, 16 de diciembre de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno de la cuarta plática pública en Saanen, 18 de Julio de 1965; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno de la octava plática pública en Saanen, 27 de julio de 1965; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno del cuarto diálogo público en Roma 10 de abril de 1966; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno de la primera plática pública en Nueva Delhi, 19 de noviembre de 1967; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del texto fidedigno de la segunda plática pública en Nueva Delhi, 23 de noviembre de 1967; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.
- Del capítulo 4 de *Krishnamurti y la Educación*, © 1974 Krishnamurti Foundation Trust, Ltd (KFTL).
- Del diálogo 19 de Tradición y Revolución, © 1972, KFTL.
- De la grabación magnética de la primera plática pública en Brockwood Park 9 de septiembre de 1972, © 1991, KFTL.
- De la grabación magnética de la primera plática pública en Saanen, de 1º de agosto de 1976, © 1991, KFTL.
- De la grabación magnética de la tercera plática pública en Saanen, 13 de julio de 1978, © 1991, KFTL.
- De la grabación magnética de un seminario en Brockwood Park, 12 de septiembre de 1978, © 1991, KFTL.
- Del capítulo 6 de *El Camino de la Inteligencia*, © 1985, KFTL.
- Del capítulo 3 de *El Camino de la Inteligencia*, © 1985, KFTL.
- De la grabación magnética de la segunda plática pública en Saanen, 10 de julio de 1984, © 1991, KFTL.
- De la grabación magnética de la tercera plática pública en Brockwood Park, 31 de agosto de 1985, © 1991, KFTL.

“Yo siento que Krishnamurti guarda un secreto mágico. Él no es otra cosa que lo que parece: un hombre libre.”

FRANCIS HACKETT. *The New Republic*

“He aquí un hombre de nuestro tiempo, de quien puede decirse que es un maestro de la realidad.”

HENRY MILLER

“Una figura religiosa de la más alta distinción. Es el ser humano más maravilloso que haya visto nunca.”

GEORGE BERNARD SHAW

“Cuando entró en mi habitación, pensé: sin lugar a dudas, el Señor del Amor acaba de hacer su aparición.”

JALIL GIBRÁN

Krishnamurti ha dicho: “La libertad no es aislamiento, puede nacer sólo cuando cada uno de nosotros comprende su responsabilidad hacia lo total”.

Krishnamurti se refiere en este libro a las cuestiones básicas de la libertad, desde los derechos humanos en el campo político y social, hasta el deseo de libertad respecto a “anhelos, búsquedas, ambiciones, envidias y mala voluntad”. Sin embargo, hay libertades, como la de poblar excesivamente la Tierra, que crean desequilibrio e incluso catástrofes, y necesitan ser comprendidas en toda su plenitud.

Nuevamente, Krishnamurti nos ofrece una reflexión y un examen creativo acerca de un tema vital.

ISBN 84-7640-843-9



93002



9 788476 408438

SOBRE LA LIBERTAD KRISHNAMURTI